

Un Cowboy
para
Fin de Año

Tess Curtis



Un Cowboy
para
Fin^{de} Año

Tess Curtis

Navidad en Montana IV

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de la titular del copyright.

Título original: Un Cowboy para Fin de Año

©Tess Curtis, ®2024

Fecha de publicación: 08 de diciembre de 2024

Diseño de portada: Amparo Tárrega

Encuadernación: Amparo Tárrega

Corrección: M. L.

Imagen de portada: Freepik

Esta obra fue registrada en el Registro de la Propiedad Intelectual de Palencia el 01 de diciembre de 2024

CreateSpace:

ISBN—13: —

ISBN—10:

¡Felices Fiestas!
Tess Curtis

Un Cowboy para Fin de Año

[Nochebuena en el Lago](#)

[Los mejores planes, los improvisados](#)

[Flotando hasta el Rancho Davis](#)

[Alyssa, la mejor detective](#)

[Me acosté con el marine](#)

[Comenzamos al revés](#)

[El mercadillo navideño](#)

[Fin de Año en Ennis](#)

[Nuevo e inesperado año](#)

[Decisiones y noticias](#)

[La marcha de Jayden](#)

[La visita de Kylie](#)

[Demasiado tarde, Jayden](#)

[Una nueva vida](#)

[Helena](#)

[Misión completada](#)

[Diciembre en Ennis](#)

[Sorpresa en el rancho](#)

[Los planes de Kylie](#)

[Errores y soluciones](#)

[La visita de Kylie](#)

[Encuentro en el Lago Ennis](#)

[Abandono](#)

[Hablemos](#)

[Todo está vivo](#)

[Nochebuena a lo Davis](#)

[El hijo de Kylie](#)

[La fiesta de disfraces de Nochebuena](#)

[Navidad](#)

[Fin de año](#)

[Verdades](#)

[Un regalo de Fin de Año](#)

Nochebuena en el Lago

La mayor parte de las celebraciones de Navidad de su familia se realizaban en el Hostal del Lago Ennis, desde que Ashley, la esposa de su hermano Tyler, regentaba el local. En esas fechas tenían algunos huéspedes, aunque también reservaban habitaciones para el uso de la familia. En Nochebuena, hacían una fiesta de disfraces y recibían a todos los vecinos de la localidad que decidían formar parte de la fiesta.

Ese año y solo para mortificar un poco a su hermano mayor, Kylie había decidido ser Morticia Adams y, a decir verdad, se veía muy favorecida con aquel vestido. Miró a este y a Layla, que bailaban en el centro del salón. Si la magia de la Navidad actuaba, y esperaba que así fuera, Chase y su mejor amiga acabarían juntos, sabía que se gustaban. Cuando las cosas parecían ir como la seda entre ambos, su hermana pequeña, Eva, los había interrumpido, les dijo algo y se separaron. El gesto de Chase se turbó, Layla miró hacia alguien que iba disfrazado de Conde Drácula y Eva casi la empujó a ir hacia él. Su hermano había decidido salir de escena como una exhalación. Lo detuvo agarrándolo por el brazo cuando pasó por su lado.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí. Hay mucha gente, solo necesito tomar algo más fuerte que ese cava que estáis sirviendo.

—Prométeme que no beberás mucho, te necesitamos sobrio esta noche —le pidió.

—Solo una copa.

—Bien. En los armarios de arriba, en la cocina.

—Gracias.

—Si necesitas algo, búscame —le dijo sujetándolo de nuevo para a continuación soltarlo. Su hermano asintió con la cabeza y se fue hacia la cocina.

Observó ahora a Layla hablando con el recién llegado, el Conde Drácula. No se lo habían presentado oficialmente, pero supo quién era, un marine que parecía estar interesado en su amiga desde hacía unas semanas. Sabía que ambos habían cenado juntos, aunque nada había sucedido entre ellos. Se dijo que aquel guapo soldado acabaría recibiendo calabazas no tardando demasiado.

—¡Kylie! —la llamó Layla minutos más tarde, llegando donde estaba ella, seguida del marine.

—Dime.

—Quería presentarte a Jayden. Ella es mi amiga Kylie.

—Encantada —respondió tendiéndole la mano, que él tomó y besó, muy en el papel del

disfraz. Era un hombre grande y fuerte, además de atractivo. Poseía una poderosa mirada encerrada en unos ojos azules.

—Un placer —dijo, mirándola a los ojos y deteniéndose en ellos. La mujer tenía los ojos verdes, nada propios para el disfraz que llevaba.

Eva le hizo señas a Layla y esta se disculpó para ir a hablar con ella.

—Mi marido también es vampiro —le dijo Kylie al recién llegado.

—¿Estás casada? —preguntó Jayden, sorprendido. Layla le había dicho que solo había uno de los Davis que estaba casado y era el marido de quien regentaba el hostel.

—También tengo un hijo —señaló a alguien que vestía el disfraz de Pugsley Adams, pero que, de ninguna forma tenía edad de ser su hijo.

Jayden comprendió ahora que la mujer solo interpretaba su papel y rio.

—Así que... ¿te gustan los vampiros? —bromeó.

—Eso parece —respondió Kylie subiendo una ceja.

—Yo ahora estoy soltero, he tenido algunas novias, pero todas terminan con un color de piel muy poco sano, me pregunto por qué será. En fin, —suspiró— cuando eso sucede, pierdo el interés en ellas.

Ahora la que rio fue Kylie.

—¿Qué opinas de mi tono de piel? —preguntó ella.

—Me gusta —dijo el hombre, mostrándole una encantadora y sensual sonrisa perfecta.

Kylie volvió a reír.

De acuerdo, estaba feo tontear con la cita de una amiga, pero se dijo que ella solo estaba jugando un poco. El hombre, además de muy atractivo, le había parecido mucho más ingenioso que el resto de los que había conocido en el pueblo hasta entonces.

—¿Nos conocemos? —Dominic Davis, otro de los hermanos, se acercó a ambos, con intención de presentarse.

—Mi hijo, Pugsley Adams —dijo Kylie—. Aún no ha aprendido eso de que no se interrumpe a los mayores cuando están hablando —puso los ojos en blanco de forma dramática.

—Conde Drácula, un placer —Jayden le tendió la mano al recién llegado.

—Pugsley Adams, pero a veces también me conocen como Dominic —se la estrechó.

—Los amigos me llaman Jayden —sonrió él y le surgió inmediatamente una duda—. ¿Sois pareja cuando no sois Morticia y Pugsley?

Dominic emitió una carcajada y Kylie lo miró entrecerrando los ojos.

—Es mi hermano —explicó ella.

—¡Ah! Ya veo. ¿Tu hermano mayor? —preguntó, mirándola.

Kylie sonrió ampliamente al hombre, halagada.

—¡Eso ha dolido, tío! —se quejó Dominic.

—Dom tiene cinco años menos que yo.

Jayden también sonrió hacia la mujer.

—No lo habría dicho nunca —la miró de forma chispeante.

—Oh, ahí viene Layla de nuevo —dijo Kylie, observando el gesto algo contraído de su amiga.

—Momento de ir a rellenar algunas bandejas, mamá —dijo Dominic, diciéndole de forma disimulada a su hermana que tenían trabajo y que debían dejar a solas a Layla y Jayden.

—Un placer conocerlos —se despidió Jayden de ambos.

—¿Estabas tonteando con el novio de tu amiga, Kylie? —preguntó Dominic cuando se

alejaron de los otros dos.

—No es el novio de Layla.

—Pero es su cita de esta noche.

—¡Venga ya! Los dos sabemos que eso no va a llegar a ningún lado.

—Aun así.

—Eres un coñazo, Pugsley Adams —dijo, y se dispusieron a entrar en la cocina para rellenar algunas bandejas con canapés.

La más alocada de los hermanos Davis, Eva, que esa noche iba disfrazada de Marilyn, quería que todo el mundo bailara y se divirtiese, como si de una orden se tratara. El marine no iba a contradecirla, solo quería pasarlo bien y bailaba con Layla. Era de las primeras veces que volvía a lo que era la normalidad de la vida civil, después de muchos años en el ejército, donde también había perdido demasiado. Se dijo que aquel era el tiempo de ganar.

—¿Quieres que nos vayamos? —le propuso a Layla repentinamente. Por algún motivo que ignoraba, ella no parecía sentirse a gusto en la fiesta. Quizá era la canción que sonaba, *Merry Christmas, Darling*. O quizá el pequeño tira y afloja que la había visto mantener un rato antes con uno de los hermanos Davis.

—¿No te importa?

—Hemos estado unas horas por aquí, creo que a Marilyn no le importará que nos vayamos. Nos vendrá bien tomar el aire y un chocolate en casa.

—De acuerdo, voy a por mis cosas. Gracias.

—No las merecen —Jayden sonrió y le acarició la mejilla con ternura.

—Dame unos minutos —pidió ella.

—Toma el tiempo que necesites. Y sonríe, ¿vale?

—Vale —ella forzó una sonrisa antes de irse de su lado en dirección al piso superior del hostel.

Jayden tomó una copa y observó el borde de la misma. ¿Qué iba a hacer con Layla? Era una buena chica, pero... La llevaría a casa, tomarían chocolate tal como le había prometido y...

Le había parecido fácil invitarla a salir, era la profesora de su sobrino en las actividades navideñas de la biblioteca. Ir a buscar a Theo le había dado una coartada inmejorable para ello. Su hermana, no paraba de recordarle que tenía que planear una vida fuera de los marines, casarse y tener hijos. También le decía que ya le había dado más al *Tío Sam* de lo que merecía. Alyssa hablaba desde el dolor, pero sabía que en el fondo tenía razón.

Tomó un sorbo de la copa que tenía en la mano y miró hacia una esquina del salón. Morticia Adams también conocida como Kylie Davis mantenía una tensa discusión con el mismo hermano Davis con el que lo había hecho Layla anteriormente. ¿Qué le pasaba a aquel tío? Siempre que se había cruzado con él, le había parecido incómodo y malhumorado. Pugsley Adams, también conocido como Dominic, se unió a ellos, tratando de calmarlos. Kylie gesticuló y lanzó lo que pareció un ultimátum al Davis serio y los dejó. Aquella mujer tenía fuerza, había algo en ella que... ¡maldita sea! —sacudió la cabeza—. Su cita era Layla y la estaba esperando para llevársela a casa. No era momento de fantasear con otra mujer. Bebió un nuevo sorbo de la copa tratando de despejar la cabeza y trató de disfrutar del ambiente festivo de la noche.

—Hola —dijo Layla frente a él un largo rato después. No llevaba ni el bolso ni el abrigo entre sus manos. Algo le dijo que los planes habían cambiado de forma radical.

—Hola, ¿estás bien? Estaba preocupado, has tardado.

—Estoy bien, gracias —dijo, respirando hondo—. No voy a ir contigo, prefiero quedarme aquí.

—A eso lo llamo yo ser directo —dijo Jayden.

—Sí. Lo siento.

—No pasa nada. Creo que es mejor así.

—Gracias —respondió Layla y notó alivio en ella.

—Es por el cowboy de la biblioteca, ¿verdad? —quiso saber él, refiriéndose a Chase Davis, el hermano malhumorado con el que todos parecían haber tenido algunas palabras esa noche. Ella pareció sorprendida por su deducción.

—Sí —respondió, bajando la cabeza.

—Me alegro por ti —dijo él y se dio cuenta de que, a veces, el universo ponía las cosas en su sitio sin forzarlas. Que al cowboy malhumorado le gustaba Layla y que a ella no le era indiferente tampoco parecía un secreto.

—¿De verdad?

—Parte de mi trabajo consiste en observar comportamientos. No diré que ha sido una sorpresa.

—¡Vaya!

—De todas formas, pasa por casa un día de estos, Theo tiene un regalo para ti. Alyssa también se alegrará de verte.

—Claro, cómo no. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad, Layla.

Ambos se abrazaron brevemente a modo de despedida. La cita de esa noche había terminado. La mujer subió las escaleras, supuso que, para reunirse con Chase Davis, alias el cowboy malhumorado.

Kylie los observó y sonrió al ver que todo había ido bien entre Jayden y Layla. ¡Vaya! Parecía que el marine era un tipo de los que sabían encajar las derrotas deportivamente.

—Lo siento —dijo Kylie acercándose a Jayden, tratando de poner un semblante neutro. Que lo hubiera sabido encajar no significaba que el hombre no pudiera estar herido en su orgullo.

—Veo que las noticias vuelan.

—Sí, bueno...

—Lo siento. No era un reproche.

—No pasa nada si así fuera, lo entendería —dijo Kylie, comprensiva.

—Bien, creo que es hora de volver a casa —dijo Jayden tras apurar su copa.

—¿No quieres quedarte? Puede que aún queden un par de horas de fiesta —le informó Kylie. Lo cierto era que ahora que el marine estaba oficialmente libre, a ella no le importaba que se quedase y conocerlo un poco mejor.

—Sería un poco raro. No sabría qué decirle a Marilyn sobre lo que ha pasado. Creo que era la que estaba más ilusionada con lo nuestro. Y si viene pidiéndome que baile ya no tendría con quién hacerlo.

—Marilyn se lo toma muy en serio —sonrió Kylie refiriéndose a su hermana Eva, mientras que Jayden la miraba, pensando en algo.

—¿Te apetece tomar algo en el pueblo? —la invitó. La mujer bajo la apariencia de Morticia Adams sonrió, y lo meditó también unos instantes.

—De acuerdo. Voy a por mi abrigo y mis guantes, porque tú pagas.

—Yo pago. Espero que tú sí que vengas, Morticia —bromeó él.

—No lo dudes, Conde.

Jayden sonrió mientras que Kylie se escabullía entre la cada vez menos poblada fiesta para ir a por el abrigo.

Los mejores planes, los improvisados

Kylie caminaba en silencio al lado de Jayden en dirección a uno de los bares del pueblo. Habían dejado el coche un par de calles más allá. El pueblo estaba bastante concurrido esa noche.

—¿Qué piensas? —preguntó él.

—Que realmente no nos conocemos.

—Layla me ha hablado de ti —dijo Jayden.

—¿En serio?

—Eres muy importante para ella.

—Ella también lo es para mí —aseguró Kylie, orgullosa de su amistad.

—¿Te ha enviado para que me consueles?

—Me has invitado tú, ¿recuerdas?

—¡Cierto! —dijo riendo, a la vez que abría la puerta del local para que ella entrase primero.

Dejaron los abrigos en uno de los percheros y se calentaron las manos al lado de una de las chimeneas del lugar antes de tomar asiento y pedir un par de ponches.

—O eres muy bueno disimulando o no estás tan afectado porque te hayan dado calabazas —dijo ella tras observarlo.

—Layla es estupenda, me gusta estar con ella, hablar, recibir esa positividad que tiene, a pesar de todo lo que le ha ocurrido en la vida, pero si te soy sincero, no existía la más mínima química entre ambos. Eso y las miradas asesinas de uno de tus hermanos cada vez que me veía cerca no resultan el escenario perfecto para que surja algo.

—Ese es Chase —dijo Kylie después de reír.

—Sí, eso creo.

—Y está loco por ella.

—Y a ella también le gusta él.

—Si lo sabías, ¿por qué has ido esta noche? —preguntó Kylie, sorprendida.

—No lo sé. Puede que quiera integrarme en la vida civil, tener amigos, salir con alguien...

—Entonces estás en el lugar indicado.

—Eso dice mi hermana —sonrió él.

—¿Alyssa?

—Sí, ¿la conoces?

—Nos hemos visto a veces por el pueblo. Siento lo de su marido. Era demasiado joven y con un niño tan pequeño.

—Gracias.

El rostro de Jayden se turbó en esta ocasión. John, el marido de Alyssa, había muerto mientras que ambos estaban en una misión en Siria, hacía casi un año. No solo era su cuñado, sino que también era su mejor amigo y su compañero. Se culpó por no haber podido estar al lado de su hermana hasta unos meses después, ya que no podía abandonar los asuntos que le habían sido encomendados. Y no solo se culpaba por aquello, había mucho más detrás.

—Siento haberlo mencionado —dijo Kylie. Las calabazas de su amiga no parecían haber hecho mella en el hombre, sin embargo, la mención de la muerte de su cuñado, sí lo había hecho.

—John era mi mejor amigo, no solo el marido de mi hermana —respondió, serio.

Kylie puso la mano sobre una de las del hombre y él sonrió, agradecido.

—Debe ser duro —dijo, comprensiva.

—Lo es —respiró hondo y trató de esbozar algo parecido a una sonrisa—, pero la vida sigue. Tenemos que aprender a vivir con ello.

Kylie sonrió tiernamente y lo miró. Si le había parecido alguien frío al principio, ahora su percepción había cambiado por completo.

—¿Te vas a quedar por el pueblo?

—Quiero echarle una mano a Alyssa y estar presente en la vida de Theo.

—Eso está bien.

—Supongo que tarde o temprano ella rehará su vida, aparecerá alguien y yo ya no importaré.

—Quizá para entonces tú también consigas a alguien.

—Espero tener más éxito en el futuro que esta noche —sonrió aludiendo a sus recientes calabazas y levantó su vaso—. Por las conversaciones profundas con desconocidos.

Kylie rio y chocó el vaso con el de él.

—Puedo presentarte a algunas chicas de la zona. Pero necesito conocerte un poco más, para saber qué les voy a vender. ¡Cuéntame algo sobre ti!

—Veamos —bebió un nuevo sorbo del vaso y se mostró pensativo—. Treinta y ocho años, un metro noventa, marine, sin casa propia, pero con intención de tenerla. Me gusta la lectura, el cine, los paseos a caballo, patinar en invierno y Hawái.

—¿Hawái?

—Sé que me gustará cuando me sature Montana en invierno.

—Brindo por eso —Kylie levantó su vaso y apuró la bebida—. ¡Vaya! Creo que necesitamos reponer.

Kylie se levantó del asiento y Jayden hizo lo mismo.

—Permíteme que vaya yo.

—No importa, soy una mujer funcional —desechó ella, dispuesta a ir a por la bebida. Dio un paso, el tacón del zapato se quebró repentinamente y se preparó para caer al suelo, solo que fue algo que no sucedió. Jayden la sostuvo entre sus brazos.

—Te juro que no he bebido tanto esta noche.

—No he insinuado eso.

Kylie disfrutó del aroma del hombre y de la fortaleza de sus brazos.

—Creo que tú tampoco, aún tienes buenos reflejos.

Jayden sonrió y se dispuso a liberarla de su agarre para comprobar los daños.

—Creo que se te ha roto el zapato.

Kylie pisó de nuevo, esta vez con cuidado y se dijo que tenía razón, el tacón se había partido y con él la mitad del zapato y las tiras que lo sujetaban.

—¡Maldita sea! ¡Descalza en Nochebuena! Va a ser interesante volver a casa así.

Jayden pensó en algo.

—¿Qué número tienes?

—Un ocho y medio.

—Mi hermana tiene el mismo. Le pediremos unos zapatos prestados.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque Alyssa y yo solo hemos hablado un par de veces.

—Si le hubiera pasado a ella, ¿tú se los prestarías?

—Por supuesto.

—Pues ya está.

—De acuerdo. Está bien —se rindió la mujer.

—La casa está muy cerca, llegaremos enseguida —prometió él. Déjame que pague esto.

Kylie se quitó ambos zapatos, sosteniéndolos en la mano. Se dirigió hacia la entrada del local. Al menos, de momento, la superficie que tocaban las plantas de sus pies era de madera. Pero el hecho era que iba a tener que caminar sobre el frío suelo durante Dios sabía cuánto tiempo.

Jayden volvió y lo descubrió mirándola a los pies.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kylie.

—Está cerca, pero no puedes ir descalza. Te llevaré en brazos.

—¿Acaso has perdido el juicio? —respondió ella, poniéndose frente a él.

—¿Crees que no puedo contigo? He cargado con marines que te triplicaban en tamaño.

—¿Me estás llamando pequeña?

—¡¡Ey, muertos vivientes!! —gritó alguien hacia ellos y no atendieron—. ¡Ey! Los dos que estáis en la puerta.

—¿Qué pasa? —respondió Kylie mirando hacia la barra.

—Que estáis bajo el muérdago —dijo uno riendo.

—¿Y? —volvió a responder, sin prestar mucha atención a lo que le decía aquel tipo, aún tenía dos problemas, que estaba descalza y que Jayden quería cogerla en brazos, lo primero no parecía tener solución, pero lo segundo la hería, no era una delicada damisela que no pudiera pisar el suelo del invierno de Montana, aunque la idea no le apasionara.

—¡Tienes que besarla, Drácula! —dijo otro parroquiano, seguido de más risas que evidenciaban un excesivo consumo de alcohol.

—Creo que la señora no quiere —respondió Jayden en tono jocoso.

—Es la tradición —dijo el primero y dos o tres más secundaron la moción.

—¡Por el amor de Dios! —respondió ella, queriendo terminar con aquello.

Soltó los zapatos en el suelo, con una mano agarró la camisa de Jayden y lo impulsó hacia ella, poniéndose de puntillas para llegar a él, unir los labios y besarlo. Lo que no había esperado era que él la sujetase de la cintura y la apretara levemente contra su cuerpo y que no solo fuera un simple roce de labios, sino algo más. Él sabía a caramelo, el aroma de fondo de aquel ponche que acababan de tomar. Los presentes silbaron y aplaudieron para, dos segundos después, girarse y pedir que sus vasos fueran rellenados. Solo habían sido una diversión pasajera para ellos.

Kylie miró a los ojos a Jayden, aún con el corazón acelerado. ¡Joder! ¡Qué bien besaba el marine! Casi se había olvidado de cómo se sentía una cuando un hombre te besaba de aquella forma. Se dijo que llevaba demasiado tiempo sola. Tragó saliva y no supo qué decir.

—Ya se han tranquilizado —habló él, sin dejar de observarla.

—Eso parece.

—Te voy a prestar mis calcetines —anunció, como si nada hubiera pasado.

Kylie asintió, prefería esa idea a que él la cargase en brazos, aunque si tenía que ser sincera consigo misma, después de aquel breve beso, ya no era algo que le disgustase tanto.

Jayden se quitó los zapatos y los calcetines, que por suerte eran más gordos de lo que había pensado en un principio.

—Ahora tendremos que correr un poco para evitar que se mojen demasiado con la nieve.

—Sí, claro —convino ella.

Él fue a por los abrigos mientras que ella permanecía quieta, sin saber qué hacer o qué decir. Salieron a la puerta de la calle y él le dio la mano.

—¿Vamos? —Tiró de ella y se lanzaron a una carrera algo peligrosa pero necesaria, ambos confiaron en que las calles tuvieran la suficiente cantidad de sal para no caer. Mientras, los copos de la nevada que estaba comenzando les caían sobre el rostro y el cabello. Cuando Jayden se detuvo en las escaleras de la casa de Alyssa ambos reían, había resultado divertido. A pesar de que a Kylie le había sido complicado correr vestida de Morticia Adams, el vestido era demasiado estrecho para ello.

—Cuidado con los escalones —le dijo y sacó una llave del bolsillo para abrir la puerta. Ambos entraron en la residencia.

—Agradezco un hogar cálido —dijo ella, quitándose inmediatamente los calcetines, tenía los pies mojados y comenzaba a no sentir los dedos.

—Ven a la chimenea —dijo Jayden, conduciéndola hacia la estancia principal, donde colocó un cojín en el suelo y la invitó a sentarse al lado de la misma.

—Gracias —dijo.

—Cuando entres en calor, buscaré unos calcetines y unos zapatos cálidos, aunque no peguen demasiado con Morticia.

—No importa. —sonrió ella.

—¿Quieres tomar un chocolate caliente? Mi hermana siempre hace de sobra en Nochebuena.

—Si no es molestia.

—No lo es —dijo, yendo hacia la cocina.

Al poco tiempo, regresó con sendas tazas en una bandeja y le dio una a ella, que abarcó con los dedos de las manos, adquiriendo el calor de la misma.

Jayden se sentó en uno de los sillones cercanos al fuego y observó a Kylie, que miraba las llamas en silencio. Tenía un rostro precioso, incluso con aquel maquillaje blanquecino que ahora con la nieve se le había corrido, pero que a la vez le daba un aire desenfadado. Sonrió. Al comienzo de la noche jamás imaginó que terminaría en casa de su hermana observando a una suerte de Morticia Adams pensativa y descalza con una taza de chocolate entre las manos. Kylie también lo miró. Drácula estaba despeinado y la pintura que le hacía el pico del pelo caía en chorretones, tenía la camisa arrugada (culpa de ella al besarlo) y el bajo de los pantalones mojado y, aun así, seguía siendo un hombre terriblemente atractivo. Sonrió ampliamente y él pensó que la mujer tenía una sonrisa preciosa.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—La pintura de tu pelo, está chorreando.

—Tu maquillaje también —dijo él y Kylie se tocó las ojas, manchándose de gris los dedos.

—Morticia en horas bajas. —Se encogió de hombros y sonrió, tocándose nuevamente los dedos de los pies.

—¿Quieres tomar una ducha caliente? —le ofreció, sabiendo que quizá sería más rápido para entrar en calor que estar sentada al lado del fuego.

—No, gracias. Me iré enseguida.

—No dejaré que te marches hasta que sepa que esos dedos han entrado en calor.

—Soy una chica de campo, ¿sabes?

—No lo he dudado ni un momento.

—Bien.

—Iré a por las toallas negras —dijo él, levantándose del sillón al ver que sus pantalones comenzaban a echar humo por los bajos.

—¿Toallas negras?

—Soy un marine, y yo también soy un tipo duro, podría no ducharme y no pasaría nada, pero lo haré y me cambiaré de ropa —le dijo, mostrándole que no tenía importancia mostrarse vulnerable delante de otro semejante.

—¿Y qué tienen que ver las toallas negras?

—Que temo a mi hermana si le mancho las blancas con la pintura del conde.

Kylie rio con la ocurrencia de Jayden y él le guiñó un ojo antes de abandonar la estancia. Volvió al poco y le dio un par de toallas color ciruela.

—No es necesario, me iré enseguida, en cuanto me des unos calcetines y unas botas —dijo ella.

—Hay un baño al lado de la entrada. Por si te quieres duchar, lavarte la cara o las manos. Yo usaré el de arriba. Y hay más chocolate en la cocina. También hay una tetera si te apetece.

—Estaré bien.

Kylie permaneció unos minutos masajeándose los dedos de los pies, se tocó la cara de nuevo y fue consciente de que el maquillaje se estaba derritiendo, tenía la mano blanquecina. Pensó que finalmente sí sería buena idea que al menos se lavara la cara con agua y jabón. Se puso de pie con cierta dificultad, era una chica de campo, pero cuando se le helaban los dedos, dolían como el demonio cuando volvían a entrar en calor, y eso era un hecho objetivo. Tomó la peluca y se la quitó, dejándola en una de las perchas de la entrada antes de introducirse en el baño. Se miró al espejo y se dijo que tenía un aspecto grotesco llena de churretones blancos y negros. Abrió el agua caliente, tomó jabón y se enjabonó el rostro. Eliminó todo resto de maquillaje y se secó. Luego se quitó la goma que recogía el pelo en un moño bajo y se lo ahuecó, libre al fin. Limpió la encimera con la toalla y la dejó en el cesto de la ropa sucia. Sería una buena idea tomar un poco más de chocolate caliente. Se dirigió a la cocina, buscó la olla donde estaba y se sirvió.

Jayden bajó y no la encontró al lado de la chimenea, le preocupó que ella se hubiera ido de la casa descalza de nuevo, pero sin embargo la halló en la cocina, sirviéndose más chocolate. Se giró y lo vio, él también la observaba a ella con atención.

—Morticia es rubia. —Cogió un mechón de pelo, mostrándoselo. Él no la había visto sin peluca hasta entonces.

—Mucho mejor —sonrió él y observó algo más—. El maquillaje también ha mejorado.

—El tuyo también.

—El conde se ha ido —sentenció Jayden.

—Es una pena, me caía bien.

—Quizá vuelva el próximo Halloween.

—O en la próxima fiesta del Hostal del Lago.

—¿Estaré invitado?

—Claro, invitamos a todo el pueblo.

—Gracias —sonrió él.

—Es un placer ¿Chocolate? —le ofreció ella, a pesar de que estaban en la casa de Jayden.

—Me serviré yo mismo —le dijo y se colocó a su lado.

Kylie no había estado preparada para la imponente presencia del hombre, lo había conocido como Conde Drácula y era impresionante con aquel disfraz, pero con unos vaqueros y una camiseta gris sencilla estaba increíble de otra forma, además de oler muy bien. Lo observó mientras se servía más chocolate y él le señaló unas botas marrones y unos calcetines gordos que había dejado al lado de la puerta de la cocina. Ella las miró y asintió, dirigiéndose hacia ellas para comenzar a colocarse el primer calcetín.

Jayden se manchó en la comisura de los labios al beber chocolate.

—Te has manchado un poco con chocolate —le dijo, mientras se colocaba el segundo calcetín.

—¿En serio? Se va el conde y pierdo mis modales —bromeó él y ella rio.

Kylie tomó una servilleta y se acercó a Jayden para dársela. Los dedos de ambos se rozaron y se miraron a los ojos.

—Voy a besarte, Kylie —le advirtió Jayden, dejando la taza a un lado.

Ella abrió los ojos, sorprendida. Entreabrió los labios y tragó saliva. La acababa de descolocar e hizo que su corazón latiera con fuerza. Jayden le estaba dando tiempo a rechazarlo, a huir de él, pero no era algo que se plantease. El beso en la taberna, unas calles más allá, solo había hecho que deseara más de aquel hombre.

—Puedes irte si quieres —le habló de nuevo él, dándole otra oportunidad.

¡Joder! ¡No! No pensaba irse a ningún lado. Como la vez anterior, lo tomó de la camiseta y se impulsó hacia él, uniendo sus labios con los del marino. El hombre, le enmarcó la cara entre las manos y la besó con pasión, degustando su boca y acariciándole los labios con la lengua. Giraron y la espalda de Kylie chocó con la pared. Jayden se apretó contra ella y le subió el vestido acariciándole una pierna, mientras que ella introducía las manos por debajo de la camiseta del hombre, exigiendo más de él. Cuando las manos de la mujer comenzaron a desabrocharle el cinturón, Jayden tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para detener la situación, siendo consciente de dónde se encontraban.

—Es la casa de mi hermana —le dijo él, poniendo una mano sobre las de ella, que se detuvo, sabiendo que, además, había un niño arriba durmiendo. El corazón galopaba en el pecho de Kylie y el deseo palpitaba entre sus piernas. Hacía mucho que no estaba con un hombre, Jayden no era uno cualquiera y no había pensado la situación con claridad.

Ambos, jadeantes, cerraron los ojos y se detuvieron, pero no se separaron. Jayden la besó en la sien.

—Lo siento —se disculpó ella, recuperando la poca cordura que le quedaba.

—No, no te disculpes. Soy yo, he sido yo.

Jayden se separó de Kylie y se apoyó en la encimera que había detrás de él, miró al suelo y se pasó los dedos por dentro del pelo, frustrado.

—¡Maldita sea! —dijo de nuevo él—. Te llevaré a tu casa o al hostel del lago. Donde tú quieras.

—¿Es lo que quieres hacer? —le preguntó ella, sorprendida de que el hombre tuviera tanta fuerza de voluntad.

Jayden la miró y tragó saliva. ¡No! ¡Maldición! No era lo que quería hacer.

—Es lo que debo hacer, lo correcto.

Aunque le acarrease una dolorosa noche.

Kylie lo creyó, solo que ella, al menos esa vez no quería hacer lo correcto. Tenía treinta y seis años, estaba sola, dos de sus hermanos ya tenían pareja y ella hacía años que ni siquiera

estaba con un hombre, mucho menos con uno como Jayden.

—No quiero que hagas lo correcto. Yo no quiero hacer lo correcto. Estoy harta de hacer lo correcto —se quejó, mientras que Jayden la miraba entre extrañado y complacido y tragaba saliva con dificultad.

—Te estoy dando una salida, Kylie.

—Y yo no quiero cogerla, Jayden —le dijo, manteniéndole la mirada.

—¡Mierda, Kylie!

Jayden no necesitó nada más, fue hacia ella y la besó de nuevo con pasión, nada podría pararlo esta vez. Algo le decía que Kylie no era de aquel tipo de chicas de una noche, pero en ese momento era algo que no le importaba, él tampoco era aquel hombre. Ya lo investigaría otro día. Solo esperaba que ninguno de los dos se arrepintiese de lo que iba a pasar.

—Esta vez sí será necesario —le dijo, cogiéndola en brazos sin ninguna dificultad para subir con ella a su dormitorio, el que, por suerte, estaba en el lado contrario de la vivienda que el de su hermana.

La dejó en el suelo y entraron, para después poner el seguro en la puerta. Kylie tiró de la camiseta de Jayden hacia arriba y este se desprendió de ella y la tiró al suelo. Las manos de Kylie exigieron que él se liberase de la hebilla y del cinturón y así lo hizo. Poco después los pantalones también cayeron y fueron despedidos hacia otra zona distinta del dormitorio. La apretó contra él, para mostrarle cómo de excitado estaba y bajó la mano por la espalda de la mujer en busca de la cremallera del vestido de Morticia que bajó, ayudándola a desprenderse de él. La habitación estaba en penumbra, pero supo que el conjunto de ropa interior que usaba era cómodo y no sexi, lo que le confirmó lo que ya sabía de Kylie. La ropa interior voló por la habitación sin tardar demasiado y Jayden se colocó encima de ella sobre la cama, cubriéndola de besos y torturando cada rincón de su cuerpo.

—Por favor —suplicó Kylie pidiendo que acabara su agonía. Estaba demasiado excitada, él era muy bueno y ella hacía demasiado que no estaba con un hombre—. Hazlo ya.

—No tengas prisa, cariño —le dijo él, antes de besarla en los labios una vez más, sabiendo que él mismo estaba jugando con fuego. Pero ansiaba saborearla y disfrutar de esa noche, era la primera en mucho tiempo.

—¡Por favor, Jayden! —volvió a suplicar la mujer.

Jayden se dijo que no podía resistirse a la súplica, no podía, ni quería. Se introdujo en ella lentamente, abriéndose paso y silenció el jadeo de la boca femenina con un profundo beso.

—Shhh —le dijo él— No nos pueden escuchar.

Kylie asintió y apretó los labios. En solo un par de movimientos, Jayden se sintió perdido. No había tiempo suficiente para que ella disfrutase y él estaba demasiado cerca del clímax. Se detuvo unos instantes y giró con ella, colocándola encima de él. Eso le daría un poco más de ventaja y que el cielo lo ayudase a terminar al mismo tiempo, si no era así, haría trampa, sabía cómo hacerlo.

—Toma el control —le ordenó y sonrió—. Soy todo tuyo.

Kylie sonrió también, no todos los hombres estaban dispuestos a ceder en aquel campo y se sintió complacida. Comenzó a moverse y él colocó las manos en las caderas de la mujer, solo para seguirlas, no para dirigirla. Subió las manos por la cintura hasta llegar a sus pechos, acariciándolos. Kylie se movía muy bien, lo estaba torturando y no sabía cuánto más podría aguantar. Kylie hacía sus propios esfuerzos para resistir, pero se dejó ir, estallando solo un par de segundos antes de que Jayden lo hiciera a su vez. Kylie se mordió los labios para no gritar y se dejó caer, besándolo en la boca. Él giró con ella y la colocó bajo su cuerpo, sintiendo aún los

estertores del placer que ambos compartían.

—¡Joder, cariño, lo haces tan bien! —exclamó él.

—Siento que haya sido tan rápido —se disculpó.

—No lo sientas. Ha sido perfecto, como tú.

Jayden besó lentamente a Kylie y ambos giraron de nuevo, quedando de frente uno al otro.

—No suelo hacer esto —sonrió y se mordió el labio, mostrándose repentinamente tímida.

—¿Esto? —preguntó Jayden, confuso.

—Acostarme con un tío en la primera noche.

—No me voy a quejar porque hayas decidido cambiar la norma justo hoy —sonrió Jayden y la besó una vez más.

—Creo que es hora de que me vaya —anunció Kylie.

Jayden alcanzó el edredón y los cubrió a ambos con él.

—Quédate a dormir. Si ha seguido nevando como cuando hemos venido a casa, no creo que sea una buena idea salir justo ahora.

—¿Y tu hermana?

—Nos levantaremos antes que ella.

—Puedo dormir en el sofá —ofreció otra opción.

—No quiero que te vayas de aquí. Puede que... yo tenga más planes para después —le dijo, insinuante.

—De acuerdo —respondió con una sonrisa tímida. ¡Joder! ¿Más planes? Le gustaba aquel hombre y estaba segura que le iban a encantar los planes. ¡Hacía tanto que no se sentía tan bien!

—Para mí esto tampoco es algo que haga habitualmente. De hecho, eres la primera chica que traigo aquí. Siento respeto por la casa de mi hermana, ¿sabes?

—¿En serio? Kylie sonrió y lo miró a los ojos, interesada en lo que él le contaba.

—Bueno, también ha estado Layla.

—¿Tu y ella...? —preguntó, tensándose. No le gustaba la idea de compartir un hombre con una amiga. Ni siquiera en dos tiempos distintos.

—No —sonrió—. Me refiero a que ella ha venido a esta casa y ha pasado tiempo con mi hermana. Espero que lo siga haciendo, de hecho.

—Y no sé por qué, pero sigo sin verte afectado por lo que ha pasado en el hostel con ella esta noche.

—Solo un poco en mi orgullo, en lo demás me alegro por Layla. De verdad.

—Eres extraño, Jayden... ¿Murphy?

—Keller. Murphy es mi hermana, era el apellido de su marido.

—Jayden Keller —repitió el nombre completo.

—A su servicio, señora —sonrió él y ella rio.

Jayden besó en los labios a Kylie, para acallar su risa.

—Lo siento, tu hermana —se arrepintió ella, pero solo a medias, el marine besaba muy bien.

Flotando hasta el Rancho Davis

Jayden se despertó temprano y aunque le dio pena hacerlo la estimuló a salir de su descanso, eso sí, con caricias. Tenían que ponerse en marcha antes de que Alyssa o Theo se levantaran. Kylie se dijo que no recordaba que nunca antes otro hombre hubiera sido tan considerado con ella a la mañana siguiente. Cuando le hubo dado los buenos días se vistió y la dejó sola, con la excusa de ir a buscar la camioneta, que había dejado estacionada a unas calles de la casa la noche anterior. Ella se vistió rápidamente, recolectando las piezas de ropa de diferentes partes del dormitorio del hombre. Después, bajó en silencio hasta la planta inferior y se colocó las botas que estaban en la cocina. Jayden había preparado café y decidió servirse una taza. El hombre volvió y la encontró en el lugar.

—Lo siento, me ha tentado —se disculpó ella.

—He hecho el café para ti —le dijo e hizo que ella sonriera.

—Dame un segundo —apuró la taza y la metió en el lavaplatos. Sabía que el tiempo corría en su contra. A continuación, se dirigió hacia la entrada de la casa y cogió la peluca que había dejado colgada al lado de su abrigo.

Jayden la sorprendió con un beso en los labios.

—Gracias por esta noche —le dijo, mirándola a los ojos.

Kylie sonrió y ambos cruzaron sus miradas. Le gustaba el marine, lástima que aquello parecía ser una despedida en toda regla. Lo normal que sucede cuando una se acuesta con un tío en la primera noche.

—Me lo he pasado muy bien —respondió ella y lo hizo sonreír.

Jayden la ayudó a colocarse el abrigo y salieron al exterior. El frío de la mañana de Navidad en Montana les dio en la cara como una bofetada. Desde luego que, en días como aquel, prefería estar en Hawái, al igual que él había dicho la noche anterior.

Le había pedido a Jayden que la llevase al Rancho Davis, allí podría ducharse y cambiarse de ropa, además de inventarse alguna buena excusa para cuando consiguiera llegar al hostel del lago a desayunar y hacer el tradicional intercambio de regalos con la familia.

—Gracias por traerme.

—¿Quieres cenar conmigo esta noche? —preguntó él, antes de que ella se apease del vehículo.

—¿Tú quieres hacerlo? —respondió con otra pregunta. La acababa de sorprender.

—Por supuesto, pero solo si a ti te apetece. ¿Qué me dices?

—Dame tu teléfono —dijo sonriendo después de pensarlo unos segundos y le tendió la

mano.

Jayden también sonrió, sacó el dispositivo móvil del bolsillo de la cazadora, lo desbloqueó y se lo pasó. Kylie tecleó su número y pulsó la tecla de llamada. El suyo sonó dentro del bolso y volvió a pulsar para cortar la llamada.

—Gracias —dijo él.

—Escríbeme, ¿vale? —le pidió mirándolo a los ojos.

—Lo haré.

—Adiós, Jayden —dijo abriendo la puerta de la camioneta.

—Hasta esta noche, Kylie.

Alyssa, la mejor detective

Jayden regresó a casa. Sabía que llevaba una sonrisa boba en el rostro y no le importó. Era una estupidez, pero parecía que algo nuevo se había abierto en su interior o quizá era que había recuperado una parte de él que llevaba demasiado tiempo dormida. Y no solo era el hecho de que Kylie había sido la primera mujer con la que se acostaba desde hacía más de un año, que también influía. La muerte de su amigo John, el marido de su hermana, lo había sumido en una especie de letargo extraño, hasta la noche anterior. Hasta que sus ojos se cruzaron con los de Kylie. ¡Dios! Era una locura. Pero había algo que sabía, la mujer le gustaba y quería explorar el asunto y ver hasta dónde le llevaba aquello.

—Buenos días —le dijo una Alyssa inusualmente sonriente con una taza de café entre las manos.

—Feliz Navidad, hermanita —Jayden se dirigió a su hermana, la besó en la mejilla y la abrazó.

—Feliz Navidad, Jay. Quizá más feliz para ti.

—¿En serio? No sé a qué te refieres —Jayden no pudo evitar esbozar de nuevo aquella sonrisa boba. Su hermana no era estúpida y lo sabía. Por suerte, no parecía estar enfadada.

—No tenías que haberla llevado a casa, podíamos haber desayunado juntos. Me gusta Layla, lo sabes.

—Layla me dio calabazas anoche —dijo él con tranquilidad, borrando la sonrisa del rostro. Quizá no había sido una buena idea lo de llevar a una desconocida a pasar la noche. Era la casa de su hermana y tenía que respetarla.

—¿No era Layla?

—No.

—No me lo esperaba —dijo, seria.

—Estaba con alguien en la taberna y se le rompió un zapato. No podía ir descalza por la nieve. Tenía tu mismo número de pie y...

—¿Además he perdido un par de zapatos?

—Botas, pero las recuperarás o yo mismo te pagaré unas nuevas, y serán las que tú quieras, lo prometo.

—¿Ahogaste las penas con otra mujer y la trajiste a mi casa, Jayden? Y te la tiraste, claro. Además de darle un par de mis mejores botas.

—Así dicho suena horrible —se quejó él.

—No solo suena horrible, es horrible. ¡Cielos, Jayden!

—En absoluto.

—¿En serio? ¡Has perdido a Layla! —Alyssa frunció el ceño.

—Layla me mandó a paseo, sí. Pero si no hubiera sido ella, te juro que lo habría terminado haciendo yo. Me gusta pasar tiempo con ella, además es preciosa y me cae bien, pero no me imagino intimando. Es... una amiga. Solo eso.

—¡Vaya! No lo sabía —dijo, afectada por la noticia—. ¿Entonces por qué demonios salías con ella?

—No lo sé. Quizá aquella conversación de «ahora que vas a dejar los marines, estas en edad de casarte y tener hijos, sal con mujeres de Ennis» —le recordó que ella le había dicho aquellas palabras.

—Lo siento —dijo Alyssa, haciendo memoria. No sabía hasta dónde habían podido influir las palabras en su hermano.

—No importa, me alegra haberla conocido, que ambos lo hayamos hecho.

—Sí, yo también. Espero que al menos sigamos siendo amigas.

Jayden sabía que salir del duelo de la pérdida de su esposo le estaba costando a Alyssa y que Layla, que casualmente había perdido a su madre a principios de ese año la había comprendido especialmente bien, haciendo que ambas mujeres generasen un vínculo importante.

—Estoy seguro que sí, Aly.

Alyssa observó a su hermano y se dijo que era conocedora que hacía siglos que no salía con nadie, sabía desde cuando, desde que John había muerto. De acuerdo, la noche anterior se había acostado con una desconocida, pero al menos lo había hecho y también parecía un avance para él. La muerte de John fue un duro golpe para Jayden, aunque ella hubiera pasado los últimos meses centrada en su propio dolor y en que su hijo no lo viviese de una forma traumática, lo que hacía que, en ocasiones, se olvidase de que para su hermano no estaba siendo nada sencillo tampoco.

—¿Puedo saber quién es la mujer de anoche? No quiero cruzármela por el pueblo sin saberlo. ¿La conozco?

—Kylie Davis —dijo él.

—¡No!

—Sí.

—¡Es la mejor amiga de Layla! ¿Estás loco? Eso se llama venganza y ya puedo ir olvidándome de que sigamos siendo amigas. Nunca he entendido cuando los hombres os ponéis a pensar con el «soldadito» y no tenéis la más mínima consideración.

—No es como crees, Aly.

—Deja que se entere Layla, que se enterará.

—Confío en que lo entenderá.

—Tienes los niveles de confianza demasiado altos para ser un marine. Adiós a mis botas y adiós a mi única amiga en Ennis —sentenció.

John y ella se habían comprado la casa en Ennis cuando él había decidido dejar los marines, solo que no llegó a vivir allí demasiado, se acababa de mudar cuando al poco llegó la noticia de su fallecimiento en el extranjero. Layla había sido la primera amiga que había hecho en el pueblo.

—Layla es una buena persona, no la vas a perder, Aly. Hablaré con ella, te lo prometo.

—Espero que haya sido un buen polvo y que te haya merecido la pena, Jayden. Y también espero que hayas tomado precauciones —dijo Alyssa, molesta—. Voy a ver a Theo.

Jayden cerró los ojos con fuerza cuando su hermana pronunció la frase. Por suerte, ella no lo vio, ya que se encontraba subiendo hacia el piso de arriba. No, no habían tomado precauciones y

no era habitual en él, siempre lo hacía. Tendría que hablar con Kylie sobre ello.

Me acosté con el marine

Cuando Kylie llegó al Rancho Davis se encontró de frente con Chase y Layla. No sabía qué hacían allí, tendrían que estar con el resto de la familia en el hostel del lago. Su hermano mayor había fruncido el ceño al verla con el disfraz de la noche anterior y Dios sabía qué aspecto. No era estúpido y enseguida le dijo que tenía la barbilla enrojecida, ella aludió a haberse golpeado, pero ambos sabían que era una señal inequívoca de que había pasado parte de la noche besando a un hombre. Le molestaba aquel paternalismo de su hermano, más cuando ella pasaba ampliamente de la treintena y tenía edad suficiente para gobernar su propia vida y acostarse con quien le viniera en gana, aunque era algo que no sucedía habitualmente. Finalmente le había preguntado si estaba bien, ella había respondido que sí y había desfruncido un poco el ceño.

Tras tomar una agradable ducha en su habitación, se encontró a Layla en el baño del pasillo, maquillándose con la puerta abierta. Tenía que hablar con ella acerca de lo que había sucedido con Jayden la noche anterior. No sabía cómo iba a reaccionar, pero esperaba que se mostrase comprensiva.

—Me gusta que te divierta maquillarte. Eres una gran alumna, ya lo haces muy bien —le dijo Kylie. La joven les había pedido ayuda acerca de ello hacía unas semanas y tanto Eva como ella habían estado encantadas de enseñarle algunos trucos.

—¡Gracias! Pero no tenía pensado hacerlo hoy, ha sido por lo que ha dicho tu hermano.

—¿Ha dicho que te maquilles? —preguntó, extrañada.

—No, lo que ha dicho de tu barbilla.

Kylie se dio cuenta que Layla también la tenía roja y sonrió. Se alegraba por ambos, merecían ser felices. Hablaron acerca de lo protector que se mostraba Chase con ella y acabaron alegrándose de que lo de ellos funcionase.

—Me siento mal por Jayden —expresó Layla al rato.

—No te preocupes, seguro que no le ha importado. Se había dado cuenta de lo que pasaba entre Chase y tú —le respondió.

—Sí, es curioso —Layla frunció el ceño, pensativa—, justo me dijo eso cuando le dije que me iba a quedar en el hostel.

—No debes preocuparte por él —quiso zanjar Kylie.

—De todas formas, hablaré con él mañana —dijo Layla, cambiando de tema al instante siguiente—. Bueno, cuéntame, y ese chico con el que has pasado la noche, ¿era guapo?

Kylie se dijo que allí tenía una oportunidad para contárselo, pero era tarde y la familia los debía estar esperando en el hostel. Quizá aquella conversación merecía un tiempo más largo.

—Era muy guapo, pero ya hablaremos de ello. Ahora tengo que terminar de vestirme —dijo, antes de volver a su dormitorio.

El transporte hasta el hostel del lago no supuso ningún problema, Chase y Layla la esperaron y fueron en la camioneta quitanieves, al parecer por eso ambos se hallaban en el rancho, su hermano había estado limpiando la carretera. Era un servicio que realizaba desde solo hacía un par de años, conjuntamente con Dave, el otro propietario de un vehículo similar. Cuando una gran tormenta de nieve los dejó atrapados durante varios días, dejando al pobre Dave solo y exhausto decidió que necesitarían tener otro más en la zona. Al llegar al hostel se apeó del vehículo, supuso que Layla y su hermano tenían que hablar a solas unos minutos, Chase no quería contar lo de ambos de momento a toda la familia, lo había pasado mal y sabía que estaba aterrado ante la idea de airearlo.

Después de un copioso desayuno en familia, se dirigieron a uno de los salones del hostel donde los regalos estaban dispuestos y comenzaron a abrirlos. Ropa de abrigo, botas, perfumes y demás avaluamiento apareció de dentro de los paquetes. La pequeña de los Davis, Eva, volvió a la carga cuestionando la bufanda roja que llevaba esa mañana Layla y que no había salido de ninguno de los paquetes.

—¿Ha sido el marine? Creo que todos por aquí sabemos que has pasado la noche con él —aseguró Eva, quien parecía satisfecha de ello. Era una joven que tenía una gran curiosidad por todo, además de decirse abierta y moderna, aunque en ocasiones, más bien resultaba entrometida e inoportuna para el resto de su familia. En esa ocasión no fue menos y estaba poniendo nerviosa a Layla con el interrogatorio acerca de la bufanda. Chase acabó reconociendo la autoría del regalo y pareció calmarse la sed de conocimiento de Eva, aunque añadió que le parecía un regalo demasiado caro para él. Se centró en sus propios regalos y la nueva pareja respiró, pensando que estaban fuera de peligro.

—La ropa que llevas puesta es la de Tyler —aludió ahora la más joven de los Davis hacia su hermano mayor.

—Me he duchado en su habitación esta mañana —dijo este.

Su madre intervino y preguntó si acaso no había dormido con Dominic, su otro hermano. En Navidad compartían habitación, Eva y ella misma lo hacían con Layla ese año. Chase con Dominic.

Chase se defendió como pudo y Dominic lo cubrió, pero Eva estaba encargada de ciertas labores en el hostel y sabía las camas que no habían sido ocupadas. Layla se pasó la mano por la frente y tragó saliva. Su hermana era insaciable en sus pesquisas.

—Puede que el año que viene presente la fiesta de Nochebuena como el lugar perfecto para encontrar pareja o al menos para terminar la noche con una persona. Tres de vosotros lo habéis hecho, Layla con su marine, Kylie y Chase con dos incógnitas desconocidas hasta el momento y puede que Dom también tenga algo que decir —Eva, alias Sherlock Holmes, expresó todas sus certezas.

—Yo no he pasado la noche con el marine —dijo Layla.

La pobre Layla aún no conocía a Eva y quería defender su honor y quizá el de Chase. No sabía que, probablemente, estaba cometiendo un error aún mayor.

—Te vi con él durante casi toda la noche, subiste a por tus cosas y luego ambos desaparecisteis, os fuisteis —aseguró Eva.

—No me fui a ningún sitio con él —afirmó de nuevo Layla.

Eva la observó, vislumbrando si le estaba mintiendo o no.

—No tienes que justificarte, Layla —intervino Chase, temiendo que llegase a la verdad, a una que en ese momento él no estaba preparado para admitir.

—Lo sé —habló de nuevo Layla—. Chase, es que no quiero que nadie piense...

—No es necesario, Layla —dijo Chase una vez más.

—Yo pasé la noche con el marine —dijo Kylie en voz alta. Era estúpido confesarlo de aquella forma, pero no podía permitir que las cosas entre Chase y Layla se aireasen antes de que su hermano estuviera listo para hacerlo, lo había pasado mal y se lo debía, al igual que a Layla, que aún no sabía cómo lidiar con Eva.

—¡Kylie! —exclamó Layla, sorprendida con la confesión de su amiga.

Kylie miró a Chase ahora, que lejos de agradecerle el gesto, frunció el ceño y tensó la mandíbula antes de dirigirle una mirada afilada. Estaba segura de que Jayden no estaba entre sus personas favoritas, por el papel que había jugado con Layla y el que jugaba ahora con ella.

—Creo que tengo que tomar el aire —anunció Chase, levantándose del sillón para salir del salón.

—Lo acompaño —escapó Dominic, antes de que algo lo salpicara.

—Yo también creo que he tenido mi cota de hijos por hoy —dijo Elijah, su padre, imitando a sus otros dos vástagos—. ¡Y eso que hoy solo son cuatro y ya son mayores!

Maggie, su madre, se levantó del sillón y posó una mano sobre el hombro de Kylie, en señal de apoyo. La miró de forma comprensiva y le habló a Eva, su hija pequeña:

—Creo que tienes una recepción que atender —La cogió del brazo para salir con ella de la estancia—. Y también creo que ya has hecho bastante por hoy.

—¿Es cierto? —le preguntó Layla cuando ambas quedaron a solas—. ¿O lo has dicho por...?

—Es cierto, lo siento —se adelantó Kylie, sintiéndose avergonzada por no habérselo contado de otra forma a su amiga.

—No sabía que te gustaba Jayden.

—Es un hombre muy atractivo —respondió.

—¿Ha sido cosa de una noche o...?

—No lo sé. ¿Te molesta? Sé que era tu marine.

—No era mi nada, Kylie. Solo salimos a cenar y el resto de veces estuvimos con su hermana y su sobrino.

—Pero te gustaba.

—No, no lo hacía. A Eva le gustaba la idea de que pudiera surgir algo entre nosotros y la historia se sobredimensionó, ya sabes cómo es tu hermana.

—Una entrometida —aseguró Kylie sonriendo—. Me alegra que no estés enfadada conmigo.

—Nunca podría estarlo. No por un hombre que no es para mí —dijo Layla sonriendo.

Ambas mujeres se abrazaron y Kylie respiró tranquila.

Comenzamos al revés

Jayden le había escrito a mediodía, después de preguntarle cómo se encontraba y si todo iba bien. Después, le había enviado la ubicación del lugar elegido para cenar. En Ennis no había demasiados locales para elegir, ni muy elegantes, pero siempre podías contar con una buena comida casera. Él se había ofrecido a pasar a buscarla y ella declinó la oferta, no volvería a quedarse sin coche y tirada en el pueblo. Aunque la noche anterior no había resultado nada mal. Sí, había roto su personal código ético sobre aquello de no acostarse con un hombre en la primera noche, pero tampoco es que le fuera demasiado bien siguiéndolo. Sus últimas citas habían sido tipos más interesados en los cebos que había que usar en el lago Ennis para pescar, que en ella. También aprendió la lección de no salir con ninguno de los cowboys del rancho, cuando al día siguiente de hacerlo, todos los detalles estaban en la boca de cada uno de los trabajadores de los Davis. Jayden resultaba ser un soplo de aire fresco en Ennis.

Aparcó el coche frente al local y vio la camioneta del hombre un par de coches más allá. Sonrió, había llegado antes de la hora. Entró en el restaurante, dejó el abrigo en uno de los percheros y lo vio. Jayden se levantó de la silla y miró hacia ella, dejándola impresionada. Vestía traje de chaqueta y corbata. Ella... bueno, no se había arreglado tanto. Llevaba un pantalón de vestir beige y un jersey del mismo tono con un motivo navideño en color plata. Estaba bien, pero no tan elegante y se alegró de no haberse puesto los vaqueros.

—¡Hola! —la saludó él cuando la mujer se acercó hasta la mesa.

—Tendrías que haberme avisado de que pensabas pedirme matrimonio esta noche —bromeó ella.

—¿Perdón? —Jayden sonrió sin entender.

—Esto es Ennis, nadie se viste tan elegante para cenar, a menos que sea una ocasión muy especial.

—Lo siento. Creo que me he dado cuenta cuando he entrado y me han placado en la puerta diciéndome que no pensaban cambiarse de religión.

Kylie rio pensando en la escena.

—Y yo que pensaba que venía demasiado arreglada.

—Estás preciosa.

—Gracias. Morticia ha dejado el color negro de lado —volvió a bromear ella.

—Mucho mejor así.

—Gracias.

—Cuando leí las reseñas me dio la sensación de que era el lugar más elegante de Ennis.

—Y lo es. Solo que los términos más elegante y Ennis están en un escalafón inferior a

Bozeman, por ejemplo.

—Lo recordaré, gracias.

—Estás muy guapo, de verdad. Gracias por mejorar mi última cita.

Él la miró, esperando una explicación.

—Llevaba los pantalones de pesca puestos —añadió ella.

—No era muy difícil mejorar, ¿no crees?

—No, para nada. Y gracias por invitarme, aunque no tenías por qué hacerlo.

—Siento que comenzamos al revés, me sentía en deuda de alguna forma contigo.

—¿Ha sido por eso? —Kylie no pudo evitar un deje de decepción en su voz, que Jayden captó al instante.

—No. Realmente me apetecía cenar contigo. Anoche me lo pasé muy bien. Y no me refiero a... ya sabes. Me gustó tomar ponche contigo, me gusta tu compañía, Kylie.

—Me siento halagada —sonrió más relajada.

La cena transcurrió de forma agradable, ambos charlaron animadamente y rieron. El tiempo pasó tan rápido que, en un momento dado, uno de los camareros les avisó que cerrarían en quince minutos. Se disculparon con él y se apresuraron a salir del local.

—Una nueva y fría noche en Montana —dijo él, pensando que le gustaría pasear por el pueblo con ella, pero las actividades *outdoors* como un paseo con una chica en aquel estado estaban reservadas solo para el verano.

—Siempre es una bofetada de realidad —bromeó ella.

—Gracias por acompañarme.

—Gracias a ti por invitarme.

Ambos quedaron frente a frente. Kylie se ajustó los guantes y lo observó. ¡Qué guapo era! El pelo oscuro cayéndole por las sienes, los ojos azules que la observaban desde al menos quince centímetros más arriba, los carnosos labios y su voz, tan masculina y grave. Estaba segura que recordaría aquella noche durante mucho tiempo. Sin duda era la mejor cita que había tenido nunca. Lástima que, probablemente él solo lo había hecho porque se sentía mal por haberse acostado con ella sin tan siquiera ofrecerle una cena.

—Voy a besarte, Kylie —le dijo, acercándose a ella.

—¿Siempre avisas antes? —respondió ella e hizo que Jayden sonriera.

—No, es solo que... no sé si tú...

—Hazlo y no preguntes.

Jayden se apoderó de los labios de la mujer. No era solo un simple beso de despedida como había pensado ella. Se apretó contra el cuerpo del marine que la estrechaba entre sus brazos mientras que despertó en ella todos los deseos de la noche anterior.

—Buenas noches, Kylie —le dijo, mirándola a los ojos una vez separaron sus labios.

—Buenas noches, Jayden —respondió ella.

Jayden sonrió y le acarició el rostro una última vez antes de bajar los escalones del porche del restaurante. Ella lo miró. Pensó que valía la pena intentar algo más con él y se animó a hablar:

—No sé si mañana seguirá abierto el mercadillo de Navidad. Puede que quieras que vayamos —le dijo desde su posición.

—Claro —él sonrió, complacido por la invitación de la mujer.

—Te escribo mañana.

—Estaré esperando tu mensaje.

Jayden subió a la camioneta y salió del aparcamiento, dedicándole un saludo con la mano.

Ella lo saludó también, se subió el cuello del abrigo y bajó los escalones para caminar hacia su vehículo. Cuando subió, vio a su lado las botas y los calcetines que le había prestado la noche anterior. ¡Había olvidado por completo devolvérselos! Arrancó el coche y se dispuso a seguirlo, si tenía suerte lo alcanzaría antes de entrar en la casa.

Jayden sonrió mientras conducía. Kylie era preciosa, además de ingeniosa y con una gran fuerza interior. Era una mujer que sabía lo que quería en cada momento. Quizá criarse en una familia tan extensa, siendo la del medio de cinco hermanos y dedicándose a las labores del rancho, en un estado tan duro climáticamente como Montana acababa curtiéndote el carácter, pero a la vez, sentía que era la más dulce de las mujeres que había conocido. Dejó la camioneta en la entrada de la casa y entró en la vivienda.

Para cuando Kylie quiso llamarlo con la bolsa que contenía las botas, el hombre ya había cerrado la puerta. Se detuvo frente a la casa y se preguntó si debía tocar al timbre o no. ¿Sería demasiado atrevido de su parte? Bueno, acababa de entrar, no debía estar lejos. Solo tocaría, le daría la bolsa con las botas y los calcetines y las gracias. Luego se iría. Fácil y rápido. Decidió hacerlo y tocó suavemente con los nudillos.

—¡Kylie! —exclamó él, sorprendido al abrir la puerta.

—¡Hola! ¡Se me olvidó darte esto! —subió la bolsa para enseñársela. En ella sobresalía la parte superior de las botas.

—Gracias —dijo cogiéndola con una mano.

—Gracias a ti por prestármelas. Y bueno, gracias a tu hermana, claro. Buenas noches.

Jayden vio cómo Kylie giró sobre sus talones con intención de volver al coche.

—¿Quieres entrar? —preguntó él.

—No, no quiero molestar. Yo solo quería darte las botas, por si tu hermana las necesita, nada más, de verdad.

—Lo sé —la creyó y pensó en que Alyssa acababa de subir al dormitorio para descansar—. Estoy solo, puedes entrar.

—¿En serio?

—Sobró chocolate de ayer —la invitó—. Entra, antes de que se te congelen las ideas y a mi hermana la casa por tener la puerta abierta tanto tiempo.

—Vale, tomaré una taza de chocolate y me iré.

Kylie caminó hacia la casa y entró. Jayden cerró la puerta a su espalda y le cogió el abrigo, colgándolo en la percha. Después la besó sin previo aviso poniéndola contra la pared y apretándose contra ella.

—También sé hacerlo sin avisar —bromeó él a escasos centímetros de la boca de la mujer, que tenía la respiración acelerada.

Ahora fue ella quien lo besó a él.

—Yo también —dijo Kylie.

—Ya lo habías hecho ayer. Dos veces.

Jayden rio y la besó de nuevo.

—Jay, he oído la puerta ¿Quién...?

La pregunta de Alyssa quedó inconclusa al encontrarse a su hermano besando a una mujer en la entrada de su casa.

—Hola —dijo Kylie, avergonzada. ¡Él había dicho que estaba solo!

—Pensaba que dormías —le recriminó Jayden.

—No, aún no —la mirada de Alyssa Murphy paseó entre su hermano y la desconocida, que no lo era tanto, sabía quién era, la había visto en varias ocasiones por el pueblo y sabía que era la

mujer que había dormido en su casa la noche anterior. ¿Jayden pensaba tirársela de nuevo allí?

—Yo —Kylie tragó saliva—. He traído tus botas. Jayden me las prestó ayer, pensé que te podían hacer falta. Gracias.

—¿No nos presentas? —Alyssa miró a su hermano.

—Sí, lo siento —carraspeó—. Ella es Alyssa, mi hermana. Y ella es Kylie... una amiga.

—Encantada —dijo Kylie y le tendió la mano.

Alyssa fue algo más dura y tardó unos segundos en alargar la suya para estrechársela, pero al final lo hizo.

—¿Cómo está Layla? —preguntó Alyssa a modo de saludo y Jayden la miró reprobatoriamente. Sabía lo que estaba pensando y no le gustaba.

—Está muy bien, gracias.

—¿La has visto hoy?

—Hemos pasado la mañana juntas.

—¿Has hablado con ella?

Kylie no entendía la razón del interrogatorio.

—Aly, pensaba que estabas cansada —le recordó Jayden.

—Lo estoy. Solo estaba siendo amable con tu invitada. Creo que me iré a dormir. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Kylie—. Y gracias por las botas.

Alyssa esbozó una mueca de compromiso parecida a una leve sonrisa y se dirigió hacia las escaleras para subir al piso superior.

—Lo siento —se disculpó Jayden.

—¿No decías que estabas solo? —preguntó Kylie, después de darle un suave puñetazo en el hombro.

—Pensaba que dormía.

—Que esté dormida no es estar solo.

—No habrías entrado si te lo digo.

—No, y es lo que debería haber hecho si hubiera tenido un poco de sentido común.

—Pues yo me alegro de que no lo hayas tenido —le sonrió—. Entra a la cocina, tomaremos ese chocolate.

—Además no le caigo bien —dijo, adentrándose en la vivienda.

—Está dolida por lo de Layla. Tenía esperanzas.

—Genial, pero yo no tengo la culpa.

—No es eso, es que piensa que no le va a volver a hablar cuando se entere que tú y yo pasamos la noche juntos. Y es algo que le molesta de verdad, ya que Layla es la primera amiga que ha hecho en Ennis.

—¿Sabe que estuve aquí anoche? ¿Qué tú y yo...? —Kylie se tapó la boca con las manos.

—Supo que había una mujer, y que además se había ido temprano y supuso que había sido Layla.

—¡Oh, Dios! —Ahora se llevó la mano a la frente.

—Le tuve que decir que no había sido Layla.

—Ahora entiendo que esté molesta conmigo.

—No, realmente lo está conmigo.

—¿Por lo de Layla?

—Es posible. ¿Cómo crees que se lo tomará cuando lo sepa? —Era algo que también le preocupaba a él.

—Se lo ha tomado bien.

—¿Se lo has dicho?

—Se lo dije a toda mi familia mientras que abríamos los regalos esta mañana —dijo, tomando asiento en uno de los sofás. Jayden había puesto el chocolate a calentar.

—¿¡Qué!? ¿¡Por qué!?

—Mi hermana Eva —Kylie puso los ojos en blanco—. Estuvo presionando a Layla con el tema y yo terminé largándolo para que la dejase a ella. Solo que lo hice delante de todos. Y solo por si acaso: No te acerques a mi hermano Chase.

—Sí, no debo caerle demasiado bien ahora mismo. Bien, seamos prácticos: hay algo que no nos debe preocupar, ya lo saben todos.

—Sí, eso parece. Es absurdo, tenemos problemas anormales para no hacer ni veinticuatro horas que nos conocemos —afirmó Kylie.

Jayden consultó su reloj.

—Técnicamente sí hace más de veinticuatro horas que nos conocemos.

—¡Yupi! —bromeó Kylie, mientras que Jayden desaparecía del salón para ir a por las tazas a la cocina.

—Lo celebraremos con una taza de chocolate —dijo, reapareciendo en la estancia.

El mercadillo navideño

Jayden se prometió comenzar a buscar una casa cuando tuvo que dejar marchar a Kylie la noche anterior, poco después de compartir el chocolate. Solo que, sabía que Alyssa no estaba aún preparada para vivir sola y necesitaba cierto apoyo con Theo. No había pensado en ello antes porque durante muchos meses ni se había planteado tener una vida que no fuera la de apoyar a su hermana incondicionalmente. Se sentía culpable por lo que le había ocurrido a John, trabajaban juntos en una misión y a última hora su amigo había ido solo donde no debió.

—¿Todo bien? —preguntó Kylie a su lado mientras paseaban por el mercadillo navideño. Jayden estaba sumergido en algún pensamiento nada agradable, no había más que ver su rostro.

—Sí, claro —le sonrió y le prestó atención.

—Te decía que me parece una buena idea mantener el mercadillo al menos hasta año nuevo.

—Le da mucha vida al pueblo —convino él—. No lo he visto tan lleno de gente desde que llegué.

—¿Cuánto tiempo llevas en Ennis?

—Desde hace un par de meses.

—Es curioso que no nos hayamos visto nunca hasta la fiesta de Nochebuena. Sin embargo, a tu hermana sí la he visto.

—Mi hermana hace algo más de un año que vive aquí. John y ella querían instalarse en un lugar pintoresco y crear una familia. Además, a él le gustaba pescar, Ennis es una gran elección si te gusta pescar —sonrió—. Pensaron que un pueblo pequeño le daría más libertad a los niños que tuvieran y que sería más sano que vivir en una gran ciudad. Además, solo le restaban un par de años para retirarse del servicio activo.

—¡Qué injusta es la vida a veces!

—Así es.

—Y tú, ¿te ves viviendo en Ennis en un futuro? —preguntó Kylie.

—No lo sé. Supongo que será una decisión que deba tomar cuando mi hermana me eche de su casa algún día —sonrió él—. ¿Tú?

—Nunca he pensado en otra opción, somos cinco, pero el rancho tiene mucho trabajo, hay para todos y además tenemos empleados. En fin, es donde está mi fuente de ingresos. Además, esta Navidad, Eva y yo estamos probando a ocuparnos del hostel, para que la esposa de mi hermano y él, que son quienes lo dirigen, puedan visitar a la familia de ella o tomarse un tiempo para ellos.

—Comienzo a entender por qué Marilyn —sonrió—, perdón, Eva, quería que todo fuese un

éxito.

—A veces hay que dejar fluir, no forzarlo obligando a la gente a bailar —se quejó Kylie riendo.

—Yo quizá deba ponerme a buscar un trabajo pronto.

—¿No estás en los marines?

—He pedido mi baja definitiva, solo estoy esperando a que se haga oficial. Supongo que después tendré una pensión por los años de servicio, pero no me gustaría estar mano sobre mano.

—Nuestro capataz lleva retrasando varios años su jubilación, pero creo que pronto nos dará la patada y se retirará.

—¿Me estás ofreciendo trabajo?

—Solo estoy comentando una cosa que sucede en mi lugar de trabajo —se defendió ella, sonriendo, pero desde luego que sería algo que no le importaría, compartir más tiempo con el marine.

—Mmm, ser cowboy, suena interesante.

—Es duro, pero no está mal pagado. Zach ha intentado entrenar a varios de los muchachos en todo lo que ello conlleva, sobre todo en lo de dar órdenes y organizar los equipos de trabajo y las tareas diarias, pero dice que no encuentra a alguien lo suficientemente rígido, disciplinado ni organizado.

—Ese soy yo —bromeó.

—No me había imaginado que tuvieras intención de retirarte —le causó curiosidad aquello.

—Después de lo de John no puedo seguir —fue sincero con ella—. Nuestros padres murieron y no conocemos más familia. No puedo hacerle eso a mi hermana.

—Es un gran gesto por tu parte —Kylie apreció la sinceridad y entrega de Jayden con su familia.

—Muchos dirían que es cobardía.

—Al contrario, yo creo que es muy valiente.

—Gracias y... voy a besarte por ello —dijo Jayden deteniéndose para cogerla de la cintura y mirarla a los ojos.

—Otra vez avisando —Kylie puso los ojos en blanco, mostrando su impaciencia—. Debes saber que me gustan las sorpresas. O al menos este tipo de sorpresas.

—Sí, señora.

—Ahora estás hablando como un cowboy —rio ella.

—Lo sé, señora. Y si tuviera un sombrero la saludaría con él, señora.

Kylie rio, pero su risa fue silenciada por un tierno beso del futuro exmarine.

Fin de Año en Ennis

Los días habían pasado rápido para Kylie y Jayden, se habían visto a diario desde Nochebuena y con ayuda de una planta navideña, Kylie había logrado que Alyssa cambiara un poco su rictus para con ella. Al menos ya no la miraba con tanto recelo.

—Me pregunto de dónde la habrá sacado —hablo Alyssa en voz alta mirando hacia la poinsetia bicolor que le había regalado Kylie el día anterior.

—Podría decirte que no lo sé —respondió Jayden con una sonrisa—, pero fuimos a Bozeman y me hizo recorrer cada uno de los viveros y floristerías de esa ciudad hasta conseguirla. Se propuso impresionarte y creo que lo ha logrado.

—¿Por qué tantas molestias? No lo entiendo.

—No fuiste demasiado amable el último día.

Alyssa entrecerró los ojos recordándolo.

—Os encontré metiéndooos mano en la entrada de mi casa. Dentro de mi casa, para ser más concretos, y delante de mí. No sé si esperabas que os aplaudiera —se defendió ella.

—¡Venga ya, Aly! —desestimó Jayden, sabiendo que eso no era lo que realmente le molestaba.

—Está bien, me gustaba Layla para ti y pensé que Kylie era un rollo de una noche. Y no me caen bien las mujeres fáciles.

—Eres una antigua, Alyssa Murphy. Y te diré que ella no es eso que dices, es todo lo contrario.

—¡Ja! —desestimó ella—. Por eso se viene a casa del primer tío que encuentra y se lo tira.

—Confluyeron varias circunstancias, se le rompió un zapato y estaba nevando. No fue premeditado, solo sucedió. Sé reconocer a una mujer fácil, créeme. Y ella no lo es.

—Te gusta mucho —adivinó en el rostro de su hermano.

—Sí —reconoció él y sonrió.

—¿Le has dicho que te vas a quedar en Ennis? ¿Y que pronto no tendrás trabajo?

—Sí, se lo dije. Me dijo que su capataz se jubilará pronto.

Alyssa sonrió. Quizá había juzgado mal a Kylie y debía darle otra oportunidad, su hermano estaba encandilado con ella. Se fiaba del buen criterio de Jayden. Nunca antes lo había visto de aquella manera con nadie, aunque era cierto que toda su vida adulta la había pasado en los marines, haciendo Dios sabía qué, porque al igual que las de John, las misiones de su hermano también eran clasificadas.

—Dile que venga esta tarde a celebrar el fin de año adelantado —se refirió a una pequeña fiesta que había inventado para celebrarlo con Theo antes de que se durmiera.

—Gracias, Aly.
—Y dale las gracias de nuevo por la planta.
—Lo haré —Jayden sonrió.

Kylie vestía un conjunto de pantalón negro y jersey rojo con lentejuelas doradas que le había parecido lo suficientemente festivo para acudir a la pequeña fiesta a la que la habían invitado en casa de Alyssa.

—Estás muy guapa —la alabó Jayden, nada más entrar en casa de su hermana y pedirle el abrigo para colgarlo.

—Gracias, me han dicho que es una fiesta de fin de año, tenía que venir acorde.

—Alyssa no deja de mirar la planta que le compraste —le dijo en voz baja al oído y Kylie sonrió, satisfecha por ello.

—¡Hola, Kylie! —la saludó Alyssa cuando ambos entraron en la cocina.

—Gracias por invitarme.

—Cuantos más mejor —dijo Alyssa, quitando importancia al hecho. Aunque según le había dicho Jayden, solo iban a ser ellos y quizá Layla cuando terminase esa tarde en la biblioteca. Kylie se dijo que Eva la iba a matar porque esa noche tenían el cóctel de fin de año en el hostel y ya debería estar allí, pero le había parecido importante tomarse al menos una hora para confraternizar con la hermana de Jayden.

—He traído una tarta de mora, es típica de Ennis. Recolectamos las moras en verano, las congelamos o ponemos en conserva y luego las usamos durante todo el año.

—¡Gracias! He oído hablar de ella. ¿La has hecho tú?

—Sí —sonrió—. Me enseñó Ashley, mi cuñada. Las tuyas son mejores, pero espero que estas os guste.

—Otro punto para ti, le encantan las tartas —le dijo Jayden al oído y ella rio.

Alyssa frunció el ceño, ya se enteraría de cuál era el secreto, torturaría a su hermano si era necesario.

—¿Conoces a mi hijo, Theo? —preguntó, al ver cómo un pequeño de unos cuatro años entró en la cocina y fue hacia su tío, que lo cogió en brazos.

—Hola, Theo —dijo Kylie, dándole la mano al pequeño.

—Ella es Kylie —le informó él.

—¿Es tu novia? —preguntó el niño, descolocando a Jayden. Jamás había preguntado aquello cuando Layla había estado en la casa.

Alyssa no pudo evitar la risa observando a su hermano, que no sabía qué decir. Se compadeció de él.

—Theo, ¿quieres ir a lavarte las manos? Vamos a comenzar la fiesta.

—Sí, mamá.

Jayden dejó a Theo en el suelo, que fue a lavarse las manos en el baño de la planta inferior.

—¿Te ayudo con algo? —se ofreció Kylie.

—No, está todo listo. Coge un ponche, es sin alcohol, por Theo, lo siento.

—Oh, no importa, no suelo comenzar a beber tan temprano —bromeó y Alyssa sonrió.

Jayden puso una grabación de un programa de fin de año en la televisión. Esperaba que no fuera demasiado visible que era del año anterior.

—Mamá, ¿no te pones elegante? —preguntó el niño.

—¿Debería hacerlo? —preguntó Alyssa mirándose a sí misma.

—Yo tengo una pajarita —se señaló el cuello y luego señaló a Jayden y Kylie—. Ellos también están elegantes.

—De acuerdo. Dadme diez minutos y veré qué puedo hacer —dijo Alyssa subiendo a la planta de arriba.

Entre Kylie y Jayden dispusieron la mesa con el resto de los canapés y bebidas, listos para comenzar la celebración. Theo bailaba con la música de un altavoz. No mucho después, Alyssa bajó las escaleras. Llevaba un vestido largo, se había recogido el pelo en un moño sencillo alto y se había maquillado. Jayden sonrió, era la primera vez desde la muerte de su marido que lo hacía, y era una buena señal.

—Estás muy guapa, Alyssa —dijo Kylie, siendo sincera. Aquella mujer era una belleza, no necesitaba ponerse nada, pero si lo hacía, desbordaba clase y elegancia por todos lados.

—Gracias. Se me hace un poco extraño —sonrió ella, tocándose el vestido nerviosamente, como si lo estuviera alisando con las manos.

—Tenías que hacerlo, Aly —le dijo Jayden.

—Lo sé.

—Y estás bellísima —le dijo su hermano de nuevo antes de acercarse a ella, cogerle la mano, apretársela y besarla en la mejilla.

—Gracias. Bueno, ¿comenzamos?

Según habían calculado, tenían unos diez minutos hasta la cuenta atrás. Aprovecharían para brindar con ponche y comer algo mientras la grabación del fin de año en Times Square avanzaba. Kylie bailó con Theo y con Jayden mientras que Alyssa los miraba con una sonrisa y asistía a todos los brindis que inventaba el pequeño. Se alegraba de que se lo estuviera pasando bien. Llegó la cuenta atrás y todos gritaron hasta llegar a cero. Jayden disparó un tubo de serpentinas y Theo saltó proponiendo un brindis ahora con zumo de manzana, todos imitaban que era champán. El niño estaba feliz con su primera fiesta de fin de año.

—¡Feliz año, mamá! —Theo la abrazó y la besó, después hizo lo propio con Jayden y con Kylie. Ellos también aprovecharon para felicitarse mutuamente, dándose un casto beso en la mejilla.

Alyssa recordó a su marido, John, y sintió una profunda tristeza. Hacía menos de un año desde que llamaron un día a su puerta y le entregaron una bandera doblada y las condecoraciones. Miró a su hermano y a Kylie, ellos ya no estarían nunca más solos y por primera vez, sintió envidia en su corazón.

—Disculpadme un momento —dijo, saliendo disparada de la estancia.

Jayden se mostró preocupado, pero no quiso dejar a su sobrino Theo solo, que tan bien se lo estaba pasando. Quizá su hermana solo necesitaba respirar un momento.

—Voy a ver si necesita algo —dijo Kylie, siendo consciente de lo que ocurría. Jayden asintió con la cabeza y de manera silenciosa se lo agradeció.

Kylie subió al piso de arriba y oyó sollozar a la mujer. Se dijo que casi no la conocía, además sabía que le caía mal y probablemente era una pésima idea estar allí. Pero respiró hondo y se dijo que tenía que hacerlo.

—¡Alyssa! —la llamó en voz alta.

La mujer se limpió la cara y se aclaró la voz.

—¡Sí! Estoy aquí. Adelante —dijo desde el interior del dormitorio principal.

Kylie entró en la habitación.

—¿Estás bien?

—Lo estaré, por Theo. Gracias por preocuparte. ¿Te puedo ayudar con algo?

—No, tu fiesta es un éxito y Theo es un niño muy alegre —sonrió—. Solo quería darte las gracias por invitarme.

—Gracias por venir y traer la tarta, que te aseguro me acabaré comiendo entera.

—Ha sido un placer —sonrió y miró alrededor de ella—. Tienes una casa preciosa.

—Gracias.

—¿Quieres que me quede un rato contigo? —le ofreció.

—Sí, por favor —le dijo.

Kylie se puso de rodillas al lado de la cama, donde Alyssa estaba sentada y le ofreció la mano, que ella cogió y apretó.

—Aquí estoy —Kylie le sonrió suavemente.

—No quiero preocupar más a Jayden.

—Lo sé.

—Ha dejado todo para estar con nosotros estos meses. Y va a dejar a los marines.

—Me lo ha dicho.

—Gracias por lo que estás haciendo por él.

—¿Por qué? —preguntó Kylie, extrañada.

—Por haber conseguido que vuelva a sonreír.

—No hay de qué —respondió Kylie, repentinamente emocionada.

—Te acabaré haciendo llorar —dijo Alyssa, limpiándose una lágrima que le cayó por la mejilla.

—No importa. Es fin de año, la gente se emociona, por el presente y por el pasado.

—Sí, eso es —Alyssa sonrió y respiró hondo, aunque la tristeza no la abandonaría esa tarde—. ¿Quieres que te enseñe una fotografía de John y de Jayden sirviendo juntos?

—Solo si tú quieres.

—Te gustará ver cómo de guapo está Jayden con el uniforme.

Alyssa se levantó y se dirigió a la cómoda, abrió un cajón y sacó una fotografía enmarcada. Kylie supuso que estaba allí guardada porque aún era demasiado duro para ella ver a su esposo. Volvió hacia donde estaba Kylie, que ya se había incorporado y se la mostró. Alyssa acarició la imagen de su marido.

—Ambos están guapísimos con el uniforme —dijo Kylie.

—Sí. Además, estaban muy orgullosos de servir a nuestro país. Sé que eran los mejores.

—¿Qué hacían exactamente?

—No lo sé. Inteligencia militar. Material clasificado. Nunca lo supe y Jayden tampoco te lo contará. John me decía en qué país había estado, pero solo mucho tiempo después de volver. Siempre pensé que eran como una especie de James Bond en militar. Pero sin ligarse a mujeres. O al menos eso espero.

Kylie rio con la descripción del trabajo. Era una idea curiosa, aquellos dos guapos hombres salvando el mundo, mientras que el resto jamás lo sabrían y seguirían con sus vidas, gracias a ellos, por supuesto.

—Jayden aún tiene sus uniformes, puedes pedirle que se los ponga para ti —habló de nuevo Alyssa y la otra mujer enrojeció, algo que hizo que Alyssa riera por primera vez en la noche de forma sincera—. Jayden tenía razón.

—¿En qué tenía razón? —quiso saber ella.

—Nada, cosas mías. Me alegra que hayamos tenido esta charla.

Un rato después, ambas mujeres bajaron al salón de nuevo. Layla había llegado y se fundió

en un abrazo con Alyssa, a la que hacía días que no veía. Por fin pudo comprobar que no estaba enfadada, algo que la alegró. Hablaron sobre su último día en la biblioteca de Ennis y lo que los niños la iban a echar de menos una vez terminadas las actividades de Navidad locales. Poco después se despidieron. Kylie y Layla se dirigieron al rancho, donde se cambiarían de ropa antes de ir al hostel del lago. Había una fiesta que preparar.

Jayden llegó esa noche a última hora al hostel del lago, dejó el abrigo en uno de los percheros de la entrada y miró hacia el salón, buscando a Kylie con la mirada. La halló y sonrió, la mujer se había cambiado el vestido y ahora lucía uno largo de color blanco, con pedrería en él. Llevaba un semirrecogido y se había maquillado con tonos festivos. Jayden notó que la boca se le secaba. ¿Qué demonios le estaba pasando con ella? Solo hacía un puñado de días desde que la conocía y su vida se había vuelto del revés. Parecía ser adicto a ella, a su rostro, su sonrisa, su voz, su mirada... desde que se despertaba hasta que se acostaba solo pensaba en ella y en la hora en la que se verían ese día. Continuó mirándola, se movía como pez en el agua en el coctel que habían organizado para la ocasión, había menos invitados que en Nochebuena, pero el salón estaba concurrido. En esta ocasión, todos vestían sus mejores galas. Cuando ella se fijó en él y sonrió hacia donde estaba, el mundo se detuvo y el corazón le palpitó con fuerza en el pecho. Él le correspondió con otra sonrisa.

—¡Estás muy elegante! —le dijo, al llegar a su lado.

—Tú estás impresionante esta noche.

—¿No prefieres a Morticia? —rio ella.

—Prefiero a Kylie —afirmó y le informó de algo—. Alyssa me ha dicho que puedes quedarte a dormir cuando quieras.

—No me tientes —le dijo, acercándose a él, para acariciarle las solapas del traje de chaqueta que vestía el hombre.

—Tú a mí tampoco o pediré una habitación en este hostel —respondió, inhalando su perfume.

—¿Sabes que tengo todas las llaves a mi disposición? —le dijo, guiñándole un ojo.

—Creo que... voy a ir a por una copa —dijo, sabiendo que, si seguían aquel cruce, acabarían poniéndose en evidencia, porque la besaría allí mismo y luego quizá sería difícil parar. Desde Nochebuena no había existido ningún tipo de intimidad entre ellos y era consciente de que ambos la anhelaban.

—Yo atenderé a los invitados mientras.

Jayden tuvo la oportunidad de hablar con Layla a solas, sobre las relaciones de ambos y se disculpó si le había molestado la suya con Kylie. Pero nada más lejos de la realidad, Layla estaba feliz con la suya propia y se alegraba por la de ellos. Era una gran mujer y le deseaba en adelante toda la suerte que hasta entonces le había sido negada. Se despidió de ella rápidamente, al notar la mirada inquisitiva de Chase sobre él. No era bueno tentar a la suerte y decidió dirigirse hacia donde estaban Kylie y Dominic hablando. Tenía una sorpresa para ella.

—Tengo que atender a los invitados y solo faltan quince minutos para la cuenta atrás —se quejó Kylie cuando Jayden la arrastró hasta uno de los salones del hostel.

—Tienen a Eva —dijo él en su descargo.

—¿Qué es tan importante? —preguntó la mujer, cuando la puerta del lugar se cerró tras ellos.

—Esto.

Jayden se acercó a ella y la besó suavemente en los labios. No quería arruinarle el maquillaje antes de medianoche, pero deseaba besarla desde que había llegado a la fiesta.

—No has pedido permiso —dijo ella, sonriendo.

—No, esta vez no. Quería darte algo más antes de que todo sea una locura. Aunque espero mi beso de año nuevo después.

—Claro, yo también. Más te vale que no beses a nadie más antes.

—Nunca. Ven conmigo.

Jayden la condujo hasta un sillón, se sentó en él y la invitó a sentarse sobre su regazo.

—¿Y esto? —se sorprendió.

—Me apetecía tenerte así.

—No se está mal —ella se acurrucó en el pecho del hombre, que la besó en la sien y aspiró nuevamente su perfume.

—Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo y sin duda eres lo mejor de este año —le dijo antes de posarle un nuevo beso en la sien—. Mi mejor regalo de Navidad.

—No sé qué decir.

—No tienes que decir nada. Solo que no quería que acabase el año sin darte algo, porque quiero que tengas algo mío.

—¿Un regalo? —preguntó, viéndolo sacar un estuche de la chaqueta—. No es necesario.

—Lo sé, pero quiero hacerlo.

Abrió el estuche mostrándole el contenido, apareció ante ella una pulsera en la que cada uno de los eslabones era un signo de infinito y en el centro de los mismos una piedra azul destacaba sobre dos blancas más pequeñas a cada lado.

—Es preciosa —dijo, asombrada.

—El infinito de cada eslabón son las horas del día que me gustaría estar a tu lado —comenzó a decir e hizo que ella sonriera, a la vez que él fue señalando cada parte de la pulsera—, las aguamarinas representan la fuerza que transmites, los diamantes son tu perfección y el oro blanco el color y la pureza de tu corazón.

—Espera —Kylie se mostró confusa—. Me siento muy halagada, de verdad, y es un gesto precioso, pero... no puedo aceptarlo. Es... demasiado.

—Es mucho menos de lo que te mereces. La he comprado para ti y quiero que la aceptes.

—Es una locura —miró la pulsera y lo miró a él—. Jayden, por Dios, ¿Oro blanco? ¿Diamantes?

—Ajá, e infinito y aguamarina —dijo él—. Acéptala, por favor.

Kylie lo miró, era un regalo demasiado caro, pero sabía que lo hacía desde su corazón, al igual que las palabras que le había expresado.

—Yo también debo estar loca —dijo estirando la mano, para pedirle que se la pusiera, algo que él hizo con placer y una sonrisa en los labios.

—No te la quites nunca —le pidió.

—¿Y si la pierdo? ¿O se rompe? ¿O me la roban!

—Te regalaré otra exactamente igual.

—Estás loco, Jayden Keller.

—Creo que eso es culpa tuya, Kylie Davis —rio él.

—¿En serio?

—Voy a besarte, Kylie.

—¡Oh, vaya! Avisando de nuevo.

Jayden rio con ella y la besó suavemente en los labios.

—Y una cosa más —dijo él.

—Espero que no sea otro regalo.

—No, es solo una petición.

—Dispara, vaquero.

—¿Qué te parece si a partir de ahora, al menos para mi sobrino, decimos que eres mi novia?

Estaba algo confuso hoy. Es una forma de justificar el que te quedes a desayunar por las mañanas.

Kylie rio.

—De acuerdo. Solo si a tu hermana le parece bien.

—¿Qué seas mi novia? Creo que eso es decisión nuestra.

—No, que me quede a desayunar.

—Se lo preguntaremos mañana, en el desayuno.

Jayden besó en los labios a Kylie y esta sonrió en su boca.

—¡Oh! ¡Aquí estáis! —era la voz de Eva, que parecía acelerada—. ¡Solo faltan cinco minutos para la cuenta atrás! ¡Te necesito fuera, Kylie! ¡Ya tendrás tiempo más tarde de hacer manitas con el marine!

Kylie rio, era mejor tomarse a Eva a broma que en serio.

—No le veo la gracia —volvió a hablar esta.

Kylie se levantó del regazo de Jayden y los tres volvieron a la fiesta. Pronto cambiarían de año, tenían que tenerlo todo listo para entrar con buen pie en el siguiente.

Nuevo e inesperado año

La noche se torció cinco minutos después, justo al estrenar el nuevo año. Chase salió disparado del hostel hacia Dios sabía dónde y Layla quedó destrozada. Kylie solo tuvo tiempo de lanzarle una mirada de disculpa a Jayden que este comprendió. A continuación, subió con Layla al piso de arriba para consolarla. No deseaba que Layla sufriera aquella vergüenza. Solo un par de días después, Layla abandonó el rancho, mientras que su hermano la evitaba a todas horas.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Kylie, al ver el rictus de Jayden. Habían quedado a última hora del día en una cafetería cercana a la casa de Alyssa y se le hizo extraño.

—He llevado a Layla a Bozeman —confesó él.

—¡Me dijo que se iba con una vecina que estaba en Ennis! Me ofrecí a llevarla y no quiso.

—Lo sé. Se sentía mal por haberte causado tantas molestias.

—No son molestias, somos amigas. Me hubiera gustado pasar unos días con ella. Su casa le parecerá enorme allí sola.

—Ella ha preferido que sea así. Solo quería decírtelo. Te lo iba a contar de todas formas, pero debes saber que Chase nos ha visto salir juntos del pueblo.

—Vale, me hago cargo. Es posible que me lo saque la próxima vez que discutamos y te aseguro que eso va a suceder en cuanto le eche un ojo encima —dijo, molesta con su hermano mayor.

Ambos se fundieron en un abrazo que terminaron con un beso en los labios. No se habían visto demasiadas horas en los dos últimos días y se habían echado de menos. Entraron en el local y tomaron asiento en una mesa de un rincón donde pidieron las bebidas. Jayden le tomó una mano y se la acarició, topando con la pulsera que le había dado en fin de año, lo que le hizo sonreír.

—No te la has quitado.

—Prometí que no lo haría, aunque es posible que si tengo que meter la mano dentro de una vaca que va a parir, tenga que hacerlo.

—En ese caso, lo comprenderé.

—Sigo sintiendo ganas de devolvértela.

—Me gusta que la tengas, es muy como tú.

—Es demasiado valiosa.

—Exacto —la miró afectuosamente—. Como tú. ¿Has cenado?

—No.

—Yo tampoco. ¿Pedimos algo para comer?

—Tomaré algo antes de dormir. Si te soy sincera, no tengo mucha hambre.

—Te entiendo. —Ambos estaban preocupados por lo que les había pasado a Layla y a Chase. No les gustaba la situación—. ¿Te apetece que vayamos a casa? Podemos tomar un chocolate caliente y unas galletas.

Kylie asintió con la cabeza y después de pagar las consumiciones, salieron del local y caminaron. La noche no era excesivamente fría para tratarse de los primeros días de enero.

—Feliz año, cariño —le dijo él, después de besarla nada más entrar en la casa de Alyssa y colgar sus abrigos.

—Feliz año —respondió Kylie sonriendo. Se sintió dichosa como hacía mucho que no lo estaba. Le gustaba Jayden, lo había echado de menos en los últimos días.

—Eres lo mejor de mi año, señorita Davis —le confesó.

—¿De verdad? —Kylie pasó los brazos por el cuello del futuro exmarine y esbozó una amplia sonrisa.

—Ajá —afirmó y sonrió a la vez.

—Tú también del mío —le dijo y fue sincera. Aquel hombre había sido capaz de mover su mundo en solo un par de semanas. A veces le daba la sensación de que iban demasiado rápido, de que no podía ser cierto y de que, en algún momento le encontraría el fallo. Otras, rezaba para que no fuera así.

Kylie odiaba tener que irse en aquel momento, Jayden y ella habían acabado haciendo el amor esa noche y esta vez había sido lento y sublime. Aquel hombre había tocado cada fibra de su cuerpo exprimiéndole hasta la última gota de placer, llegando hasta su alma. Pero tenía que tratar de hablar con Chase, sabía que llevaba noches que llegaba de madrugada con tal de no cruzarse con nadie de la familia y le tenía que pedir explicaciones.

—¿Kylie? —Jayden despertó y vio cómo ella, de pie al lado de la cama, terminaba de vestirse.

—Shhh, sigue durmiendo —le dijo en voz baja.

—¿Te vas?

—Lo siento.

—¿Algo va mal? —Jayden temió perderla, como nunca antes lo había hecho. Había pensado que lo que habían compartido hacía solo un par de horas había sido especial para los dos y, sin embargo, ella lo abandonaba a hurtadillas en medio de la noche.

—No —Kylie sonrió en la penumbra, solo rota por la tenue luz de la farola de la calle que entraba por la ventana y se acercó a él para besarlo en los labios, tranquilizándolo. Le pareció muy mono que se preocupase por ella—. Es solo que tengo que irme.

—A Alyssa no le importa que te quedes.

—Lo sé y se lo agradezco, de veras.

—¿Entonces? —Jayden miró el reloj, eran las dos y media de la madrugada.

—Tengo que tratar de hablar con Chase.

—¿A esta hora? —se extrañó.

—Me evita, nos evita a todos. Solo sé que vuelve de madrugada y al par de horas se marcha. No puedo permitir que siga escapando.

—Odio a tu hermano por esto.

—Ponte a la cola, cielo —le dijo, dándole a entender que en esos momentos no era la persona más popular de su familia.

Jayden se levantó de la cama, se puso los pantalones, la camiseta y el abrigo antes de salir para acompañarla hasta el coche, unas calles más allá, frente al local donde habían quedado hacía solo unas horas.

—No tenías que hacerlo —le dijo Kylie mientras que ambos caminaban bajo la gélida madrugada de enero.

—Sé que eres una mujer adulta funcional e independiente —se defendió él—. Solo quería despedirme de ti y estar unos minutos más contigo.

Kylie sonrió, complacida.

—Podría llevarte a mi casa —le dijo, bromeando.

—No creo que sea muy buena idea que Chase y yo nos crucemos en un tiempo.

—Ya. Una pena —suspiró.

Jayden la besó en los labios, ella se colgó de su cuello profundizando el beso.

—Conduce con cuidado.

—Siempre lo hago.

Jayden sonrió y dejó que se marchara, muy a su pesar.

Decisiones y noticias

Un mes después...

Enero pasó a la velocidad de la luz. Si cuando se mudó a Ennis los días eran largos y tenues para Jayden, ofreciéndole cada jornada más de lo mismo que la anterior, todo había cambiado sustancialmente desde la llegada de Kylie a su vida. Ella era luz, calidez y alegría y casi no podía disimular la sonrisa que lo acompañaba las veinticuatro horas del día desde entonces. Entendía mejor que nunca a su amigo John al respecto de la relación que tenían él y su hermana. Jamás se había sentido de aquella forma, y nunca antes le había estado permitido hacerlo. Recordaba las palabras de su instructor, el General Reed: «Una relación te hace vulnerable, siempre va a ser tu punto débil, tus enemigos van a jugar con ello y derrotarte. Si tienes un punto débil en este trabajo, estás muerto, soldado». A John no le había importado aquello, o al menos no lo hizo hasta la segunda vez que salieron a una misión. Ahora John...

Jayden trató de volver a la realidad y alejar los nubarrones de su mente. Aquello no iba a pasar, mucho menos en aquel día. Lo habían convocado en Great Falls para mantener una reunión en la Base Malmstrom, instalación militar anexa a la ciudad. Aún faltaban horas para aquello, pero se antojaba fácil, el día de su retiro del ejército había llegado. Un par de firmas y por fin estaría fuera de los marines. Mientras llegaba la hora, pasearía por la ciudad y haría algunas compras. Llevaba largo rato mirando un escaparate y se dijo que aquel iba a ser el primer día del resto de su vida, y que había algo que quería sobre todas las cosas en ella. Por loco y precipitado que fuese.

—¿Podría enseñarme los anillos que están en el expositor de fuera? —preguntó a un dependiente, entrando en la joyería.

—¡Hola! ¡Traigo buenas noticias! —dijo Kylie, cuando Alyssa le abrió la puerta de su casa.

—¿En serio? —esbozó una sonrisa—. Pasa.

Era tarde y Theo ya estaba en la cama, pero se alegraba de tener una vida adulta de nuevo. Y de contar en ella con Kylie.

—¿No está Jayden? —preguntó Kylie sin verlo. No tenía noticias de él desde esa mañana, cuando le había dicho que iría a la ciudad de compras y que le llevaba una sorpresa. Ella había respondido que no necesitaba nada y él le dijo que se merecía el mundo.

—Me ha escrito hace un rato. Llegará tarde.

—¡Oh, vaya! —dijo Kylie, revisando su teléfono. Ella no tenía ninguna comunicación del marine.

—Imaginaré que estamos juntas —lo disculpó Alyssa, aunque también le extrañó que no le

hubiera dicho nada.

—Sí, claro.

—Y bueno, ¿cuáles son esas noticias?

—Layla —esbozó una amplia sonrisa.

—¿Está bien?

—Todo se ha arreglado.

Las dos mujeres charlaron largo y tendido acerca de lo que había sucedido ese día. La familia al completo había viajado para sorprenderla y las cosas habían ido bien con ella y con Chase. Esperaban que pronto volviera al Rancho Davis con todos.

—¡Oh, vaya! —dijo Alyssa, mirando un nuevo mensaje de su hermano.

—¿Qué ocurre?

—Jayden, no volverá a casa a dormir.

Kylie volvió a mirar su teléfono. Nada. Se le hizo extraño de nuevo y se mostró preocupada por la falta de comunicación. Sabía que estaba bien, con Alyssa se acababa de comunicar. Quizá era que estaba demasiado cansada y emocionada con todo lo que había ocurrido ese día con Layla y estaba comenzando a ver fantasmas.

—Yo no sé nada de él. Me iré a dormir o comenzaré a volverme loca pensando que ha encontrado a alguien mejor —trató de bromear, mientras se levantaba del sofá.

—Imposible, está loco por ti, Kylie.

—Ya, permíteme dudarle ahora mismo, no me ha escrito desde esta mañana. Me dijo que me traería una sorpresa. ¡Dios! Estoy sonando como una desquiciada.

—Debe estar guardándose para entonces —Alyssa le pasó la mano por el hombro a su amiga y cuñada. Le encantaba tener aquel pack porque le gustaba Kylie, a pesar de lo que pensó el primer día que la conoció. No pudo haber estado más equivocada con ella.

—Hasta mañana, Alyssa. Gracias por el té.

—Hasta mañana. Ve con cuidado.

Jayden esperó a que el coche de Kylie se alejase de la casa de Alyssa y a que su hermana apagase las luces. Sabía que enseguida estaría dormida. Entró en la vivienda y se quitó la ropa de abrigo y las botas. Se topó con la cajita que contenía el anillo que había comprado para Kylie y la dejó con pesar sobre la encimera de la cocina. Estaba jodido y mucho. Decidió darse una ducha en el baño de la planta baja para no hacer ruido y evitar despertar a su hermana. Lo último que deseaba era cruzarse con alguien esa noche. No estaba de humor.

Una mano detuvo con destreza el golpe del bate de béisbol que Alyssa descargó sobre el intruso.

—¿Acaso has perdido el juicio? —le recriminó la voz de Jayden.

—¡Jayden! —habló confusa, para luego enojarse—. ¡Dijiste que no ibas a venir a dormir a casa! ¿Qué querías que pensase?

—¿En serio crees que lo primero que hará un intruso es ducharse en tu baño, Aly? —le devolvió el bate de beisbol y terminó de secarse el cabello con la toalla.

—No sé qué es lo que he pensado, pero desde luego no pensé que vinieras, después de decirme que no lo harías.

—Decidí seguir conduciendo para llegar —dijo, tratando de zanjar la cuestión, aunque no era cierto. Había permanecido todo el tiempo fuera de la casa, esperando a que Kylie se fuera.

—No le has escrito a Kylie —dijo Alyssa—. Estaba comenzando a pensar que hay otra. Y

yo espero que no sea así. Porque me cae bien esa mujer y no quiero perderla.

—Buenas noches, Alyssa —dijo, dejándola con la palabra en la boca para subir las escaleras. Lo siguiente que escuchó la mujer era cómo se cerraba la puerta del dormitorio de su hermano. No sabía el motivo, pero sí que Jayden estaba de mal humor y era algo poco común en él.

Cuando Jayden bajó a la cocina para tomar el segundo café de la mañana, ya que apenas si había dormido esa noche, se encontró a su hermana observando la caja abierta con el anillo que había comprado para Kylie. Apretó la mandíbula.

—¿Era por esto? ¿Le vas a pedir matrimonio? —preguntó con una sonrisa resplandeciente. Supo que a Alyssa le hacía feliz el hecho y a él en ese momento lo resquebrajaba por dentro.

—No es mío. Se lo estoy guardando a alguien —dijo quitándole la caja de la mano en un rápido y brusco movimiento. Miró la joya durante una fracción de segundo, tragó saliva y continuó con la expresión más neutra posible, aunque aquello lo estaba rompiendo. La cerró casi con violencia y la apretó en su mano.

—¿De quién es?

—De un amigo —respondió y mintió de nuevo. Así era la vida de alguien como él, una mentira tras otra. Había pensado que la había dejado atrás y de nuevo todo volvía a comenzar. ¡Maldito General Reed!

—¿Lo conozco?

—No lo creo.

—Supongo que ayer pasaste el día con él.

—Sí, así es —Jayden acababa de tomarse el café de un trago y casi abrasándole la garganta. Quería irse de allí y no quería más preguntas de su hermana.

—Voy a despertar a Theo y vestirlo —dijo Alyssa y frunció el ceño—. ¿Estás bien, Jay?

—Mejor que nunca. Yo iré a despertar y vestir a Theo —se ofreció él y salió de la cocina como un resorte.

La marcha de Jayden

—¿Jayden?! —Alyssa chilló su nombre en la puerta de la entrada de la casa. Acababa de entrar por ella.

—Pensaba que tardarías más —dijo él, apareciendo delante de ella a los pocos segundos. Observó cómo su hermana miraba con furia el equipaje que había en la entrada, para después mirarlo a él de arriba abajo con fuego en la mirada y algo más, miedo. Ella sabía que aquel no era un equipaje normal y que él no se había puesto el uniforme de su unidad solo por ver si aún le quedaba bien.

—Apuesto a que sí. ¿Pensabas irte sin decirme nada?

—Lo pensé, sí. —Y por primera vez esa mañana le dijo la verdad. No quería despedirse de ella, no quería ver su mirada. Que estuviera enfadada casi era lo de menos, pero el miedo que veía en ella le dolía, así como saber de los recuerdos que habitaban en su interior y le hacían daño. Y que, por supuesto, acababa de despertarle.

—Me prometiste que lo dejarías —le recriminó.

—Lo siento.

—¿Lo sientes? Si lo sintieras no estarías a punto de irte a quién sabe dónde. ¡Te ibas a retirar, por el amor de Dios! ¡Solo tenías que firmarlo!

—Será la última vez.

—¡Maldita sea, Jayden! Eso mismo me dijo John y no volvió.

Jayden apretó la mandíbula de nuevo y bajó la cabeza. Alyssa tenía razón.

—Tengo que hacerlo, Aly.

—¡No es cierto! ¿Este maldito país es más importante que tu familia?

—No es eso.

—Sí lo es, siempre lo es. ¿Dónde vas a ir a jugarle la vida esta vez?

—No puedo decirlo y lo sabes.

—¡Me da igual el país! Diles que no vas.

—No puedo perderlo todo a estas alturas, Aly.

—¡El honor! ¡Claro! —bramó ella.

—Un hombre sin honor no es nada.

—John es un héroe muerto y no me consuela, ¿sabes? Su honor no me abraza por las noches.

—No lo hagas más difícil, por favor.

—No creo que sea difícil para ti, si has tomado la decisión. Nada de lo que te diga va a hacerte cambiar de idea, ¿verdad? —Alyssa no trataba de preguntarlo, lo estaba afirmando y se sentía dolida por el hecho.

—No —confirmó él.

—¿Y Kylie?

Jayden endureció la mandíbula de nuevo y tragó saliva. No quería contestar.

—¡Tampoco se lo has dicho! —chilló Alyssa.

—No.

—¡Se pondrá furiosa!

—Cuento con ello.

—¡Mierda! —exclamó Alyssa y supo por qué lo hacía—. Por eso no le has escrito desde ayer. La vas a dejar, ni siquiera le vas a pedir que te espere.

—Es mejor así. Ya sabes cómo es esto.

—¿En serio? Pensaba que la querías de verdad. Que te importaba —le recriminó.

Jayden ni quiso ni pudo contestar. ¡Maldita fuera! La quería, como nunca antes había querido a nadie y había sido un error por el cual ahora tendría que pagar muy caro. Y lo que le pasara a él, poco le importaba, sin embargo, le quemaba como sal en una herida el pensar en el daño que le iba a hacer su abandono. Pero siempre, se dijo, sería mejor así.

—Tengo que irme —dijo, en cambio. Dejó a Alyssa a un lado y cargó los petates sobre los hombros.

Su hermana lo miró unos segundos y él le sostuvo la mirada. Aquella iba a ser la despedida. Una hermana furiosa y decepcionada después de incumplir una promesa. Un instante después, ella se lanzó al cuello del hombre, que soltó los petates y la abrazó con fuerza contra su cuerpo. Odiaba aquello, odiaba tenerla que dejar, a ella, a Theo y a Kylie. Pero tenía una misión que debía cumplir para que no sufrieran otras personas.

—No voy a salir fuera a despedirte —anunció Alyssa.

—Lo sé —dijo él.

—Prométeme que volverás.

Jayden asintió con la cabeza.

—Dímelo. Quiero oírlo —lo instó.

—Volveré —respondió, a regañadientes. Aquello era algo que no sabía. Y podría ser la última mentira que le dijera a su hermana, pero ella la necesitaba escuchar.

—Bien —respondió la mujer, alisándole las solapas de la chaqueta del uniforme antes de separarse de él.

Jayden volvió a cargarse con los petates y Alyssa le sostuvo la puerta de la casa abierta. Él dudó en decir algo, luchó contra ello. Pero debía hacerlo.

—Cuida de Kylie, ¿vale? —dijo, con un nudo en la garganta y apretó la mandíbula.

—Lo haré.

—No le digas que te lo he pedido yo.

—No, claro —dijo, sarcástica.

Jayden salió por la puerta y Alyssa la cerró tras él.

La visita de Kylie

Alyssa abrió la puerta y la miró. Estaba seria y Kylie observó que tenía los ojos rojos. Algo estaba pasando.

—Pasa, por favor —le dijo Alyssa, y sintió que, por algún motivo, en esa ocasión su visita no le resultaba agradable, a pesar de las buenas palabras.

—¿Estás bien? —preguntó Kylie.

—¿Un té? —le ofreció, obviando la pregunta.

—¿Qué pasa, Alyssa?

—Te serviré un té antes y hablaremos.

—Alyssa, por favor —fue hacia ella y la tomó de las manos, estaba helada.

Alyssa se deshizo de Kylie y llenó la tetera de agua mientras que se sentía observada por la otra mujer. Sabía que estaba ocurriendo algo, pero aún no sabía el qué.

—¿Theo? —le preguntó ahora Kylie. Pensó que quizá el niño podría estar enfermo.

—Está en el colegio.

—¿Tú estás bien?

—No, Kylie, no estoy bien.

—¿Puedo ayudarte?

—Me temo que no —dijo sirviendo el té.

—Cualquier cosa que esté en mi mano, Alyssa. Estoy aquí.

—Esto no es fácil para mí —dijo y no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas.

—Oh, Aly. ¿Más recuerdos? —se compadeció de la mujer.

—Todos —sonrió con tristeza y se limpió los ojos.

—Lo siento.

—Gracias por ser mi amiga, de verdad te lo agradezco.

—Me estás asustando. Dime qué ocurre, por favor.

—Jayden se ha ido —le dio la noticia.

—¿Dónde? —preguntó sin comprender.

—No lo sé. A cualquier parte del mundo.

—¿Cuánto tiempo estará fuera?

—¿Semanas? ¿Meses? ¿Un año? ¿Dos? ¡Quién sabe!

—¡Se ha ido! —dijo Kylie, siendo finalmente consciente de lo que le estaba diciendo Alyssa.

—Lo siento, Kylie —Alyssa puso la mano sobre la de ella, que trataba de comprender la situación.

—¡Se ha ido! —repitió, incrédula.

—Sí.

—¿Qué demonios ha pasado?

—No lo sé.

—Ni siquiera se ha despedido de mí —Kylie se sintió dolida. Jamás habría esperado algo así de Jayden. Se le revolvió el estómago, tenía ganas de vomitar y salió corriendo hacia el baño.

Alyssa se preocupó por ella y la siguió hasta el lugar.

No había nada en el estómago de Kylie, su sexto sentido le había dicho esa mañana que algo no estaba bien y tenía el estómago cerrado.

—¿Estás bien? —preguntó al verla salir. Había perdido el color del rostro y al tocarla, sintió que estaba aún más fría que ella misma.

—Solo... necesito un momento —dijo antes de que todo comenzara a darle vueltas y decidiera pegar la espalda a la pared y sentarse en el suelo. Estaba segura de que caería redonda si no lo hacía.

—¡Kylie! —exclamó Alyssa, asustada, al verla deslizarse por la pared hasta sentarse en el suelo.

—No es nada, solo necesito respirar hondo —trató de tranquilizar a su amiga y a sí misma.

—¿Necesitas una bolsa de papel? —le ofreció, era el mejor truco para controlar un ataque de ansiedad y ella estaba sufriendo uno en ese momento.

—No. Respiraré hondo. Quédate conmigo, por favor.

—Claro, respiraremos juntas —dijo Alyssa sentándose a su lado en el suelo mientras le tomaba la mano.

—¿En qué le he fallado, Aly? —dijo Kylie minutos después, cuando logró respirar más acompasadamente mientras que las lágrimas escapaban de sus ojos.

—No le has fallado en nada, cariño.

—¿Ni siquiera merecía un adiós de su parte? ¿Por qué, Aly?

—Tampoco pensaba despedirse de mí.

—No puede ser —dijo Kylie, mirando a la otra mujer.

—Mi hijo me dijo que su tío le había dicho esta mañana que tenía que ser un niño responsable porque se iba a quedar al cargo y que me cuidase. Volví corriendo, supe que estaba pasando algo.

—Lo siento —le dijo sinceramente. Sabía por todo lo que había pasado con la muerte de su marido y que, sin duda, todos los recuerdos debían estar removiéndose en su interior.

—Yo también lo siento, Kylie.

—Puedo... ¿contactar con él?

—No. No puedes.

—¿Nunca?

—Hay un número, si pasara algo muy grave podría dejar un mensaje a alguien y valorarían si es oportuno comunicárselo.

—¿Lo has hecho alguna vez?

—Cuando nació Theo. Pero no lo hicieron.

—Entonces... no hay ninguna forma de contacto hasta que decida volver.

—No. No la hay —Alyssa suspiró, resignada.

—¿Y su teléfono?

—Debe estar arriba. Nunca lo llevan con ellos.

—¿He hecho algo mal? —volvió a preguntar en voz alta—. Ni siquiera un adiós.

—No has hecho nada mal, cariño —Alyssa le pasó el brazo por los hombros, con un gesto cariñoso.

—¿He sido una diversión pasajera? Hasta su próxima misión. ¿Es eso?

—No. No lo creo.

—No lo entiendo —repitió Kylie.

—Cuando te casas con uno dejas de entender muchas cosas. Llega un momento en el que dejas de preguntarte cosas y solo lo aceptas. Te conformas con escucharlos en sueños, el único punto débil que tienen. Y ahí es donde te haces una idea de lo que hacen o lo que son, pero nunca se lo dices a ellos, porque sería como violar la seguridad nacional.

—No puedo imaginar por lo que has pasado.

—John se iba a retirar. Pero... no tuvo tiempo. Jayden decía que lo haría y no ha sido cierto.

—¡Maldito embustero! —exclamó Kylie y se dio cuenta que Alyssa era su hermana—. Lo siento.

—No lo sientas, estoy muy enfadada con él.

Kylie se dijo que le habían roto el corazón y que solo tenía ganas de acostarse en la cama y llorar, pero que sería algo que no podía hacer en casa de Alyssa. Se levantó del suelo y se incorporó. La sensación de malestar la seguía acompañando, pero no podía hundirse por un hombre, para el que ahora sabía que no había sido tan importante, si ni siquiera había recibido un maldito mensaje de despedida.

—Despacio, Kylie —dijo Alyssa.

—Estoy bien. Solo debo tener la tensión baja. Un refresco de cola me ayudará.

—Me aseguraré de que lo tomes ahora mismo —dijo, conduciéndola a la cocina.

—Gracias y... lo siento —dijo Kylie, ordenando sus ideas—. Siento que Jayden haya resultado ser tan cobarde para ni siquiera ser capaz de dejarme en persona y permitir que tú me dieras el mensaje. No es justo para ti.

—No es justo para ninguna de las dos —respondió Alyssa, cabizbaja, mientras le pasaba una lata de refresco de cola.

—No lo es.

—No me gusta pagar por los pecados de nadie. No es un secreto que soy nueva en la ciudad y que, por mis circunstancias me cuesta conocer a gente. Sé que te irás y no volverás. Y he de decir que te echaré de menos.

Kylie gesticuló algo parecido a una sonrisa por primera vez esa tarde.

—Podemos seguir quedando de vez en cuando —dijo Kylie. No dudaba que le costaría, porque sería inevitable asociarla a Jayden, pero Alyssa en poco tiempo se había convertido en una buena amiga y no se merecía que la abandonase por los pecados de su hermano.

—Eso sería genial. Si quieres... podemos vernos en otro lugar —dijo, sabiendo que la casa de por sí le traería recuerdos.

—Eso estará bien —convino Kylie—. Creo que es hora de irme. Tengo que comenzar a asumir que Jayden no me quería y tratar de volver a mi rutina.

—Él te quería, Kylie.

—No supo demostrarlo cuando tuvo que hacerlo —dijo, molesta.

—Lo sé. Siento que las cosas hayan salido así.

Las dos mujeres se fundieron en un abrazo antes de despedirse. Era un tema finalizado para ambas. Jayden era historia en la vida de Kylie.

Demasiado tarde, Jayden

Jayden se arrepintió de la decisión que había tomado para con Kylie nada más poner un pie en la base de Malmstrom, antes de comenzar el vuelo de más de doce horas hasta el destino de su misión. Había creído que era un profesional, pero una vez llegó al terreno y a la misión que le había sido encomendada, le había costado centrarse en el objetivo de la misma como nunca antes le había ocurrido. No sabía cómo John lo había logrado durante tanto tiempo, teniendo en casa a Alyssa y a Theo. Pero supo que debía hacerlo, al menos una última vez, ya que era de vital importancia para la liberación de otro agente de su misma unidad que se encontraba retenido. Tenía una familia que lo esperaba a su regreso y él era el único que había logrado infiltrarse en el pasado sin ser descubierto y, según las informaciones del General Reed, así seguía siendo. John había muerto por aquel motivo y no estaba dispuesto a perder a otro compañero, además de dejar a otra viuda y otro huérfano más. No iba a haber más «Alyssas» entre los hombres de su unidad si él podía evitarlo, aunque fuera a costa de su propia vida. Solo esperaba que su hermana pudiera perdonarlo por haber roto su promesa, aunque, sin embargo, suponía que sería demasiado tarde para que sucediera lo mismo con Kylie. ¿Por qué demonios había actuado de aquella forma con la mujer que amaba?

Una nueva vida

La salud de Kylie se resintió en las semanas posteriores a la marcha de Jayden. Si en un primer momento todos, e incluso ella misma, habían pensado que se trataba de una leve depresión por la que estaba atravesando la joven, la verdad apareció ante ella cuando el médico le comunicó que estaba embarazada.

—¿Embarazada? —preguntó incrédula.

—Embarazada, Kylie —dijo el médico—. Deberíamos hacer una ecografía para saber de cuánto tiempo.

—No será necesario —desestimó ella—. Sé de cuánto estoy.

Los gestos de desconcierto de la joven le dijeron al médico que no sabía qué hacer con la noticia y que de ninguna forma había sido planeado.

—Hagamos esa ecografía y veamos cómo está todo —propuso el médico.

Kylie aceptó, aún confusa. Se colocó sobre la camilla, destapó su vientre y el médico le puso gel sobre el abdomen antes de pasar el ecógrafo. Una forma apareció en la imagen.

—Todo está muy bien. Haré una captura y te daré la imagen en papel. Estás de aproximadamente unas doce semanas, es del tamaño de un melocotón. Es completamente normal, sano y escucha —el médico subió el volumen al monitor—. Ese es su corazón. Su latido es normal.

Kylie permaneció embobada viendo la imagen borrosa de lo que crecía en su interior. Escuchó su latido, cerrando los ojos. Era fuerte, rápido y constante. Y lo quiso desde ese instante.

—Gracias —le dijo al doctor, que sonrió.

Nunca había pensado en aquella posibilidad de tener un bebé y le mareaba la idea de hacerlo sola. Pero era una mujer fuerte y sabía que lo conseguiría.

El médico le dio el trozo de papel con varias imágenes del pequeño ser que crecía dentro de ella.

—¿Has tenido el periodo en estos meses? —quiso saber el galeno.

—No, no lo tengo desde finales de diciembre.

—¿Y no sospechaste nada?

—Cuando murió mi sobrina estuve unos meses sin él. Mi cuerpo reacciona así a hechos algo traumáticos. A principios de febrero sucedió algo que me hizo pensar que era la causa de ello.

—Entiendo. Nunca está demás hacerse una prueba de embarazo en estos casos. Tienes algunos niveles algo bajos, debes encontrarte muy cansada, te recetaré unos complementos que te ayudarán. Aliméntate bien y come sano.

—Lo haré. Gracias.

—Felicidades, a pesar de que no lo hayas planeado —sonrió.

—Sí, gracias. Ha sido toda una sorpresa.

Kylie salió de la consulta con la ecografía en su bolso y una sensación extraña. En seis meses daría luz a una nueva vida, a una que habían creado Jayden y ella en la primera noche que se habían conocido. Era una locura. ¿Qué debía hacer? Ni siquiera sabía dónde estaba él. Existía aquel teléfono de emergencias que tenía Alyssa, pero tendría que decirle para qué lo necesitaba y no estaba segura de querer que nadie más se enterase de ello, o al menos de momento, ya que en un par de meses sería más que evidente. Y aun llamando para decirlo, era probable que alguien tomara nota, arrugase el papel y lo despreciara, un embarazo no era una emergencia. Ni siquiera cuando Alyssa había dado a luz lo habían considerado como tal. ¿Por qué a ella sí? Jayden y ella no eran nada. La mente le recordó que, probablemente, ella solo había sido una diversión pasajera para él, mientras esperaba la siguiente misión y mentía a todos diciendo que quería retirarse del servicio activo. Si hubiera significado algo en su vida, al menos le habría enviado un mensaje despidiéndose de ella, y no lo había hecho. Ni siquiera le dio el mensaje a su hermana, ni le había dicho «espérame». No, no había pasado nada de aquello. Él quería pasar página. Se había ido, había perdido todos los derechos en aquel momento. Y ella seguía molesta.

—¡Kylie! —la voz de Alyssa y una mano saludándola la sacó de su ensimismamiento. La mujer se acercó hasta donde estaba.

—Alyssa —saludó, sorprendida de que precisamente la primera persona en encontrarse tras salir del médico fuera la tía del bebé que esperaba.

—¿Estás bien? Te he visto pensativa y estás en la entrada del centro médico. Dominic me dijo que no te estabas sintiendo bien en las últimas semanas.

—¿Dom? ¿Conoces a Dom? —se extrañó Kylie.

—Me preocupaba que no me contestases a los mensajes —le dijo—. Vi a tu hermano en el pueblo y me presenté, quería saber de ti.

—He estado un poco enferma estas semanas —reconoció ella. Su hermano no le había dicho que conocía a Alyssa.

—¡Siento oír eso! ¿Tienes tiempo para un café?

—Pues... no lo sé —respondió dubitativa.

—¡Vamos! Invito yo —tiró de la mano de la mujer hacia una cafetería.

—Un cappuccino descafeinado —pidió Kylie, sabiendo que tendría que quitar algunas cosas de su dieta, ahora que sabía cuál era su «problema» de salud.

—¿Descafeinado? —Alyssa frunció el ceño.

—Me cuesta conciliar el sueño últimamente —se justificó.

—De acuerdo, que sean dos —dijo Alyssa a la camarera.

—Siento no haberte respondido —se disculpó Kylie.

—Pensaba que estabas enfadada conmigo.

—No, nunca. Lo siento, Alyssa.

—Entiendo que necesitas tu tiempo.

—Sí, eso es.

—¿Cómo estás? —puso una mano sobre la de la otra mujer.

—No lo sé —dijo sinceramente. Si hasta hace unas horas su respuesta habría sido que mal, ahora sabía que parte de cómo se sentía eran las molestias comunes en su «estado». Ahora si su respuesta fuera sincera sería «asustada». Tenía que asimilar lo que iba a suceder en su vida en

unos meses—. Septiembre.

—¿Septiembre? —preguntó Alyssa.

—¿Septiembre? —se extrañó Kylie.

—Acabas de decir septiembre. ¿Qué sucede en septiembre?

—¡Nada! —mintió, sabiendo que acababa de pensar en voz alta la fecha aproximada en la que nacería su bebé—. Estaba pensando en cuando comienza el próximo otoño, quizá debamos hacer una fiesta de otoño en el hostel del lago, se lo diré a mi cuñada.

—Estamos en marzo —dijo Alyssa, extrañada.

—Perdóname, creo que no estoy muy centrada —se disculpó finalmente.

—No importa.

Kylie permaneció en silencio unos instantes. Había una pregunta que bullía en su interior.

—¿Sabes algo de él? —se refirió a Jayden.

—No, lo siento.

—No importa, solo sentía curiosidad. ¿Qué has estado haciendo últimamente? —cambió de tercio.

—Nada especial. Me he apuntado a un curso para aprender a tejer. Es seguro, solo hay mujeres más mayores que yo.

—¿Seguro?

—Hace un par de semanas me apunté a uno de pesca y te aseguro que los anzuelos terminaron en mí antes que en los peces. Nunca había visto a tanto hombre desesperado junto.

Kylie rio con el comentario.

—¿No había ningún hombre apetecible?

—Puede, pero no estoy preparada para algo tan... brusco. Ni es lo que estoy buscando ahora mismo. Dios, si solo hace un año desde que... estoy sola.

—Algún día tendrás que volver al ruedo.

—Lo sé, antes solía pensar que no. Pero ahora soy consciente de que eso cambiará con el tiempo.

—Es una buena señal.

—Sí —Alyssa sonrió. Los días de dolor se alternaban con recuerdos que la hacían sonreír con cariño, al fin estaba en el buen camino.

—Puede que para nuestra fiesta de Nochebuena en el lago encuentres a alguien interesante —dijo, sin pensarlo demasiado.

—Faltan meses hasta entonces.

—Por eso, sin presión. Eva, mi hermana pequeña, dice que es la fiesta ideal para encontrar pareja —sonreía mientras lo decía, hasta que fue consciente que allí fue donde había conocido a Jayden y que no salió todo lo bien que debía. La sonrisa se le heló en el rostro.

—¿Qué ocurre?

—Fue donde conocí a... en fin, supongo que algunas veces las cosas no salen bien y que la fiesta no es infalible.

—No importa. No sabría dónde dejar a Theo esa noche.

—Si cambias de idea, recuerda que estás invitada. Solo necesitas un disfraz.

—¿Has pensado en hacer un viaje? ¿Cambiar de aires? —le preguntó Alyssa de repente y ella supo que su aspecto no era el mejor del mundo.

—No. No lo había pensado.

—Puede que te venga bien para despejar la mente.

—Sí, claro.

La conversación de la tarde entre ambas mujeres había sido agradable y se alegraba de que Alyssa no estuviera molesta por su falta de contacto. Era una buena mujer y sabía que en algún momento tendría que decirle lo del bebé, iba a ser tía. La idea del viaje había comenzado a calar en su interior. Meditaba sobre aquel encuentro mientras tomaba un vaso de leche sentada en uno de los taburetes de la cocina.

—¿Estás bien? —preguntó Dominic, entrando en la cocina. Era más allá de la medianoche.

—Trato de conseguir dormir.

—¿Leche? Pensaba que preferías un buen café cargado.

—Ya no. No necesito estar más nerviosa. Y no me ayuda con el cansancio que arrastro durante todo el día.

—¿Has ido al médico?

—Fui esta tarde.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha recetado algunos complementos, tengo algunos valores bajos.

—Ha sido un mes duro —colocó una mano sobre la de su hermana mayor, comprensivo.

—Sí —suspiró, pensando que aún no había terminado. Tendría que contarles a todos que estaba embarazada.

—Es un idiota, Ky —le dijo su hermano y supo que se refería a Jayden.

Kylie les había contado que Jayden se había ido a trabajar y que ambos habían preferido cortar la relación. No era cierto, pero hacía que se sintiera menos humillada. Con que Alyssa y ella supieran la verdad, era más que suficiente.

Dominic había opinado que en el condado de Madison había trabajo para un hombre como él si hubiera decidido quedarse, en vez de volver a jugar a la guerra o a Dios sabía qué, porque corrían algunos rumores por el pueblo sobre que era algo más que un simple marine.

—He visto a Alyssa hoy. No sabía que os conocíais.

—Hemos hablado en un par de ocasiones. Está preocupada por ti —dijo Dominic.

—Lo sé, es una mujer muy dulce. Y está muy sola, más desde que su hermano se fue.

—Layla suele ir a visitarla a menudo.

Kylie sonrió.

—Layla también es una bendición.

—Sobre todo para Chase y su humor del demonio —bromeó Dominic.

—Sí, eso ha mejorado bastante —rio Kylie.

—Sí, desde luego.

—¿Dom? —lo llamó cuando el hombre estaba a punto de abandonar la cocina.

—Ajá —respondió sentándose de nuevo al lado de su hermana, parecía que deseaba decirle algo importante.

—¿Crees que os perjudicaría mucho si me tomo un tiempo fuera del rancho?

—Bueno, Zach está tratando de buscar un sustituto y de momento nadie le gusta. No te voy a decir que nos sobran manos en este momento, pero estoy seguro de que nos arreglaremos. ¿Qué has pensado hacer?

—Creo que necesito respirar.

Dominic miró a su hermana, sabía que estaba triste y su aspecto era cansado.

—Me parece una buena idea.

—Ni siquiera tiene que ser mucho tiempo ni muy lejos —se justificó, sintiéndose culpable al instante—. Podrían ser un par de semanas y estar cerca, tener disponibilidad para venir en un

momento dado si me necesitáis.

—¿Y por qué habrías de hacer eso? Toma algo más que unas semanas y vete algo más lejos que a la casa de Tyler —bromeó, refiriéndose a una cabaña propiedad de uno de sus hermanos, cerca de McAllister, a menos diez millas del rancho.

—No pensaba ir a la casa de Ty —Kylie puso los ojos en blanco.

—Bromeaba. En serio, Kylie, vete donde quieras, el tiempo que quieras. ¿Hawái? Podrías tomar el sol y volver bronceada.

—No, Hawái no —dijo seria, recordando que aquel era el lugar favorito de Jayden. El último lugar donde iría en esos momentos.

—Donde tú quieras. Carga las pilas, toma esas vitaminas y descansa.

—¿De verdad?

—Y no te sientas culpable por ello. El rancho no se va a caer. Sé un poquito egoísta por una vez en tu vida y piensa solo en ti. Y no le digas a Eva dónde te vas o se te acoplará —volvió a bromear.

—Será un destino secreto —bromeó también ella—. Gracias, Dom.

—Lo que quieras, cuando quieras, hermanita.

Dominic se levantó del taburete y besó a su hermana en la mejilla antes de irse a dormir.

Helena

Helena fue la ciudad elegida para su retiro, la urbe era la capital de Montana y una de las capitales de estado más pequeñas del país. Kylie necesitaba algo más grande que Ennis, sin ser el propio Ennis, pero más pequeño que Nueva York o Miami y... en su estado tampoco quería estar demasiado lejos de casa, ni gastar excesivamente, ya que había un bebé en camino.

El alquiler ni siquiera fue un gasto, el apartamento era de Ashley, la esposa de su hermano Tyler. Su cuñada le había ofrecido el lugar durante el tiempo que deseara, lo tenía vacío, y si aún no se había desprendido de él era porque le venía bien para tener intimidad y un hogar propio cuando pasaba un par de días visitando a su familia. Algo que haría la próxima Navidad, supuso. Mientras tanto, sería su refugio. Por el momento solo Ashley y Layla supieron dónde se encontraba. Prefirió hacerlo así. Sabía que ellas respetarían su retiro y necesitaba estar sola, pasear, y hacerse a la idea de que su vida iba a cambiar en unos meses.

—Estoy embarazada —dijo Kylie de repente, mientras paseaba con Layla por la ciudad. Le había pedido que fuese a verla a Helena. Necesitaba contárselo a alguien antes de que fuera aún más evidente. Precisaba tener al menos un cómplice.

—¿Qué?! —Layla abrió los ojos, incrédula.

—Ya me has oído.

—¿Por eso te has ido del rancho? —le preguntó su amiga, mirándola a los ojos.

—En parte. Necesitaba estar sola y pensar en lo que voy a hacer en adelante. Además de que no sé cómo contárselo a todos. Ni quiero que hagan cuentas, ni que en el pueblo se esparza el rumor y otros hagan cuentas.

—Jayden —adivinó Layla y Kylie cerró los ojos y asintió con la cabeza—. ¿Nochebuena?

—Nochebuena —confirmó la mediana de los Davis y Layla calculó rápidamente. Estaba de cinco meses, aunque quitando el hecho de que había subido un poco de peso, nada hacía indicar que estuviera embarazada.

—¿Qué vas a hacer?

—Supongo que me quedaré por aquí el máximo tiempo posible, puede que también dé a luz en el hospital de Helena, sé que es muy bueno.

—No puedes ocultar un bebé eternamente, ni ocultarte tú, Kylie —le dijo, devolviéndola a la realidad.

—Lo sé. Iré en un par de semanas al rancho y lanzaré la bomba.

—Pero... harán cuentas y...

—Diré que estoy de menos tiempo.

—Entiendo.

—Solo tú sabrás la verdad, porque, llegado el momento, puede que te necesite.

—Estaré a tu lado —confirmó sin dudarle ni un solo segundo. Solo dos horas de carretera las separaban y Kylie siempre había estado disponible para ella, era lo menos que merecía de su parte.

Kylie sonrió agradecida a su amiga.

—Tengo miedo —dijo sin más. No solía ser una persona insegura, pero la situación no se planteaba idílica y las hormonas actuaban por libre en su cuerpo.

—¡No! ¡Todo va a salir bien! —la tranquilizó Layla.

—Lo sé, lo sé. Mi madre lo hizo cinco veces y sigue siendo una todoterreno.

—¿Se lo has dicho a Jayden?

—No. Ni siquiera sé dónde está.

—Alyssa debe saber dónde se encuentra.

—No lo sabe. No sé a qué demonios se dedicará realmente ese hombre dentro de los marines, pero no es algo sencillo ni está disponible.

—No parecía ser alguien tan misterioso.

—Quizá por eso mismo es tan bueno en su trabajo, porque no lo parece. Y quizá es tan rematadamente bueno, que jugó conmigo y me engañó.

—No pienses eso, Kylie. No lo creo, de verdad que no. ¿Le has contado a Alyssa lo del bebé?

—No.

—¿Y qué vas a hacer?

—Aún no lo he decidido.

—¿Se lo dirás a Jayden? Cuando vuelva.

—Si es que vuelve. Puede que se vaya a vivir a otro lado, Ennis no era un lugar que lo apasionara demasiado.

—¿Lo harás? ¿Se lo dirás? —Layla insistió.

Kylie guardó silencio. ¿Lo haría? Era una pregunta para la que aún no tenía respuesta. Él se había ido sin mirar atrás y sin una despedida. Ella estaba decepcionada, dolida y enfadada. Aunque, seguía sin quitarse de la muñeca la pulsera que él le había regalado en fin de año. Había cosas que no se podían borrar de un plumazo.

Misión completada

Siete meses después

Nevaba ligeramente cuando el avión de la fuerza aérea que lo transportaba a casa tomó tierra en la base aérea de Malmstrom. Habían pasado diez meses desde su partida, los últimos tres había estado recuperándose de un disparo de arma de fuego que había creído amigo, cuando la misión estuvo completada y el otro marine se encontraba liberado y a salvo. En el tiempo que pasó en el hospital su mente no dejaba de llevarlo con Kylie una y otra vez, incluso durante la primera semana, en el delirio de la herida, ella había estado con él cada uno de los minutos de aquellos días. ¿Cómo sería reencontrarse con ella? Mirarla a los ojos, escucharla hablar... ¿Podrían al menos ser amigos? ¿O era demasiado tarde para todo?

—¡Hasta la próxima, señor! —se despidió uno de los soldados a la puerta del avión, cuadrándose ante él—. Ha sido un honor transportarlo hasta la base, señor.

Jayden sonrió. Le habían concedido el corazón púrpura por aquella última misión, pero lo cierto era que no le importaba lo más mínimo, él solo quería volver a casa.

—No habrá una próxima si puedo evitarlo, muchacho —le dijo al soldado—. Descanse.

—Es una lástima señor, es usted un héroe.

Jayden sonrió y siguió su camino por la pista de aterrizaje bajo la fina nevada.

Otro soldado salió tras él, cargando sus pertenencias. Al parecer ahora lo consideraban más importante. «El honor no te abraza por las noches», pensó recordando a su hermana y lo que le dijo el último día. Efectivamente, ahora gozaba de honor, pero sabía que no había nadie esperándolo aparte de Alyssa y solo lo hacía porque eran familia.

Inspiró el aire de Montana, fresco y puro, como siempre. Además de frío, mucho más en el mes de diciembre y en comparación con el lugar de donde venía. ¿Alguna vez iba a poder disfrutar del verano del estado del tesoro? Solo lo había conocido en los meses más fríos y comenzaba a tenerle un poco de manía, si era sincero consigo mismo. Aunque podía perdonárselo, al menos de momento porque, ahora, estaba en casa, con el *Tío Sam* y era lo que más había anhelado desde el día que se había marchado de allí.

Era difícil dejar de lado los hábitos que se adquirirían después de una misión, por eso observó la puerta de la casa de Alyssa desde un lugar discreto. Jayden esperó a que su hermana saliera a llevar a Theo al colegio. Tenía ganas de abrazar a su sobrino, pero se dijo que aquello debía esperar, no quería alterar la rutina del niño y prefería hablar a solas con Alyssa, tomarle el pulso al enfado que debía tener. Cuando la joven volvió a la casa, lo hizo acompañada de un hombre a

quien no pudo ver la cara, y echó de menos tener alguno de los artilugios que usaban en las guardias. Ambos se despidieron en la puerta, ella entró y el hombre caminó de vuelta por donde había venido. Le resultó familiar. ¿Estaría saliendo con alguien? De nuevo se había perdido casi un año de la vida de su hermana. Se acercó a la puerta y tocó.

—¿Qué se te ha...? ¡Jayden! ¡Oh Dios mío! ¡Jayden!

—Aly —dijo él, esbozando una sonrisa. Puede que estuviera enfadada, pero se alegraba de verlo y la joven se lanzó a sus brazos. Él la cogió en volandas y la apretó contra su cuerpo, aspiró el aroma de su pelo y se dijo que al fin estaba en casa.

—¡Oh, Dios! ¡Gracias, Dios mío! —exclamó, mirando al cielo, cuando su hermano la dejó en el suelo. Ambos caminaron hacia el interior de la casa y Alyssa cerró la puerta.

—¿Cómo estás? —le preguntó él, con naturalidad.

—¿No pudiste avisar? —Alyssa le soltó un puñetazo en el hombro y el hombre hizo un gesto de dolor.

—¡Cuidado, Aly! —se quejó, dolorido.

—¿Qué te ha pasado? —Alyssa se alarmó.

—No es nada.

—¿Qué es? —insistió, poniendo las manos en la chaqueta del uniforme del hombre para desabrocharlo.

—No es nada —Jayden le tomó las manos para detenerla—. Una bala se cruzó en mi camino hace unos meses.

—¡Oh, no! ¿Por qué no me avisaron?

—Yo pedí que no lo hicieran. No era nada grave —mintió. Lo había sido y había estado a menos de un centímetro de no contarle, pero todo había salido bien finalmente.

—¿Y la misión? ¡No me digas que tienes que volver a irte! —Alyssa se retiró de él, comenzando a sentirse molesta.

—La misión está completada. Esto sucedió después.

—¿Después? —quiso saber.

—Información clasificada.

Alyssa puso los ojos en blanco y caminó hacia la cocina.

—¿Quieres un café?

—Estaba deseando que me lo ofrecieras —le dijo, recordando que lo que había tomado durante su ausencia podría parecer café, pero no sabía para nada a café.

—Lo suponía.

—¿Cómo está Theo?

—Enorme. He tenido que comprarle ropa dos veces este año. Se va a alegrar cuando te vea.

—Yo también —dijo, obviando que él ya lo había visto cuando ambos habían salido de la casa.

—Te haré ese café que tanto sé que deseas tomar.

—¿Cómo está Kylie? —preguntó tras unos minutos de silencio en los que observó cómo su hermana preparaba el café.

—Me preguntaba cuánto tardarías en querer saber acerca de ella.

—Siento curiosidad.

Alyssa miró a su hermano y él fue consciente de que ella sabía que estaba mintiendo, no era solo curiosidad. Se moría de ganas por saber de ella.

—¿Seguro que es solo eso?

—Si no quieres decírmelo no pasa nada —volvió a mentir.

—Ella te habría esperado si se lo hubieras pedido.

—No importa —hizo ademán de levantarse del taburete donde se había sentado. No quería un sermón de su hermana. Él ya se había auto sermoneado lo suficiente en los últimos diez meses de su vida.

—¿Dónde vas?

—Tengo que buscar un alojamiento.

—¿Alojamiento? —Alyssa frunció el ceño y le riñó—. Tu alojamiento es mi casa. No puedes pretender salir de aquí como si nada dos minutos después de volver, cuando has estado fuera casi un año.

—Sí, señora —dijo, sentándose de nuevo antes de esbozar una sonrisa.

—No te voy a ahorrar lo menos bonito —comenzó a decir—. Kylie sufrió un ataque de angustia cuando le dije que te habías ido. No podía entender por qué no te habías despedido de ella. Se preguntaba en qué te había fallado.

—Ella no me ha fallado en nada, maldita sea —Jayden tragó saliva, le escocía en la zona de la herida y se llevó la mano allí por fuera de la ropa. No era por aquella bala que le había mordido hacía tres meses, era por Kylie.

—Después de eso se encerró durante semanas en el rancho —continuó hablando Alyssa—. Tuve que preguntar a uno de sus hermanos por ella. Dejé de contestarme a los mensajes. Me dijeron que estuvo enferma. La encontré a la salida del médico tiempo después, su aspecto era frágil y estaba pálida.

—¿Y ahora? ¿Cómo está? ¿La has visto? —se culpó por aquel estado de salud de Kylie.

—No lo sé exactamente. Se fue de Ennis a los pocos días. Pero su hermano me ha dicho que está mejor.

—¿Se fue? ¿Dónde?

—Lo ignoro. Creo que no lo sabe nadie en la familia, y si lo saben no lo dicen. Me habría gustado ir a visitarla. Creo que Layla lo sabe, pero no me lo ha contado y no he querido ponerla en ese aprieto.

—Kylie me dijo que nunca abandonaría este pueblo —se extrañó Jayden.

—Supongo que tampoco había previsto que la abandonases tú de aquella forma —le recriminó de nuevo.

—Debe odiarme —suspiró el hombre.

—Y no la culpo por ello —Alyssa no le iba a poner paños calientes a su hermano, había actuado mal con Kylie.

—¡Maldita sea! —exclamó antes de levantarse del taburete y salir por la puerta de la casa. Respiró hondo fuera, se acercó al coche y volvió unos minutos más tarde con uno de los petates.

—Toma el café o se te enfriará —le dijo su hermana y se dio cuenta de que Jayden había evitado coger el bulto con el brazo izquierdo—. ¿Te ayudo con el equipaje?

—No será necesario, tengo que ejercitarme, pero gracias.

Diciembre en Ennis

La temporada navideña había comenzado hacía varias semanas, justo después de Acción de Gracias. Jayden se encontraba mejor físicamente y el hombro casi no le molestaba, así que decidió comprar algunos adornos extra para la casa de Alyssa. Colocaría luces alrededor del tejado, a Theo le iba a encantar. Solo necesitaba algunas herramientas de la ferretería.

Presenció una acalorada discusión en la ferretería entre un hombre de unos sesenta años y un joven, que acabó renunciando a su trabajo.

—¡Maldita sea! ¡Justo esta semana! —se lamentó el hombre, viendo a sus pies algunos sacos que no se iban a cargar solos en la camioneta.

—¿Puedo ayudarlo? —se ofreció Jayden.

—Si conoces a alguien serio que busque trabajo, me harías un favor. La juventud —dijo molesto, señalando hacia la puerta por donde había salido su ex empleado—, no es seria. Todo son «mis derechos», pero nadie habla de sus obligaciones.

—Sí, es el mal de nuestro tiempo —convino Jayden.

—Perdona mi perorata. Estoy un poco corto de personal esta semana y un hombre menos se va a notar. Gracias por escucharme.

—De nada, señor. ¿Le ayudo a cargar los sacos en la camioneta? —se ofreció.

—Me harías un favor. Tengo algo de prisa.

—Claro, señor —dijo, cogiendo uno de ellos con destreza y sin dificultad aparente para dirigirse afuera.

La camioneta estuvo cargada en un abrir y cerrar de ojos.

—Gracias, muchacho. Te daré unos dólares —dijo, sacando la cartera.

—No será necesario —Jayden dio un par de pasos atrás y el hombre se fijó en él. No tenía aspecto de necesitar dinero.

—Veo que no necesitas un par de pavos, pero por un casual ¿No necesitarás un trabajo? Porque yo necesito a alguien. Y te pagaré bien.

—No tengo experiencia en un rancho, señor.

—Nadie la tiene hoy en día, me sirve con que tengas ganas de trabajar y de aprender. ¿Qué me dices?

—Que podríamos probar —se animó. A decir verdad, estaba planeando poner aquellas luces en el tejado de su hermana porque se aburría como una ostra en Ennis.

—¿Es un trato? —el hombre estiró la mano hacia Jayden.

—Es un trato —Jayden se la estrechó y sonrió.

—Zach Reed.

—Yo soy Jayden Keller. Se apellida como mi instructor.

—¿Instructor?

—He sido marine hasta hace unas semanas.

—Supongo que te acabas de retirar —dijo, calculando su edad y sonriendo—. Cada vez me gustas más, muchacho. Tú entiendes de disciplina y eso me agrada.

—Sí, señor.

—Pero no es necesario que me llames señor todo el tiempo. Te lo has ganado cargando esa camioneta. Soy Zach, a secas.

—De acuerdo. ¿Tiene usted un rancho?

—No, soy el capataz de uno. Y esta semana tengo a una buena parte de la plantilla en el Cowboy Country Christmas de Las Vegas —se refirió a un evento anual que se celebraba cada año, con una gran feria de ropa, ganado y utensilios para ranchos, así como la final nacional de rodeo o el certamen de Miss Rodeo.

—Nunca he estado allí —dijo Jayden.

—Te aseguro que es todo un espectáculo, es más, te lo recomiendo. Pero no este año, claro, este te necesito aquí. El sueldo que te ofrezco es bueno, las condiciones también. Los dueños son personas justas y familiares en el trato. Puede que lo peor del rancho sea yo, pero si haces todo lo que te digo, te irá bien conmigo.

—Sí, señor... Zach.

—Lo vas entendiendo —sonrió el hombre—. ¿Vamos?

—De acuerdo —dijo, subiendo a la camioneta con el hombre—. ¿Cómo se llama el rancho?

—Davis, son muy conocidos en la zona. El mejor rancho donde quisieras trabajar.

Jayden quedó perplejo ante la revelación, ¿Era el rancho de Kylie! Con razón le había sonado familiar el nombre de Zach Reed, y no era solo porque se apellidase como el General Reed, sino porque recordó que ella le había hablado de Zach y de su intención de jubilarse.

—¿Te preocupa algo? —preguntó Zach, al notar el mutismo del hombre con el que viajaba.

—Tengo que enviarle un mensaje a mi hermana para decirle dónde estaré. Debe estar esperándome —se disculpó por su repentino silencio.

—Hazlo tranquilo. No tengo normas acerca del uso de los teléfonos, siempre que sea algo razonable.

—Gracias.

Los Davis, especialmente Chase y Dominic le iban a patear el trasero en cuanto lo vieran aparecer en su rancho por lo que le había hecho a Kylie. Y lo que era peor, él se iba a dejar patear el trasero por ellos sin oponer resistencia, porque lo tenía bien merecido.

Sin embargo, al llegar, se dio cuenta de que todos los Davis estaban en Las Vegas, de aquello que Zach, lo hubiera contratado de una forma tan poco ortodoxa, realmente necesitaba ayuda esos días. El estar dentro le sería más útil que el vigilar el rancho desde la distancia, como había hecho la semana anterior, esperando ver a Kylie. Ahora podría preguntar algunas cosas acerca de ella y obtener información de forma velada. No le sería difícil, lo había hecho durante años de forma profesional y jamás lo habían descubierto.

—Así que, el Rancho Davis —dijo Alyssa, apoyada en el quicio de la puerta. Había visto cómo el capataz de los Davis lo había traído de vuelta a casa esa tarde. Él estaba sentado frente al ordenador portátil, pero sin prestar atención a la pantalla. Había estado rastreando las redes sociales de Kylie en busca de alguna pista que le sirviera, pero no la había hallado. Hacía meses que no se conectaba ni publicaba nada.

—Ajá —confirmó, distraído.

—¿Has sabido algo de ella? —quiso saber Alyssa.

—No —dijo, algo frustrado.

—Bienvenido a mi mundo —dijo Alyssa y él frunció el ceño, sin comprender—. Ahora sabes lo que se siente cuando no sabes dónde está la otra persona. No es agradable, ¿verdad?

—Lo siento —se disculpó con su hermana. Sabía que la posición de ser el que se queda en casa mientras que su marido o su hermano van a jugarse la vida al otro lado del mundo no era fácil, y ahora la comprendió un poco mejor.

—Por lo menos, tú sabes que ella está bien.

—¿Te ha enviado algún mensaje? —preguntó. Realmente no sabía si estaba bien o no, solo lo sabría si la veía en persona y por sí mismo.

—No.

—¿Puedes escribirle de nuevo? Por favor —le pidió.

Alyssa suspiró, rindiéndose. Sacó el teléfono del bolsillo de atrás de sus vaqueros y le escribió un pequeño texto.

¡Hola, Kylie!

Alyssa de nuevo. Espero que estés bien, hace mucho que no sé nada de ti y estoy preocupada. Ojalá pronto podamos vernos. FELIZ NAVIDAD.

—Hecho.

—Gracias.

—¿Qué harás cuando aparezca? Porque al igual que tú, lo hará, aparecerá tarde o temprano —dijo, antes de que el teléfono pitase entre sus manos. No le dio tiempo a darse cuenta de ello, cuando ya era Jayden el que lo sujetaba y leía la pantalla.

¡Hola, Alyssa!

Espero que estés bien. Perdóname a mí, he estado muy ocupada en los últimos meses. Te agradezco que sigas estando ahí. Es posible que vaya pronto a Ennis. Hablaremos, te lo prometo. Feliz Navidad para Theo y para ti.

—Solía ser mi teléfono —dijo Alyssa molesta, arrancandoselo de las manos al hombre, para leer su mensaje—. ¿Desde cuándo conoces mi código de desbloqueo?

—Desde siempre. Lo siento.

—Bien, has tenido suerte. Ha respondido, está bien y volverá.

Te espero con los brazos abiertos. He aprendido a hacer tarta de moras. Quiero que me des tu veredicto.

—¿Qué le estas diciendo? —preguntó Jayden, evitando ser invasivo de nuevo.

—Que la invitaré a tarta de moras.

Te mataré si te sale mejor que a mí.

—¿Y ahora? —Jayden se moría de ganas de arrancarle el móvil a su hermana de entre los dedos.

—Kylie espera que la mía no sea mejor que la suya —le informó.

Espera a probarla, vas a morder el polvo.

Te he echado de menos, Ky.

—¿Qué le dices?

—Que va a morder el polvo.

Y yo a ti. Nos vemos pronto.

—¿Y ahora?

—Que tengo un hermano muy pesado —dijo poniendo los ojos en blanco—. Le he dicho que la he echado de menos. Y me ha respondido que ella a mí también. Fin.

—No te ha preguntado por mí —dijo, dejándose caer en la silla del escritorio de nuevo.

—Ha pasado casi un año, Jayden.

—Puede que haya estado ocupada con otro tío —se lamentó él. Aquello de «muy ocupada» podía resultar muy amplio.

—Puede. Es mucho tiempo. Pero no lo sabemos.

—¡Joder! —Jayden estaba frustrado y se pasó los dedos por dentro del cabello.

—Vamos a esperar a que vuelva, ¿vale?

—Sí, claro.

Cuando el bebé de Kylie tuvo algo más de dos meses, decidió que era tiempo de volver al rancho. No había estado en Acción de Gracias y su madre insistía en que debían pasar la Navidad todos juntos, además de disfrutar de su nuevo nieto, el primer varón Davis. Kylie se dijo que se le habían terminado las excusas y que era momento de regresar a casa, al menos de momento. Vivir en un pueblo pequeño tenía sus ventajas, pero también sus inconvenientes.

—Te agradezco que me ayudes a hacer la mudanza —dijo Kylie a Layla, que bajaba algunos bultos al coche mientras que ella le daba el biberón al pequeño John.

—Lo que sea por mi sobrino —respondió esta. Estaba encantada con el bebé de Kylie, era muy guapo y despierto para su corta edad.

—Creo que le daremos una sorpresa a todos —dijo Kylie. Iban a aprovechar que el resto de la familia regresaba al día siguiente de Las Vegas para sorprenderlos.

—¿Estás preparada para el resto? Ennis es un pueblo pequeño y vas a aparecer con un bebé.

—Totalmente preparada, o eso creo —dudó en el último instante.

—Voy a estar a tu lado, ¿vale?

—Gracias —Kylie sonrió a su amiga. No sabía qué habría hecho sin ella. Cuando se había puesto de parto fue la persona que estuvo allí y que la cogió de la mano mientras su bebé venía al mundo. Y agradecía a Chase que no le importase compartirla con ella. Era un poco bruto en ocasiones y habían tenido sus más y sus menos, pero su hermano mayor tenía un corazón de oro. No había hecho preguntas impertinentes ni le había echado en cara absolutamente nada en ningún momento, a pesar de que ella sí lo había hecho en el pasado con él. Aceptó el embarazo con naturalidad, como lo hicieron el resto de Davis, a pesar de alguna cara de decepción que no duró demasiado y que se disipó cuando todos conocieron al pequeño John, eso sí, a través de una videollamada.

—No hay de qué. No tenía nada mejor que hacer que tomar dos aviones, hacer escala en Salt Lake City y terminar aquí. Ha sido una experiencia interesante.

Kylie rio. A Layla le gustaba volar, porque su vida había sido demasiado complicada antes de llegar al rancho Davis y nunca antes lo había hecho, hasta ese año, cuando fue con Chase de vacaciones a Miami.

—Te pagaré los vuelos —ofreció esta.

—Chase ha insistido en hacerlo.

—Todo por complacerte.

—Y a ti también. ¿Falta algo más?

—No —dijo, mirando alrededor en el apartamento que dejaría solo unos instantes después y que había sido el primer hogar del pequeño John. Suspiró, tratando de relajarse. Esperaba que Ennis no fuera muy duro con ella.

Sorpresa en el rancho

Dominic estaba intrigado acerca del nuevo trabajador del rancho, Zach lo había puesto por las nubes y solo llevaba una semana trabajando. Había llegado justo después de que ellos se marcharan hacia Las Vegas, cuando el joven Josie se despidió. A Chase le gustaba entrenar personalmente a los nuevos cowboys, sin embargo, en esta ocasión, Zach se había adelantado y mucho se temía que tenía más intenciones para con él.

—Es aquel —Zach se lo señaló con un gesto de cabeza entrando en el establo. El hombre apilaba bloques de sal y vitaminas para los equinos.

Si en un primer momento le resultó familiar, un instante después, al verle la cara bajo el sombrero cuando se irguió para mirarlo, supo de dónde lo conocía.

Jayden miró hacia el hombre que venía con Zach, los Davis habían regresado de Las Vegas y probablemente, después de eso, sería su último día en el rancho. Zach salió y los dejó a solas.

—Creo que eres la última persona que esperaba encontrar en el rancho —dijo Dominic, acercándose a Jayden.

—No fue premeditado, conocí a Zach en el pueblo y me dijo que necesitaba ayuda.

—Eso me ha contado —Dominic lo estudiaba en silencio.

Jayden supuso que cavilaba sobre cuál sería la forma adecuada para golpearlo y causarle el máximo dolor en el menor tiempo posible.

—Adelante si quieres golpearme —le dijo.

—¿Por qué?

—Por lo de Kylie.

—No voy a golpearte —dijo Dominic, cruzándose de brazos delante de él—. Además, sería estúpido hacerlo contra un marine entrenado.

—No me defenderé.

—Igualmente no lo haré. No te negaré que no me pareció bien que eligieras a los marines por encima de mi hermana, pero siento un profundo respeto por todos los que cuidáis de nuestro país ahí fuera.

Los dos hombres se mantuvieron la mirada unos segundos. Jayden no había esperado aquella respuesta de parte de Dominic. El joven Davis se giró para marcharse y Jayden se colocó los guantes de piel de nuevo para continuar con su tarea.

—Me iré al final de la jornada y no tendrás que verme más —anunció el exmarine.

—Si de verdad quieres este trabajo, es tuyo. No desprecio dos manos que ayudan en las tareas del rancho. Y según Zach eres muy bueno. Me buscarías un problema con él si te dejo ir.

—Gracias —Jayden se mostró sorprendido por la benevolencia de Dominic.

—Una cosa más: No le ofrezcas a Chase que te golpee. Él no dudará en hacerlo, y te aseguro que pega duro. No nos ayudará tener un hombre en el hospital con varios huesos rotos —dijo, saliendo del establo.

Los Davis acababan de hacer su entrada en el rancho. Layla se acercó a saludarlos a la puerta y ellos le recriminaron que los hubiera dejado solos el último día en Las Vegas. Ella había aducido a tener que trabajar, aunque la realidad era que iba a colaborar en la sorpresa que los esperaba en unos minutos, de la cual, Chase era el único conocedor.

La mediana de los Davis bajó la escalera y silbó para captar la atención del resto.

—¡Feliz Navidad, Davis! —gritó Kylie.

Todos acudieron a abrazar a una Kylie sonriente, contentos de tenerla de nuevo en el rancho.

—¿Tú no piensas abrazarme? —le dijo a Dominic, que acababa de entrar en la casa y quedó poco menos que congelado al verla.

—¡Claro! —Dominic sonrió y abrazó a su hermana, besándola en la mejilla—. ¿Cómo estás?

—Bien —dijo esta.

—¿Y el pequeño?

—Durmiendo arriba.

—Me alegra tenerte en casa de nuevo. ¿Te quedarás después de Navidad?

—Puede que sí.

—Eso espero. Siento ser tan materialista, pero se te echa de menos en el trabajo. Cuando te recuperes, me gustaría contar contigo, si te quedas.

—Ya iremos viendo —dijo Kylie, dejando aquella puerta abierta. Primero tenía que ver cómo se sentía en Ennis y si podía soportar el revuelo que se formaría en el pueblo al saber que traía un bebé con ella, pero no un marido.

Jayden había decidido dar otro paso más para saber de Kylie. Si alguien podía saber dónde estaba, esa sería Layla. Había acudido a la biblioteca esa tarde a recoger a su sobrino después de las actividades navideñas que habían comenzado hacía unos días, con intención de encontrársela.

—¡Jayden! —exclamó Layla al verlo entrar en la biblioteca.

—Hola —dijo este, con una sonrisa.

—No esperaba verte de nuevo —le dijo sinceramente—. Y Theo no me había dicho nada. Ni Alyssa.

—Theo está aprendiendo a guardar secretos —se disculpó con ella—. Y le pedí a Aly que no te dijera nada, quería darte una sorpresa.

—Ya veo. ¿Cómo estás?

—Preguntándome si es posible recuperar viejas amistades.

—Te fuiste sin despedirte —le recriminó.

—Lo sé y lo siento. Mi trabajo es así. ¿Qué tal con Chase?

—Bien —Layla sonrió por primera vez—. Muy bien.

—Me alegro —Jayden también sonrió al saber que las cosas le iban bien. Le tenía un cariño especial.

—Gracias. ¿Y tú?

—Tratando de recuperar mi vida —dijo, siendo ambiguo y claro a la vez—. ¿Cómo está Kylie?

—Ella está muy bien —dijo, frunciendo el ceño—. Tengo que seguir trabajando.

—Ya nos veremos en casa de Alyssa —dijo Jayden, que sonrió a modo de despedida, antes

de ponerle el abrigo a Theo, para abandonar la biblioteca con él.

Chase estaba furioso. Había sido poner un pie en el rancho después de Las Vegas y encontrarse de frente con Jayden, y no solo eso, sino que se había enterado que llevaba una semana trabajando en el rancho y era poco menos que el protegido de Zach. Tenía al tipo atravesado desde el primer día en el que lo había conocido y eso era algo que no iba a cambiar. Ni siquiera la repentina oposición de Dominic al asunto.

—¡Voy a despedirlo! —anunció Chase en voz alta.

—Sé razonable, nos hace falta —le dijo Dominic en contraposición—. Sabes lo difícil que es encontrar a alguien bueno últimamente.

—Me da igual. Yo mismo trabajaré más horas si es necesario, pero no quiero a ese tío en mi rancho. ¡Lo quiero fuera y lo quiero ya!

—Chase, estamos a las puertas de Navidad, a todos nos gusta pasar más tiempo en el hostel del lago juntos. También tenemos la temporada de nevadas encima. Recuerda que justo eres tú quien se ocupa de una de las dos camionetas quitanieves de la zona. No puedes trabajar más horas de las que ya haces —trató de hacerlo entrar en razón.

—¿Qué ocurre? —Kylie se asomó al despacho, tras escuchar a dos de sus hermanos enzarzados en una discusión.

—Estamos discutiendo la conveniencia de seguir contando con un trabajador en concreto —dijo Chase por toda respuesta.

—¿Cuál ha sido su error? —quiso saber Kylie.

—Ese es el problema. No tiene ningún error —dijo Dominic. Es el mejor que hemos tenido en mucho tiempo y Zach está encantado con él.

—¿Y entonces? Porque si Zach lo aprueba...

—No quiero que esté aquí. No me gusta —zanjó Chase.

—¿No te gusta? —Kylie sonrió hacia Chase. Allí estaba su hermano gruñón, a pesar de que Layla había obrado milagros con él, su ogro interno salía a la luz de vez en cuando.

—No le gusta —corroboró Dominic.

—¿Puedo hablar con el trabajador? Me gustaría formarme una opinión al respecto —se ofreció ella.

—¡No! —dijeron los dos hermanos Davis a la vez.

—He estado un tiempo fuera, pero este sigue siendo mi rancho también y creo que puedo seguir opinando sobre las decisiones que se tomen—dijo Kylie, molesta.

Chase y Dominic cruzaron una mirada.

—Kylie —dijo Dominic, conciliador—. No se trata de eso. Por supuesto que sigue siendo tu rancho. El problema que tenemos con el trabajador es sobre su identidad.

—¿Su identidad? —preguntó, aún más confusa.

—Es Jayden —desveló Chase a bocajarro.

—¿Jayden? —Kylie se dejó caer en uno de los sillones del despacho, asimilando la noticia. ¡Jayden había vuelto! Y no solo eso, sino que ahora estaba trabajando para ellos. En el rancho, a solo unos metros de ella.

—¿Estás bien? —preguntó Dominic, mientras que ambos la miraban.

—Sí, claro —trató de despejar la cabeza, era un shock enterarse de que Jayden estaba justo allí, donde también estaba el bebé, el hijo de ambos.

—¿Entiendes ahora por qué no puede seguir en el rancho? —volvió a preguntar Chase.

—¿Cómo...? —dudó Kylie—. ¿Cómo estamos de personal? —preguntó, tratando de ser profesional y tratar el asunto con la cabeza fría.

—Mal —informó Dominic—. Es difícil contratar a gente cualificada. Chase entrena a unos cuantos muchachos para enseñarles el oficio. Algunos se van al par de semanas y prefieren volver a estudiar. Y en Navidad es aún más difícil conseguir personal.

—Pero no estamos tan mal como para no poder prescindir de una persona —añadió Chase.

—Una persona que trabaja como al menos tres de esos muchachos que tú entrenas.

—Sigo diciendo que podemos manejarlo entre nosotros. Solo tenemos que trabajar un poco más.

—¿En temporada de nevadas? ¿Quién conducirá la quitanieves? ¿Crees que podremos permitirnos tan siquiera desayunar en familia en Navidad si prescindimos de él? —preguntó Dominic, siendo práctico.

—Nos arreglaremos —dijo Chase, convencido.

—¿Por qué quieres despedirlo? —quiso saber Kylie, aunque creyó que no necesitaba que se lo dijeran. No le gustaba porque había salido con Layla mientras que él ya estaba loco por ella y, aunque no había sucedido nada entre ambos, se sentía celoso e inseguro. Y probablemente, se seguía sintiendo así.

—Porque no creo que te sea agradable cruzártelo. Eligió a los marines —le dijo su hermano mayor, sorprendiéndola.

—No hubo nada entre Layla y él —añadió Kylie, sin creer lo que le acababa de decir Chase—. Y no supone un peligro para ti.

—No es eso, Ky —rebatía Chase.

—¿No?

—Es por ti —le dijo, y fue sincero. Él sabía lo mal que lo había pasado su hermana tras la marcha del marine. Que aquel hecho había desembocado en su ausencia del rancho y en todas las decisiones que había tomado posteriormente y que a él aún le costaba asimilarlas.

—Te lo agradezco, Chase. Pero yo estaré bien, te lo aseguro. No pierdas a un buen trabajador en el rancho.

—¿Seguro? —preguntó su hermano mayor.

—Seguro —confirmó ella.

—Si cambias de idea en algún momento no tienes más que... —comenzó a decir Chase.

—Si cambio de idea, yo misma lo despediré —aseguró Kylie, convencida de ello—. De hecho, si sucede algo más, no quiero que lo hagáis vosotros, si alguien ha de hacerlo, esa será yo. ¿Entendido? Gracias, chicos.

Kylie abandonó el despacho y subió al dormitorio. John dormía plácidamente en la cuna y se entretuvo mirándolo. Aún era demasiado pronto para buscarle parecidos, gracias a Dios. Eso le daba algo de tiempo para pensar qué hacer. ¡Jayden estaba allí mismo! Y ella estaba nerviosa sabiéndolo. Paseó por la habitación antes de detenerse frente al espejo y mirarse. Se había descuidado en los últimos meses, lucía unos kilos demás que aún le quedaban del embarazo y que habían hecho que se tuviera que comprar ropa nueva. Su vientre no era todo lo plano que solía ser, su maquillaje era bastante más sencillo y rápido que el que usaba hacía un año y no se había peinado, solo se había secado el cabello sin darle forma. Se dijo que estaba hecha un desastre. ¡Maldita sea! ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Acaso quería gustarle? ¡Él la había dejado sin un adiós ni un mensaje de despedida! ¡Y le había mentado diciéndole que dejaría los marines! ¡Le mintió en demasiadas cosas! Pero no era eso, no. No podía verse descuidada. Tenía que demostrarle que había seguido adelante sin él, que su marcha no había significado un cambio

en su vida y que no lo había echado de menos. Y que ahora ni siquiera le importaba que trabajase allí.

Decidió maquillarse como lo solía hacer, se cepilló el cabello recogiendo en un moño bajo y se cambió de ropa, unos vaqueros estarían bien, de momento. La ropa de trabajo que había en el armario ya no le servía, pero aquello no la iba a desmotivar, compraría ropa nueva. Eran solo un par de tallas más, su fuerza seguía allí por encima de aquel nimio detalle y lo iba a demostrar.

Comprobó una última vez que el bebé dormía y salió de la habitación. No olvidaría su teléfono para conectarse a la cámara de vigilancia. Cuando lo buscó estaba apagado, maldijo y se dio cuenta de que probablemente no tenía carga desde el día anterior. No le quedó más remedio que enchufarlo y se dijo que aquello también tenía que cambiar, tenía que volver a estar más conectada. Bajó a la planta de abajo y le dijo a su madre que le echase un ojo al bebé, que iba a salir. Con paso decidido abandonó la casa y bajo el intenso frío de finales de otoño en Montana, se dirigió hacia los establos. No sabía dónde ni qué estaba haciendo Jayden, pero sí sabía que lo encontraría.

El trabajo en el rancho era duro, pero a Jayden le gustaba. Lo mantenía activo, se ejercitaba y le ayudaba a no pensar, a desconectar de los últimos meses de su vida y también de los últimos años. Zach era un tipo estupendo, al igual que los cowboys más veteranos, se respiraba un ambiente de camaradería que resultaba refrescante después de pasar años desconfiando de todo y de todos, guardándose las espaldas continuamente. Quizá de quien sí que tendría que hacerlo en adelante sería de Chase Davis. Lo había mirado ceñudo esa mañana y no le había dirigido la palabra, simplemente desapareció de su vista con paso apresurado.

Oyó el sonido del galope de caballos y la risa de Zach, supo que venía acompañado, pero siguió haciendo aquella reparación de emergencia en la valla, disparó varios clavos y tensándolo dio dos vueltas al alambre en el poste. La noche anterior se habían escapado algunas vacas por aquella zona. El capataz descabalgó y le habló, alabándole el trabajo y quejándose del frío del demonio que hacía ese día. Él contestó con algo insustancial sin mirarlo, mientras terminaba de disparar algunos clavos más en el poste, para asegurar el alambrado. Cuando al fin prestó atención visual a Zach, se encontró a su lado a alguien que no esperaba y que le cortó la respiración. ¡Era Kylie! Pensó que estaba preciosa y que era un regalo volver a verla. Algo en su estómago se removió y se dijo que, por estúpido que pareciera, amaba con todo su ser a aquella mujer, aun sabiendo que un segundo después ella podría mandarlo al demonio y que, además, tendría todo el derecho de hacerlo después de cómo se había ido de Ennis.

—Te presento a nuestro alumno más brillante y adelantado —dijo Zach, con orgullo en su voz.

Kylie lo miró por primera vez en casi un año y se dijo que no era justo que se viera tan bien. Jayden estaba bronceado, guapo a rabiar, y el sombrero de cowboy le quedaba como hecho a medida, confiriéndole un atractivo especial, por si ya fuera poco todo lo anterior. Se maldijo por sentirse de aquella forma y culpó a las hormonas descontroladas que aún campaban a sus anchas por su cuerpo después del embarazo.

—¡Kylie! —exclamó suavemente Jayden. Ella sintió un estremecimiento al escuchar su nombre en la voz del hombre, maldiciéndose de nuevo por ser tan estúpida.

—Jayden —dijo ella, tratando de utilizar un tono lo más neutro posible, endureciendo la mirada hacia él. Quería intimidarlo de alguna forma.

—¿Os conocéis? —preguntó Zach, sorprendido.

—El señor Keller y yo nos conocimos el año pasado —informó Kylie, poniendo distancia

entre ambos con aquel tratamiento formal.

—En la fiesta de Nochebuena del lago —añadió Jayden, con un brillo particular en los ojos, sin perder el contacto visual con la mujer.

—Demasiado para mí —dijo Zach—. A la mañana siguiente hay que seguir dando de comer a los animales y valoro más una noche de sueño que una fiesta.

Jayden sonrió con la valoración de Zach. Él se arrepentía de muchas cosas, pero jamás lo haría de ir a aquella fiesta y de conocer a Kylie en ella.

—Toda la razón, Zach. Es una pérdida de tiempo —convino Kylie para molestar a Jayden, que dejó de sonreír, algo que la hizo momentáneamente feliz. Punto para ella.

Zach pasó a explicar el problema que habían tenido con la valla y que esa mañana habían recuperado a las reses huidas. También mencionó la colaboración de Jayden en el asunto. El capataz parecía el fan número uno del marine, lo que le agradaba y molestaba a partes iguales a la mujer. Después dijo que tenía que ir al pueblo a por material y montó de nuevo a caballo. Jayden anunció que el trabajo estaba terminado y recogió las herramientas, le dijo que lo acompañaría, a lo que el capataz se mostró conforme. Los tres regresaron al rancho a lomo de los caballos, mientras que Zach departía acerca de las tareas que realizarían a la vuelta. Kylie trataba de disfrutar del paseo mientras los escuchaba en silencio. Al llegar a las caballerizas metió a su caballo en el cubículo y entró en la casa sin pronunciar ni una sola palabra.

—¿Todo bien? —preguntó Maggie, su madre, al verla entrar en el hogar.

—Perfecto. ¿El bebé?

—Sigue durmiendo —sonrió—. Es igualito a ti, no conocí la paz con ninguno de tus hermanos mayores hasta que llegaste tú. Comías y dormías. Tienes suerte de que el primero te lo ponga tan fácil.

—Lo cierto es que sí —convino Kylie y sonrió por primera vez en mucho rato.

—Me gusta verte así.

—¿Así? —quiso saber a qué se refería su madre.

—En casa, arreglada, saliendo a montar a caballo.

—Decidí que hoy era un buen día para recuperar las viejas costumbres —sonrió Kylie, al saber que su aspecto funcionaba. Quizá con Jayden también lo había hecho y eso le agradaba.

—Va a ser estupendo pasar la Navidad todos juntos y con mis dos nietos —Maggie besó las puntas de los dedos de una mano y lanzó un beso al cielo, recordando que realmente tenía tres nietos, solo que una vivía allí arriba desde hacía unos años.

Jayden había permanecido en silencio durante todo el trayecto hacia el pueblo con Zach. Su contribución fue la estricta y necesaria para responder las preguntas del capataz en las compras que estaban realizando. El mutismo se apoderó de él en la camioneta a la vuelta.

—Soy perro viejo, pocas cosas se me escapan, muchacho —le habló Zach.

—¿A qué te refieres? —preguntó Jayden.

—Kylie. Te gusta.

—Soy un marine, no suelo ver mujeres que no sean mandos a menudo —se disculpó él—. Soy fácilmente impresionable cuando veo a una civil.

—¡A otro perro con ese hueso! —desestimó Zach, diciéndole que no lo creía.

—¿Sabes que me dedicaba a hacer misiones infiltrado y hasta me condecoraron por ello? —cambió su humor y bromeó con el capataz, a pesar de que lo que le acababa de decir era totalmente cierto.

—Yo no tengo ninguna condecoración, pero a mí no me has engañado ni un segundo cuando la has mirado. Estarías muerto, muchacho. Me preguntaba por qué hacías algunas preguntas y qué estarías escondiendo.

—¿Preguntas? No he hecho preguntas.

—Las has hecho, sobre ella —le confirmó—, de forma demasiado sutil y espaciadas, adornadas y llegando desde otros temas. Llegué a pensar que nos querías robar.

—En ese caso me alegra no tenerte en el bando contrario, Zach.

El capataz rio con el joven.

—A mí me alegra saber que no querías robarnos. Odiaba pensar que iba a perder a un buen trabajador en Navidad.

Los planes de Kylie

—¿Café? —le ofreció Dominic, entrando en la estancia.

—No, gracias —desestimó Kylie, sentada en el despacho del rancho, mirando el fuego mientras leía todos los atrasos de mensajes que había en el teléfono móvil al encenderlo. Había descubierto mensajes de Layla de la tarde anterior diciéndole que había visto a Jayden en la biblioteca del pueblo y que le había preguntado por ella. Su amiga había tratado de localizarla sin éxito. Y cuando había regresado a casa la había encontrado dormida, al igual que cuando se había ido a la mañana siguiente. Definitivamente tenía que volver a estar más conectada y leer sus mensajes, así como atender las llamadas. También había abandonado a Alyssa, a pesar de las veces que la joven le había escrito. Tenía una conversación pendiente con ella, pero ahora que sabía que Jayden también estaba allí, no sería como lo había planeado. Estaba totalmente perdida y no sabía qué pasos seguir.

—¿Algo interesante? —preguntó Dominic, que había tomado asiento frente a ella, al lado de la chimenea.

—Layla, diciéndome que había visto a Jayden en el pueblo. Ayer.

—Noticias frescas —bromeó el joven.

—Ya.

—Has visto a Jayden, ¿verdad?

—Sí —confirmó Kylie.

—¿Y?

—Zach es su fan número uno.

—Te lo dije —Dominic la miró con atención.

—¿Qué? —preguntó ella, sintiéndose observada.

—Que ese tío no es un capítulo cerrado para ti.

—¿Es una pregunta o una afirmación?

—Creo que más bien lo segundo. Y me sorprende.

—Ah, ¿sí?

—Acabas de tener un hijo con otro tipo. Sé que te dejó sola, pero pensé que quizá pudieras arreglar las cosas con el padre del niño.

—No vayas por ahí, Dom.

—De acuerdo, no te gusta hablar de ese tío. No sé quién es ni lo que te ha hecho, porque no nos lo has contado nunca.

—Ni lo haré. El bebé es mío, solo mío. Fin. No hay nada más que contar.

—Entendido. Lo siento, no es asunto mío —se disculpó Dominic.

—Gracias.

—Te has cambiado de ropa y te has maquillado antes de ir a ver a Jayden.

—Sí, ¿Y?

—¿Buscas impresionarlo o gustarle?

Kylie tensó la mandíbula.

—Busco mostrarle que no me afectó en nada su marcha, que he seguido con mi vida como si tal cosa.

—Algo que no es cierto y los dos lo sabemos.

Kylie lo miró, molesta.

—No soy tu enemigo, solo quiero ayudarte —se defendió Dominic.

—Te lo agradezco, pero estoy bien. De verdad.

—Podría ser un buen padre para tu hijo, piénsalo.

—¿Qué demonios estás diciendo? —preguntó, incómoda.

—Es guapo, debe tener bastante dinero, se rumorea que hacía de ese tipo de misiones que nadie quiere pero que conllevan muchos ceros en la cuenta corriente y, sin embargo, a pesar de ser rico, le gusta trabajar en el rancho, en tu rancho en concreto. Hasta le cae bien a Zach. Incluso me ofreció que le pegara y me dijo que no pensaba defenderse.

—¿Te dijo eso? —preguntó Kylie, sorprendida por aquel dato.

—Ajá. Pero no lo hice, no soy estúpido. Sigamos: tiene disciplina, sentido del humor... ¡Es el hombre ideal!

—Perfecto. Creo que es una buena idea. Cásate con él, Dom —le dijo Kylie a su hermano.

—No está demasiado bien visto en Montana. Recuerda que fuimos el último estado en aprobar este tipo de matrimonios —bromeó—. Sería difícil encontrar un testigo.

—Yo puedo ser vuestro testigo.

—O yo el vuestro —Dominic sonrió.

—¡Por favor!

—Si ese tío no se ha ido del rancho es porque quiere algo, Ky.

—¿Un trabajo? ¿Gimnasio gratis?

—Los dos sabemos que no es eso, pero... —se rindió, levantándose para darle un beso en la mejilla a su hermana mayor—. Vuelvo al trabajo, lo que necesites, aquí estoy.

—Gracias —dijo Kylie y sonrió de mala gana. Era cierto que se había sentido atacada en cierta forma por su hermano, pero sabía que era más su particular visión, adornada con hormonas maternas, que la realidad. Él hablaba desde su mejor intención, Dominic era el más dulce de los hermanos Davis.

Kylie salió de la casa, hacía un frío gélido, pero necesitaba dar un paseo y aclarar las ideas. Había dejado a su caballo de cualquier forma en el establo esa mañana. Le llevaría algo de heno y lo cepillaría. Hacía meses que no estaba con él y ni siquiera lo había tratado bien a su vuelta. Sin embargo, cuando llegó al lugar, quien se estaba ocupando de los caballos era Jayden. ¿Acaso no había más empleados en el rancho? ¿Era él quién hacía todas las tareas? El ahora nuevo cowboy levantó la vista y la miró.

—Yo... vine a... atender a mi caballo. Esta mañana tenía prisa —se disculpó ella, sintiéndose de repente una intrusa en su propio establo.

—Ya lo he hecho yo —le informó.

—Gracias.

—Es mi trabajo.

—Sí, claro.

Jayden cargaba una carretilla con estiércol en aquel momento y Kylie se dispuso a abandonar el lugar.

—¡Kylie! —la llamó y la mujer se detuvo.

—¿Sí?

—¿Crees que podríamos hablar?

—¿Tienes alguna queja sobre el trabajo? —preguntó ella.

—No.

—Entonces no creo que tengamos nada de lo que hablar —le dijo, tratando de zanjar el asunto.

—Sabes que no es cierto.

—¿De qué podríamos hablar si no es del trabajo? —lo retó.

—De este año. De nosotros.

—¿Me contarás acerca de tu misión? —preguntó, manteniendo la calma.

—Eso es... material clasificado.

—Es decir, que no.

—No, de eso no, pero...

—No parece que tengamos nada de lo que hablar.

—Me gustaría saber cómo estás —dijo Jayden.

—Estoy muy bien, gracias —le sonrió, tratando de que no se le notase el sarcasmo.

—Estás enfadada —observó él.

—¡Bingo!

—Tuve que irme. Tenía una misión.

—¿Entre las órdenes se incluía no enviarme ni siquiera un mensaje para contármelo? —le preguntó, molesta.

—No —respiró hondo y soltó el aire—. Eso fue... una estupidez por mi parte.

—Gracias. Puedes seguir limpiando mierda, creo que te debes sentir cómodo entre ella, como en tu casa —le dijo, saliendo del lugar sin mirar atrás.

—¡Kylie! —La llamó, sin obtener respuesta.

Errores y soluciones

Acababa de darse una ducha después del duro día de trabajo, pero nada había resultado tan duro como el enfrentamiento que había mantenido con Kylie. Se sentó en el sillón frente al escritorio y abrió el cajón del mismo, sacó la cajita que había dejado allí hacía más de diez meses y la abrió. El anillo que había comprado para ella seguía brillando bajo las luces de la habitación. Era un aro de aguamarinas con diamantes, un anillo cómodo para alguien que trabaja en el campo y que supuso sería perfecto para pedirle matrimonio, algo que no llegó a hacer.

—No se lo estabas guardando a un amigo, ¿verdad? —era la voz de su hermana mirándolo desde la puerta.

—No —respondió él, siendo sincero.

—¡Lo sabía! —exclamó Alyssa, sabiendo que su primera corazonada acerca del anillo había sido real.

—Y ahora me odia —dijo, cerrando la cajita.

—¡Oh, no! No lo creo. Estoy segura de que no te odia, solo debe estar enfadada.

—Eso es porque no la has visto hoy.

—¡Un momento! ¿La has visto? ¿Ha vuelto? ¿Está en Ennis? —preguntó Alyssa, interesada en ello.

—Sí, esta mañana. Supongo que volvió ayer, con su familia. Quizá estaba en Las Vegas con todos ellos.

—¿Cómo está?

—Preciosa, como siempre.

—Sí, bueno, ya lo supongo —dijo, poniendo los ojos en blanco—. ¿Habéis hablado?

—Sí —le confirmó—. Y no ha sido algo agradable.

—No podías esperar otra cosa después de cómo te fuiste.

—Lo sé, ¡Maldita sea! —se lamentó y volvió a abrir la caja del anillo para mirarlo una vez más.

—¿Cuándo lo compraste? —Alyssa decidió darle un respiro a su hermano.

—Antes de ir a la base Malmstrom. Pensé que me habían convocado para firmar mi salida de las fuerzas armadas. Pero no fue así.

—Eso es lo que aún no entiendo ¿Por qué diantres no rechazaste la misión?

—Porque no quería que hubiera otra Alyssa ni otro Theo si de mí dependía —dijo, siendo sincero sobre su trabajo por primera vez.

Alyssa comprendió que había ido a por alguien que tenía una familia. Alguien que de alguna

forma era importante para él.

—Eso es muy valiente —se acercó a él, poniéndose detrás de la silla para colocarle las manos en los hombros—. Es un gesto muy heroico.

—La heroicidad no te abraza por las noches. Tu frase me ha acompañado durante estos diez meses.

—Siento habértelo dicho aquel día —se arrepintió de haber lanzado aquella sentencia, que ahora sabía que lo había carcomido por dentro durante su ausencia.

—No importa, tenías razón.

—¡Anímate! Aún no es tarde. Ella ha vuelto, tú has vuelto. Volvéis a estar en el mismo lugar y en la misma época. Es Navidad en Ennis.

—Y la magia de la Navidad nos ayudará —dijo él, siendo sarcástico.

—Puede que un poco. Solo tienes que tener fe en ello. E insistirle. Disculparte con ella. Buscar muérdago y besarla...

—Si crees que Kylie va a dejar que me acerque a ella para besarla es que estás loca.

—¡Venga, Jayden! ¡El mundo es de los valientes! Pon un poco de tu parte. Eres uno de los dos hombres más valientes que conozco y ya sabes quién es el otro.

—Gracias —le dijo, acariciándole la mano que tenía en su hombro.

Maggie había insistido en quedarse con sus nietos en el hostel del lago, mientras que las mujeres Davis salían a ver la estatua de hielo del mercado navideño. Eva decidió permanecer al pie del cañón en el hostel. Kylie supuso que estaba tratando de no gastar dinero para extenderse durante la salida navideña de compras de ese año.

—¡Me encanta Ennis en Navidad! —exclamó Ashley, la mujer de su hermano Tyler. Algo que era curioso, había pasado de ser un Grinch a ser una completa amante de la Navidad. Solía decir que los mejores momentos de su vida habían sucedido en Navidad.

—A mí me encanta Ennis y mi familia, todo el año —dijo Layla, refiriéndose a todos los Davis, su nueva familia.

Kylie sonrió, se alegraba por ellas. Sin embargo, aunque ella también tenía buenos recuerdos en Navidad, también tenía algunos que se habían tornado amargos y borró la sonrisa de su rostro.

—¿Por qué esa cara, Ky? —quiso saber Ashley.

—No es la Navidad que pensaba tener.

—Eso es por las hormonas del embarazo, créeme, se pasa en unos meses —respondió la esposa de su hermano Tyler.

—¿Ya has visto a Jayden? —preguntó Layla, yendo más encaminada hacia lo que le ocurría a Kylie.

—Sí. Ayer. Y le dije que era una mierda.

—¡Oh, Kylie! —se lamentó Layla.

—Sí, ya sé que no es el vocabulario que tú usarías, pero no pude evitarlo.

—Si crees que es una mierda es que aún te importa —agregó Ashley.

—Solía pensar que no, pero... verlo de nuevo ha sido... no sé.

—Está guapo —aseguró Layla.

—Sí. Y me molesta. Yo he engordado y hasta ayer ni siquiera me había vuelto a maquillar más allá de ponerme un poco de corrector en las ojeras. No quiero que piense que ha sido por él. Que me ha afectado.

—Bueno, todas sabemos que sí ha sido por él —aseguró Layla.

—El embarazo no es culpa de él —dijo Ashley, confusa.

Kylie se mordió los labios. Su cuñada, que tanto la había apoyado, incluso prestándole su apartamento en Helena durante meses, no conocía su secreto. Uno que más pronto que tarde se acabaría desvelando, porque en algún momento tendría que decírselo al propio Jayden.

—Sí lo ha sido —le dijo, mirándola a los ojos, reveladora.

Ashley abrió la boca, se rascó la frente y frunció el ceño.

—¿Quieres decir que él es...? ¿John es su...?

—Sí —la interrumpió.

—¡Santo cielo! —exclamó, cerrando los ojos para asimilar la noticia.

—Lo siento, Ash. Me siento mal contigo, pero... no estaba preparada. Has sido muy amable prestándome el apartamento y... No sé si podrás comprenderme.

—No importa, cariño —dijo Ashley, poniéndole una mano sobre el antebrazo de su cuñada—. No estabas en una situación fácil. No sé cómo has podido pasar por todo ello sola. ¿Quién más lo sabe?

—Layla, solo ella. Necesitaba a alguien disponible para cuando diera a luz. Ese alguien no se iba a tragar que era un bebé prematuro. Lo siento de verdad, Ashley.

—No lo menciones más. Tenías tus motivos, lo entiendo.

—Sentía vergüenza, porque fui estúpida.

—No importa, Ky —le dijo con cariño—. Te entiendo, pero no debes avergonzarte de tu bebé.

—No lo hago. Lo amo. Pero sí me avergüenzo de cómo se dieron las cosas. Creo que mamá también lo hace. Por eso ha insistido en quedarse con el bebé en el hostel. No quiere que la gente me vea con el niño y comience a hablar de ello. Este es un pueblo pequeño.

—Kylie, estoy segura de que a ella le da igual que lo hagan. Maggie es una mujer lo suficientemente adelantada a su tiempo y moderna para que le afecte. Pero no quiere que te dañen. Es tu madre y te quiere proteger —le dijo Ashley y Layla asintió con la cabeza—. Creo que es un instinto que, aun treinta años después, para las madres está intacto.

—Y quiere que no te vuelvas a ir del rancho después de Navidad —agregó Layla—. Protegerte es una forma de hacer que te sientas a gusto.

—Solo retrasa lo inevitable —afirmó Kylie, siendo práctica—. Seré la comidilla del pueblo en cuanto se enteren.

—Vamos a estar todos contigo —le dijo Layla.

—Los Davis somos muchos, y cada vez más —añadió Ashley.

—Gracias, chicas.

Kylie respiró hondo. Se sentía algo más liberada al poder contar con Ashley y que no se hubiera enfadado con ella, al menos aparentemente. Le debía una conversación y algunas explicaciones.

—No quiero romper el ambiente, pero si la vista no me engaña, ese que viene por ahí es Jayden —dijo Layla, oteando al hombre, que se había detenido a ver unos guantes de piel en uno de los puestos.

—¿En serio? ¿Ese es tu marine? —preguntó Ashley, que realmente no lo había llegado a conocer. Tyler y ella habían pasado las fiestas fuera del pueblo y al volver no habían coincidido.

—Ya no es marine, ahora es cowboy —informo Layla.

—¿En serio? —Ashley se sorprendió—. ¿Ya no es marine?

—Bueno, no lo sé. El caso es que está trabajando como cowboy en el rancho Davis —siguió informando Layla.

—Y se ha convertido en la mano derecha de Zach —añadió Kylie, molesta.

—Con todos los ranchos que hay para trabajar... —dejó caer Ashley—. Es realmente atractivo, además.

—Solo por eso, lo odio —dijo Kylie.

—No lo odias —aseguró Ashley.

—Discúlpate con él por llamarle eso tan feo ayer —la instó Layla.

—No pienso hacerlo —dijo Kylie, aunque lo cierto era que se arrepentía y que le había costado conciliar el sueño la noche anterior.

—No puedes llevarte mal con él.

—¿Quién ha dicho que no?

—John, por ejemplo —le recordó Layla.

—¡Maldición! —exclamó Kylie, sabiendo que sus cuñadas tenían razón, tendría que limar asperezas con el hombre, al menos para poder conseguir una relación cordial en el futuro. No sería fácil, porque aún se sentía dolida, pero lo intentaría.

—Señoras —dijo Jayden, tocándose el ala del sombrero y llegando hasta ellas, que, enfrascadas en la discusión, no se habían dado cuenta que las había visto y se acercaba a saludarlas.

—Soy Ashley —se adelantó su cuñada a presentarse y Kylie la fulminó con la mirada—. No sé si conocerás a Tyler Davis, es mi marido.

—Un placer, señora. Lo conozco y es un gran tipo. ¿Cómo estás, Layla?

—Hola, Jayden. Bien, gracias. ¿Estás interesado en algo en concreto? Te he visto en el puesto de guantes.

—Así es. Estaba buscando unos guantes que fueran lo suficientemente resistentes para el trabajo.

—El año pasado le compré unos muy buenos a Chase —dijo Layla—, pero no he visto ese puesto aún.

—Si lo ves, te agradecería que me lo dijeras.

—Claro.

—Un placer verlas, señoras —se volvió a despedir de ellas y continuó su camino.

—¿Perdón? ¿Acaba de ignorarme? —Kylie se sintió muy molesta.

—No te ha hablado, que es distinto —dijo Ashley.

—¿Quién demonios se ha creído que es? —preguntó Kylie.

—Puede que él también esté dolido por lo que le dijiste —opinó Layla.

—¡Lo merecía!

—Yo no he dicho que no lo mereciera —Layla puso las manos en alto, no quería ser diana del enfado de Kylie.

—Puedes ir y decírselo si te parece mal —la instó Ashley—. Lo de que no te gusta que te ignoren.

—De acuerdo. Sí, eso haré —dijo Kylie, mientras que su cuñada sonreía y ella no le encontró ninguna gracia al asunto. Las dejó allí y se dirigió hacia donde caminaba Jayden, que salía de las calles del mercadillo.

—¿Perdona? —le dijo desde atrás en varias ocasiones, sin obtener respuesta—. ¡Jayden!

—Ajá —dijo, girándose hacia Kylie. La había escuchado perfectamente las primeras ocasiones con aquel «Perdona», pero prefirió esperar a que pronunciase su nombre.

—¿Me acabas de ignorar?

—No, no lo creo.

—Estaba con ellas, con Ashley y con Layla y no me has hablado.

—Pensaba que habías dicho que no teníamos nada de qué hablar —se defendió él.

—Podrías haberme saludado.

—De acuerdo. Lo siento.

—Bien —dijo ella.

—Adiós, Kylie —Jayden se giró y continuó su camino.

Kylie quedó pensativa. Al verlo entrar en uno de los bares del pueblo decidió seguirlo. Entró, oteó el ambiente y lo vio sentado de espaldas en una mesa, mientras miraba por la ventana con gesto serio. El camarero se acercó y le tomó nota de la bebida. Ella aprovechó para quitarse el abrigo y dejarlo en el perchero. Respiró hondo y se dijo que tenía que comportarse de una forma más adulta.

—¿Podemos hablar? —le preguntó a su espalda.

Él se mostró sorprendido por su presencia, podría haber dicho algo sarcástico, pero no lo hizo.

—Claro —respondió en cambio.

El camarero llegó a traerle el café y ella pidió lo mismo que él, pero descafeinado.

—¿Duermes mal, Kylie?

—Llevo una vida más sana ahora —dijo, a la defensiva. Y recordó que los kilos demás no mostraban que fuera cierto. Le molestó el hecho—. Aunque pienses que estoy como una foca y que he engordado.

Jayden se arrepintió de la pregunta, solo lo había hecho por lo que le había dicho el día anterior. Le había dolido, le dolía que ella lo odiase, el desprecio con el que le había dado a entender que era una mierda mientras que limpiaba estiércol en las caballerizas. Pero no quería dañarla, nunca había querido hacerlo.

—Estás preciosa, Kylie —le dijo—. Sigues estando preciosa, como siempre.

A ella le calentaron el alma las palabras del hombre, él seguía pensando que era preciosa y ella, sin embargo, en su torpeza, acababa de mostrarle su inseguridad. Pero no podía olvidársele que él era un gilipollas y que se había ido sin decírselo, sin un solo mensaje. Que la había dejado sola y embarazada, que había tenido que irse lejos de su familia para dar a luz a su bebé teniendo como único sostén la mano de su amiga Layla. La había dejado sola en el momento más vulnerable de su vida. Sintió ganas de llorar y sus ojos enrojecieron.

—Dame un minuto —le dijo Kylie, mientras salía corriendo hacia el baño.

—¡Kylie! —la llamó, pero ella no se detuvo ni miró atrás.

Había llorado en el baño y él la había escuchado hacerlo desde la puerta del mismo. Fue consciente de que Kylie no estaba bien y de que la había vuelto a dañar ignorándola un rato antes. Se sintió un bastardo por ello.

Kylie trató de recomponerse a sí misma y a su maquillaje. Siempre llevaba corrector en el bolso. No estaba mal, aunque aún tenía la nariz y los ojos rojos. Había cosas que no se podían ocultar, por muy buena calidad que tuvieran los productos que usaras. Respiró hondo y salió del baño. Miró hacia la mesa, los cafés estaban allí, pero Jayden no, la mesa estaba vacía. Él se había ido.

—¿Estás bien? —la voz de Jayden la sorprendió desde atrás.

—Sí, gracias —respondió. Él no la había abandonado en esa ocasión y ahora se alegró de ello.

—¿Qué tal si nos tomamos ese café?

—Claro —Kylie sonrió y caminó hacia la mesa, tomó asiento y, tras ella, lo hizo Jayden. La observó mirar con melancolía hacia la ventana y a través de ella. Era el mismo sitio donde habían

tomado algo la Nochebuena anterior y habían comenzado a conocerse. En un pueblo como Ennis no era difícil terminar en el mismo lugar, cuando los locales para tomar algo podían contarse con los dedos de una mano.

—Siento de verdad haberte ignorado antes —se disculpó Jayden, siendo sincero.

—Gracias. Yo siento haberme puesto así, ha sido pueril de mi parte.

—No haberte saludado también lo ha sido de la mía.

—Siento lo que te dije ayer —se animó a decir Kylie—. No creo que seas una mierda ni que te sientas cómodo entre ella. Estaba enfadada.

—Gracias.

—Bien, creo que ya nos hemos disculpado —dijo ella, haciendo ademán de levantarse de la mesa.

—Termina el café, por favor —le pidió Jayden, viendo que aún tenía más de la mitad en la taza.

Kylie meditó un par de segundos sobre ello y decidió sentarse. La tarde era fría y el café estaba delicioso.

—De acuerdo —dijo, poniendo las manos alrededor del recipiente. Tenía frío y estaba nerviosa.

Ambos permanecieron en silencio durante varios minutos.

—Me arrepiento de haberme ido sin despedirme de ti —dijo Jayden, diciéndose que probablemente no tendría otro momento como aquel para disculparse por ello.

—Sigo sin entender por qué lo hiciste.

—Mi trabajo es así.

—De Alyssa te despediste. De acuerdo, es tu hermana. Lo siento —se disculpó, sabiendo que ella no era tan importante como su propia hermana.

—Le dije a Theo esa mañana que cuidase de su madre, él le contó nuestra conversación camino al colegio y Alyssa volvió a casa corriendo. Te aseguro que no lo planeé así.

—¿No te ibas a despedir de ella?

—No.

—¡Eso es horrible! —exclamó, pensando en la pobre Alyssa y lo que había sufrido con la pérdida de su marido.

Kylie lo miró como si fuera un monstruo. Y él lo admitía, en parte lo era. Los marines te convertían en un monstruo para las personas que quieres, más cuando trabajabas en según qué cuerpos y haciendo según qué cosas. Permaneció en silencio y miró la espuma del café.

—Pensaba que no iba a volver —dijo él, expresando algo que no había pensado decirle nunca.

—¿Qué?

Ahora la mujer lo miró confusa, no entendía lo que le quería decir.

—Era una misión suicida, Kylie —le aclaró, tensando la mandíbula.

—¡Oh, Dios! —exclamó ella, con el corazón encogido.

—Aunque creas que es una excusa, que he buscado la excusa más típica y barata. Pero no es así. Es la verdad.

—Pudiste haberte negado a ir —lo creyó.

—No podía. Estaba en juego la vida de alguien. No podía cargar sobre mi conciencia con otra familia sufriendo como lo ha hecho Aly.

—¿Esa persona era alguien especial? ¿Conocido?

Jayden permaneció en silencio. No podía contar nada de sus misiones. Sin embargo, cerró

los ojos y asintió imperceptiblemente con la cabeza.

—Entiendo que salió bien, para los dos.

—No puedo contarte...

—Lo sé —lo detuvo—. Creo que ya me has contestado. Si estás aquí significa que salió bien.

—Sí.

—Me alegra que estés aquí. A pesar de todo.

Jayden la miró intensamente durante unos instantes, para desviar su mirada a continuación y perderse en la oscuridad de la tarde a través de la ventana.

Ambos guardaron silencio un par de minutos más.

—Tomé una decisión —rompió el silencio—. Preferí hacer que me odiaras a... ya sabes. Pensé que sería mejor así.

Kylie no respondió, pero entendió su motivación. No borraba el daño que le había causado con aquella decisión que él, de forma unilateral había tomado, pero ahora, al menos sabía por qué lo había hecho.

—Creo que es hora de irme a casa —dijo ella, mirando la hora en el reloj antes de levantarse del asiento.

—¿Te llevo? —Jayden se levantó, ofreciéndose a ello.

—No, gracias. He venido con las chicas —dijo antes de dirigirse hacia la puerta del local.

—Ellas deben haberse ido ya —dijo Jayden, siendo práctico. Aunque la conversación no había sido muy extensa entre ambos, el tiempo había pasado, impenitente.

—Sí, claro —cayó en la cuenta de que habían ido en el coche de Ashley.

—Entonces, ¿puedo acompañarte a casa?

—Está bien —aceptó ella.

Jayden le tomó el abrigo de las manos y la ayudó a ponérselo.

—¡Eh, mirad! Estáis bajo el muérdago, parejita —les gritó un parroquiano desde la barra. Y ambos recordaron la Nochebuena anterior y en cómo había empezado todo para ellos. Jayden miró a Kylie y esta, a él. Las cosas habían cambiado demasiado entre ambos.

—No —dijo Kylie, tajante.

Jayden cogió su abrigo y se lo puso. Le dolía la frialdad de Kylie, pero al menos habían podido comenzar a hablar de una forma más o menos civilizada.

Cuando abandonaron el local se escuchó un grito de decepción a sus espaldas. Caminaron hacia donde Jayden tenía la camioneta aparcada y emprendieron el camino hacia el rancho en silencio.

—Gracias por traerme —le dijo Kylie al llegar.

—Supongo que ahora eres una de mis jefes y también forma parte de mis obligaciones el traerte a casa.

Kylie lo miró y asintió. No quería verlo como a un empleado.

—Buenas noches, Jayden.

—Buenas noches, Kylie.

La mujer se bajó del vehículo y sin mirar atrás, se dirigió hacia la puerta de la casa.

—¡Kylie! —La llamó él, bajándose de la camioneta con su bolso en la mano para acercárselo—. Te olvidas de algo.

Cuando la alcanzó, lo hizo en la puerta de la casa.

—Sí, se me olvidaba —dijo, recogiendo.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, gracias.

Jayden miró sobre su cabeza. El muérdago también colgaba fuera de la casa.

—No te voy a invitar a pasar.

—Lo sé. Solo quería saber si... crees que... no sé, podríamos tomar algo otro día.

Kylie lo miró. ¿Qué quería de ella un año después?

—No lo sé, Jayden —le dijo, siendo sincera.

—Vale —Jayden se mostró decepcionado con la respuesta, pero la aceptó. Debía ser paciente.

—Hoy ha sido un día duro —se disculpó.

—Lo sé —convino él—. Hasta mañana, Kylie.

Kylie esbozó una leve sonrisa como despedida y entró en la casa. Jayden miró el muérdago que colgaba justo encima de su cabeza y volvió a la camioneta. Volvería a casa.

Kylie pensó que en el rancho estaría a solas unos minutos para reordenar sus ideas, el resto de la familia estaría en el hostel del lago, y ella iría allí para cenar, o también podría disculparse y esgrimir un dolor de cabeza para no ir. ¿Qué demonios iba a hacer con Jayden? ¿Cuándo hablaría de John con él? Le aterraba aquel escenario o la reacción que pudiera tener con la noticia.

—¿Qué estás haciendo, Kylie?

Era la voz de Chase, no estaba sola en casa. Se giró para mirarlo. Tenía un gesto serio en el rostro.

—Pensaba que estabas en el lago, con los demás.

—Acabo de dar una vuelta con la quitanieves, mañana hay previsión de nevadas. He venido a tomar una ducha antes de ir a cenar.

—Yo estaba en el pueblo.

—Con ese tío, Jayden —le dijo—. Os acabo de ver.

—Me ha traído. Estaba con Ashley y Layla, fuimos al mercadillo navideño, me entretuve y ellas se fueron.

—¿Y tus compras? —dijo, señalando sus manos vacías con un gesto de cabeza.

—Solo estábamos mirando —se defendió.

—Ya —la mirada del hombre fue intensa.

—Si tienes algo que decir, dilo o déjalo pasar. ¿De acuerdo? —Kylie estaba harta de aquel tipo de cosas.

—Le prometí a Layla que mantendría mi boca cerrada. Y a mamá también.

—Eso son muchas promesas.

—Y tú me lo pones difícil, todos lo hacéis, ¡maldita sea!

—¿En serio? —Kylie estaba comenzando a sentirse molesta—. Dime, ¿qué es exactamente lo que te pongo difícil, Chase?

—Ese tipo, el marine, tendría que haberlo echado ayer de una patada.

—¿Te habrías sentido mejor?

—Sí, lo habría hecho. Si no hubiera aparecido en nuestras vidas, estas serían mejores.

—¿De verdad?

—Sí, así es —aseguró Chase.

—Si ese tipo no hubiera aparecido, tú seguirías siendo un amargado, porque no te habrías atrevido a salir con Layla —le recordó—. Aunque no estoy segura de que hayas dejado de ser un amargado.

Chase emitió una carcajada, aunque sabía que su hermana tenía razón y le molestaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Pero tú no te habrías ido del rancho, ni habrías tenido un hijo con el primer imbécil que se te cruzó en el camino —le dijo.

—¡Vaya! ¿Así que, es eso lo que piensas? ¿Es eso lo que te molesta? ¿Que tu hermana sea madre soltera?

—¡No! ¡Maldita sea!

—¿En serio?

Chase paseó por la sala de estar, molesto con la terca de su hermana.

—Creo que será mejor que nos vayamos al hostel del lago —se rindió él.

Kylie supo que su hermano prefería dejarlo allí antes de decir cosas que los dañaran más. Ella había tenido suficiente en los últimos dos días y tampoco iba a forzar más la situación con Chase.

—No pienso ir, me duele la cabeza —respondió ella.

—¿Quieres que le diga eso a mamá?

—No pienso ir contigo —fue directa.

—¿Dónde tienes tu coche, Ky? —le preguntó, a sabiendas de que él lo había visto esa tarde en el hostel.

—¡Mierda! —exclamó ella recordando que lo había dejado en el lago, sabiendo que Chase se acababa de salir con la suya.

—Toma un analgésico —le dijo él.

Kylie le sostuvo la mirada unos segundos, no le gustaba la actitud de Chase, aunque le sorprendía que hubieran tardado tanto en tener aquella discusión.

—Ya lo haré después, vamos —respondió ella, encaminándose hacia la puerta.

El camino hasta el hostel del lago fue en silencio. Chase sabía cuándo había que dejar una discusión y lo hacía, así que al menos, estaría a salvo durante el trayecto.

—Te quiero, Kylie —le dijo su hermano, de repente, a mitad de camino.

—Lo sé —respondió Kylie, ya más tranquila y menos susceptible—. Y yo a ti.

Chase buscó la mano de su hermana y se la llevó a los labios para besarla.

—Lo que me molesta es no verte feliz, Ky —le dijo, abriendo su corazón.

—Podías haber empezado por ahí.

—La sutileza no es mi fuerte, ya lo sabes.

—Sí —suspiró—. Y tú sabes que eres el único de los cuatro capaz de hacerme sacar de quicio más rápidamente. Bueno, Eva también está cerca.

—Sí —Chase rio—. Quiero que estés bien y que te quedes con nosotros en el rancho. No quiero que te vayas de nuevo ni tener que compartir a Layla contigo estando lejos.

—Eres un egoísta de mierda —Kylie también sonrió—. Gracias por compartirla conmigo estos meses. Ha sido muy importante para mí, de verdad.

—Quiero preguntarte algo, pero no quiero que te ofendas —dijo este.

—Adelante.

—¿Dónde está el padre del niño?

—No está.

—Pero... sabes quién es, ¿verdad?

—Sé quién es.

—¿Y qué pasó para que tú y él no...?

—No quiero hablar de ello, por favor.

—De acuerdo —Chase lo acepto.

—Gracias —dijo ella, tranquila.

—Voy a estar aquí siempre que me necesites, lo sabes.

—Sí —Kylie sonrió y vio la entrada del hostel del lago. Habían llegado—. Gracias.

La visita de Kylie

Kylie se dijo que ya era hora de visitar a Alyssa, a esas alturas era obvio que sabía que estaba en el pueblo y no podía demorar más el ir a verla. Compró una planta navideña y se dirigió hacia su casa por la mañana, cuando supo que Jayden estaba trabajando en el rancho.

—¡Oh, Dios mío! Kylie! —exclamó la mujer nada más abrir la puerta.

—¡Sorpresa!

Alyssa abrazó a Kylie.

—Me preguntaba si acaso no querías venir a verme.

—Lo siento, estos primeros días han sido algo complicados. Estoy adaptándome de nuevo. Te he traído una planta. No es como la del año pasado, pero no he tenido tiempo de ir a Bozeman de compras.

—No importa, es preciosa igualmente. Pero lo que más valoro es que hayas venido a visitarme.

—¿Cómo estás?

—Bien. Pasa, nos tomaremos un té juntas.

La casa de Alyssa no había cambiado, excepto en que había más decoración navideña que el año anterior. Kylie sonrió, se alegraba de que Alyssa fuera superando su duelo. La siguió hasta la cocina, la joven colocó en el centro de la encimera la planta, mientras que Alyssa preparaba la tetera para ambas. Kylie miró la estancia. Allí también tenía recuerdos con Jayden que volvieron a su mente.

—¿Cómo van tus cursos? —preguntó.

—Bien, he hecho algunas prendas en el de tejido. Ahora estoy practicando y haciendo prendas de bebé. Supongo que cuando Layla se decida a tener uno se las regalaré. También estoy pensando en volver a trabajar. Me estoy obsesionando demasiado con la limpieza, el orden y la decoración. Si no estoy tejiendo, estoy limpiando. Y sé que cuando eso sucede es hora de salir de casa. Pero tengo que poder estar segura de estar el tiempo suficiente para Theo y no es fácil sola. ¿Cómo estás tú?

—Ya me ves, he engordado —se quejó.

—Estás muy guapa. No dejes que te preocupen un par de tallas más.

—Pues lo hacen.

—Y no debería. ¿Sales con alguien? —quiso saber Alyssa.

—¿Por qué?

—Porque a veces, el peso nos angustia cuando estamos saliendo con alguien. Y te diré algo, cariño, la mente de los hombres no es tan complicada.

—Sé que tienes razón —Kylie sonrió—. En mi caso me preocupa volver, que me miren y piensen que no estoy bien si regreso con este aspecto.

Se refirió en general al pueblo, pero en realidad no era quienes le importaban, quien sí lo hacía era Jayden. Quería demostrarle que había seguido la vida sin él, pero hasta en eso parecía haber fracasado. Se había echado a llorar en el bar delante de él.

—¿Y cómo estás, Kylie? —le puso la mano encima de la suya.

—Bien —sonrió sin mucho convencimiento—. Bueno, es difícil volver a Ennis después de tanto tiempo fuera. Adaptarse al rancho de nuevo, a mi familia, a una casa llena. Somos muchos, ¿sabes?

—Os envidio. Me gustan las familias grandes.

—Bueno, a veces no es tan divertido.

—Seguro que hay más momentos buenos que malos. Me habría encantado tener más hijos con John. Ennis es un entorno encantador para que los niños crezcan.

—Seguro que los tendrás, eres una mujer joven y atractiva. ¿Hay alguien en tu vida?

—¿Aparte de los tipos del curso de pesca? —rio—. No me siento preparada, aún es como si traicionase a John. Así me siento.

—Date tiempo.

Alyssa permaneció en silencio unos segundos y bebió de su taza.

—Jayden ha vuelto —le dijo, sabiendo que Kylie y él ya habían hablado y no en muy buenos términos.

—Lo sé. Está trabajando en nuestro rancho.

—¿Habéis hablado?

—¿Crees que es bueno que hablemos de él? Es decir, es tu hermano, me resulta violento.

—Y tú eras mi amiga, espero que aún lo sigamos siendo —le dijo—. Trataré de ser lo más neutral posible.

Kylie suspiró antes de hablar.

—Le he gritado e insultado. Lo siento.

—No te disculpes conmigo. Estás dolida y te entiendo. Yo no lo insulté cuando lo vi plantado en la puerta de casa solo por un motivo.

—Porque es tu hermano.

—No —Alyssa se puso seria—. Porque pensé que no lo volvería a ver.

Kylie la miró sorprendida y frunció el ceño. Le tomó la mano a Alyssa y se la apretó.

—No sabía dónde iba o qué iba a hacer —volvió a hablar la mujer—, pero hay señales que sí sé interpretar aun sin ser dichas.

—No me lo dijiste.

—Quería creer que solo era mi mente jugando conmigo —se disculpó—. No quería darte ese peso.

—¿Lo ha dejado? ¿Ha sido la última vez?

—No me atrevo a preguntárselo. No quiero que me mienta como la anterior. Ni hacerme ilusiones.

Ambas mujeres trataron de hablar de algo más ligero a continuación y cambiaron de tema, comentando los planes navideños de ambas, apenas si quedaba una semana para la Navidad.

Encuentro en el Lago Ennis

Tyler lo había llamado, necesitaba algunas herramientas en el hostel del lago a última hora y Jayden se las llevó. Al llegar vio el coche de Kylie y se dijo que hacía días que no la veía. Entraba en lo probable que estuviera tratando de evitarlo.

—¡El marine! —exclamó Eva, la menor de todos los Davis al verlo aparecer por la puerta. Estaba sentada frente a la recepción del hostel, apuntando algo a mano.

—Hola, Marilyn —bromeó él, recordando el disfraz que vestía la joven el año anterior y ella rio.

—¿Has venido a ver a Kylie? —preguntó con una sonrisa de oreja a oreja.

—No, a tu hermano Tyler. Me ha pedido unas herramientas.

—¡Oh, sí! Algo me había dicho. Debe estar por la cocina, hemos tenido un problema de última hora. Es por ahí —le señaló el camino.

—Gracias.

—Hay mucho muérdago en el hostel. Solo por si quieres usarlo —le dijo y rio.

—¿Es una oferta? —Jayden sonrió hacia la mujer mientras caminaba.

—Puede —Eva también rio y le guiñó un ojo.

Jayden se dijo que aquella joven era incorregible. Pero al menos lo había hecho reír y era algo que no hacía a menudo en los últimos tiempos.

Aunque la idea era dejarle las herramientas a Tyler e irse del hostel, lo ayudó con el arreglo y este insistió en invitarlo a tomar algo antes de que se fuera, ya que estaba fuera del horario de trabajo y le había hecho un gran favor.

—También puedes quedarte a decorar el hostel —le dijo Eva cuando pasaron por la recepción.

—No creo que eso entre en sus funciones, Eva —dijo Tyler, mientras se encaminaban a uno de los salones del lugar.

—Solo quiero que me ayude a poner el muérdago, no es tanto trabajo —se quejó ella.

Jayden rio.

—Perdónala, aún no ha crecido —la disculpó Tyler, sabiendo que su hermana estaba llegando a la treintena.

—¡Sí que lo he hecho! —se quejó la interpelada a las espaldas de ambos, cuando entraron en uno de los salones, donde una chimenea presidía la estancia y varios sillones a su alrededor la completaban.

Recordó el lugar, había sido justo donde le había dado la pulsera a Kylie en fin de año. ¿La conservaría? Era estúpido pretender que así fuera. Solo esperaba que hubiera conseguido un buen

precio por ella y no la hubiera arrojado al lago.

—Eva es estupenda —dijo Jayden.

—Compadezco a quien elija como marido.

—Siento decir que no estoy interesado en el puesto —dijo Jayden y sonrió.

—No, ya supongo que no —respondió Tyler—. ¿Café? ¿Whisky?

—Café, por favor —pidió Jayden.

—Ya no estás en horario laboral —dijo Tyler, sabiendo que una de las normas del rancho era no beber.

—Sigo prefiriendo el café, gracias —dijo él.

—No es lo habitual.

—No soy un gran bebedor, excepto en ocasiones especiales.

Tyler fue hacia un lateral de la habitación donde solían tener dispuesto café y algunas pastas para que los huéspedes pudieran servirse a cualquier hora. Sirvió dos tazas y le pasó una al marine que sonrió agradeciéndola.

—Toma asiento, por favor.

—Gracias —dijo sentándose—. Es un lugar acogedor.

—Sí, lo es —Tyler sonrió—. Mi esposa se enamoró de él en cuanto lo vio. Quizá quieras venir en Nochebuena, hacemos una fiesta de disfraces. Bueno, la hacen mis hermanas, Ashley y yo solemos tomarnos unos días libres para visitar a su familia. Ellas se quedan al cargo, brillantemente, además.

—Lo sé. Layla me invitó el año pasado.

—¡Ah, sí! Alguien dijo algo sobre el tema.

—Seguro que fue Eva.

—Es posible.

—¡Ty! —la cabeza de la susodicha Eva asomó por la puerta—. Te necesitamos, es un código rojo.

—¿Código rojo? —se preguntó el hombre.

—Código rojo —repitió ella y salió de la estancia.

—Veamos qué demonios es un código rojo. Discúlpame un momento.

—Claro, adelante.

Tyler salió del lugar. Jayden dio otro sorbo al café y se levantó del sillón, acercándose a la chimenea. Encima de ella había más muérdago y sonrió pensando en lo que le había dicho Eva. Alargó la mano y lo tocó.

La puerta se abrió y apareció Kylie con una botella de limpiador y una bayeta. Se quedó mirando al hombre, que ahora bajaba la mano desde el muérdago.

—Me habían dicho que alguien había derramado café sobre la alfombra —dijo Kylie y fue consciente de que había sido una trampa de Eva para que se viera con Jayden. Y que quizá, el propio Jayden había sido partícipe de la misma.

—No ha sido aquí —respondió él.

—No, ya lo veo —Kylie se dispuso a abandonar la habitación.

—Me estás evitando —le dijo él.

Kylie se detuvo y lo miró, sin saber qué contestar. Era cierto, estaba evitándolo, porque temía llegar al momento en el que le tuviera que decir que tenía un bebé y que era de ambos.

—He estado ocupada —mintió.

—Ya —él tensó la mandíbula. Sabía que necesitaba recibir su castigo por haberse ido sin despedirse, pero no significaba que no le doliera recibirlo.

—¿Qué quieres, Jayden? —le preguntó, sintiéndose molesta.

—Podríamos tomar un café juntos —ofreció él.

—¿Qué tomemos un café? Bien, tomémoslo.

Dejó el limpiador y la bayeta sobre una mesa y se dirigió a la cafetera, se sirvió un café y se puso frente a él.

—Quiero que lo hagas porque quieres hacerlo —le dijo, sabiendo que seguía molesta, que de las veces que se habían visto después de su vuelta, solo una de ellas y durante un corto espacio de tiempo, ella se había permitido relajarse con él.

—Quiero hacerlo, ¿ves? —Le mostró la taza—. Dime, ¿qué más?

—Así no, Kylie. Así no —dijo él, sabiendo que por algún motivo estaba especialmente molesta en esos momentos.

Jayden dejó la taza de café en la bandeja destinada a la vajilla sucia y se dispuso a irse de la habitación.

—¿Y cómo lo quieres, Jayden? —preguntó ella y él se detuvo—. ¿Quieres que te diga cuánto te he echado de menos? ¿Que me lance a tus brazos? ¿Que te bese bajo el muérdago? ¿Qué me olvide de que me dejaste sin decírmelo? ¿Que te diga que este año ha sido fácil para mí? ¿Que no pasa nada, que podemos olvidarlo y seguir donde lo dejamos? ¿Es eso, Jayden? ¿Eso es lo que quieres? Pues lo siento, pero todo eso no va a pasar. No puedo olvidarlo solo porque tú has ido, has salvado al mundo y has vuelto como un héroe.

Kylie también dejó la taza sobre la bandeja y se cruzó de brazos, tratando de autoprotegerse del dolor que sentía.

—Lo siento, Kylie. No sabes cuánto —dijo, y las lágrimas escaparon de sus ojos mientras que tensaba la mandíbula. Le dolía como nunca antes le había dolido una mujer. Y lo merecía, ese era su castigo.

Jayden salió de la estancia y abandonó el hostel rápidamente.

Kylie cerró los ojos al escuchar la puerta del local y la camioneta arrancando a toda prisa. Se dejó caer hasta sentarse en uno de los sillones.

—Mierda, Kylie. Así no —se dijo a sí misma, tragando saliva y cerrando los ojos antes de que las lágrimas la desbordasen. Había sacado su dolor, se lo había escupido a la cara, pero no era lo que debía hacer, tenía que pensar en alguien más importante, en su bebé, no solo en ella y en sus sentimientos.

Abandono

Jayden apenas si había dormido esa noche pensando en lo que le había dicho Kylie y en cómo lo había hecho. En el dolor que había visto en ella y en el desprecio que sintió de su parte. Había sido estúpido pensar que podría recuperarla. Aquella puerta estaba cerrada.

—¿Estás bien? —Preguntó Alyssa esa mañana. Su hermano estaba más serio que de costumbre.

—Kylie no va a perdonarme.

—Dale tiempo —le dijo Alyssa, abrazándolo.

—No es cuestión de tiempo. Me odia.

—¿Te lo ha dicho con esas palabras?

—No exactamente, pero lo hace de otras maneras.

—Vamos, Jay. Has pasado meses tratando de convencer a gente de que eres quien no eres, no creo que te hayas rendido nunca a los pocos días si sigues vivo.

—¿Cómo demonios...? —la miró con el ceño fruncido.

—¿Cómo demonios sé eso? Hablas mientras duermes. Sobre todo, cuando te quedas dormido en el sofá. John también lo hacía en ocasiones.

—No deberías saberlo.

—¿Acaso me vas a denunciar? ¿Me harán un consejo de guerra?

—No, pero no es seguro para ti.

—Vivimos en Ennis, por el amor de Dios. No dudo que John quisiera un lugar tranquilo para criar a nuestros hijos, pero que este sea un pueblo perdido de la mano del Señor, también es un buen aliciente. No soy idiota. A veces me pregunto incluso si habrá más como vosotros en el pueblo.

Su hermana le acababa de recordar por qué el General Reed le decía que no era buena idea crear vínculos o tenerlos. Tanto John como él lo habían hecho, su amigo estaba muerto y él muy jodido.

—No quiero que volvamos a hablar de esto.

—*Top Secret* —dijo Alyssa, mientras se cerraba la boca ficticiamente con llave y la tiraba.

Jayden y Dominic había pasado la tarde limpiando uno de los graneros del rancho. En unos días recibirían un cargamento de heno que habían comprado los Davis para ayudar a un ranchero en horas bajas, porque la realidad era que no lo necesitaban y menos al precio al que lo habían pagado.

—Voy a dejar el rancho cuando acabe el mes —le dijo Jayden a Dominic al final del día.

—¿Te vuelves a ir con los marines? —le preguntó este.

—No, eso ya no lo haré más.

—¿Te pagan más en otro lugar?

—No.

—¿Entonces? ¿Acaso no estás a gusto con el ambiente laboral?

—No, tampoco es eso.

—Dime qué es y trataré de solucionarlo o hacerte una mejor oferta —ofreció Dominic. Estaba más que satisfecho con el trabajo del hombre y mucho se temía que era el único válido para ocupar el puesto de capataz del rancho. Zach no cedería el testigo a nadie más, lo sabía.

—No se trata de eso, Dominic. Pero te lo agradezco.

—¿Es por Kylie? —dijo Dominic y apuntó en la diana del problema.

—No quiero importunarla con mi presencia.

—A ella no le importa que estés con nosotros.

—¿Hace mucho que no hablas con tu hermana?

—Un par de días. En estas fechas suele estar en el hostel del lago.

—Quizá debas volver a hablar con ella.

Dominic quedó preocupado con la advertencia del exmarine, quería dejarlos y él no lo podía permitir. Estaba convencido de que Chase le pondría un puente de plata para irse si hubiera sido con él con quien hubiera hablado. No tardó demasiado en ir al hostel del lago, el cual se había convertido en territorio de Kylie y Eva, dadas las fechas.

—¿Ky? —la llamó Dominic desde la puerta.

—¡Dom! Hola, pasa.

El hombre entró en la habitación que Kylie usaba en el hostel con su hermana Eva. Este año la compartían con el bebé y en ese momento acababa de terminar de darle un baño, solo le restaba el biberón y lo dormiría.

—¿Puedo darle el biberón? —le pidió Dominic.

—Claro —dijo, pasándole el testigo a su hermano, que se sentó en el sillón con el bebé en brazos, comenzando a alimentarlo.

—Te queda muy bien —le dijo Kylie.

—A ti también.

—Supongo que no has venido hasta aquí para darle el biberón a tu sobrino.

—No, pero no me disgusta el plan.

—¿Cómo van las cosas por el rancho?

—Jayden se ha despedido esta tarde. No volverá a partir del mes que viene.

—¿Qué? ¿Por qué? —se mostró sorprendida y luego pensó en lo que le había dicho hacía unos días.

—Eso mismo me pregunto yo.

—Creo que no te lo preguntas demasiado cuando has venido a contármelo precisamente a mí —dijo, tomando asiento en otro sillón, frente a su hermano y el bebé.

—Efectivamente.

—Tuve una discusión fuerte con él. Le dije algunas cosas —reconoció Kylie.

—Lleva unos días más serio que de costumbre.

—Cada uno recoge lo que siembra. ¿Qué quieres que haga?

—Saber si realmente te molesta tanto que trabaje en el rancho.

—No me molesta. Me consta que es un buen trabajador. A Zach solo le falta darle su

apellido.

Dominic rio con el comentario de su hermana.

—Yo no quiero darle mi apellido, pero tampoco quiero que se vaya, si te soy sincero. Llámame egoísta, pero escasean los trabajadores competentes y siento tranquilidad cuando él está al cargo de algunas tareas.

—Y quieres que hable con él, claro.

—Solo si no te supone un problema. Si te lo supone, lo entenderé y veremos cómo nos arreglamos, incluso con las quejas de Zach.

—Lo pensaré —dijo ella.

Hablemos

Kylie supo que debía hablar con Jayden. No hacía más que repetirse que debía lograr otro tipo de relación con él y que debía tomar las cosas con más calma. Ahora sabía que él se había ido sin despedirse hacía un año porque pensó que no iba a regresar, la propia Alyssa también se lo había confirmado. Pensó que conseguir que lo odiase era la mejor solución en ese caso y no podía negar que, aun siendo estúpido, había tenido sus razones.

¿Podemos hablar?

Kylie le había enviado un mensaje de texto por la mañana, pero Jayden no había respondido. Las veces que habían hablado, no habían terminado precisamente bien. No lo culpaba por ello. Ella también había intentado hacerle daño con sus palabras y se temía que en la última ocasión que se habían visto, lo había logrado con creces. Después de aquello lo había evitado, incluso girando la mirada, despreciándolo abiertamente. No había tenido una actitud correcta.

—¡Kylie! —se sorprendió Jayden al abrir la puerta de la casa de su hermana esa noche.

—Te escribí un mensaje esta mañana —le dijo.

—Lo siento. Estaba pensando aún qué responder.

—Creía que es lo que querías tú —dijo Kylie en un tono algo sarcástico y cerró los ojos con fuerza, allí estaba de nuevo, comenzando algo de la forma equivocada—. Lo siento.

—Alyssa está en el mercadillo navideño, con Theo —respondió, dejando pasar el asunto.

—Sigo queriendo hablar contigo, si tú quieres, claro —dijo Kylie.

—Por supuesto. ¿Quieres pasar?

—Gracias —respondió, entrando en la casa. Jayden cerró la puerta a su espalda.

—Te he echado de menos cada minuto de los últimos diez meses, Kylie —le soltó él, antes de que aquello terminase en una nueva discusión. Quería que supiera cómo se había sentido en ese tiempo—. ¿Café? Tengo descafeinado.

—Sí, gracias —respondió ella, sintiéndose estúpida al notar la calidez de las palabras del hombre. Lo creyó, pero no dijo nada.

Jayden preparó la cafetera con el café descafeinado que había comprado, pensando que algún día ella podría ir. A pesar de que había sentido impulsos de tirarlo el día anterior.

—¿Quieres que siga? —le preguntó él, mirándola a los ojos, mientras esperaban que la cafetera comenzara a escupir café en la jarra. Layla permanecía de pie, con el trasero apoyado en la encimera.

—Sigue —le dijo en un susurro, después de tragar saliva. Si ella había descargado lo suyo

contra él, era justo que el hiciera lo mismo, solo que él no la estaba agrediendo con palabras, sino todo lo contrario. Y también dolía, aunque de otra forma.

—Quería volver a verte, creo que solo por eso me mantuve con vida. Solo por ti —Jayden se acercó a la mujer y esta tragó saliva de nuevo, mirándolo a los ojos. La electricidad corrió de arriba abajo por el cuerpo de Kylie e hizo que se le secara la boca.

Él se retiró y cogió la jarra de la cafetera para servir las tazas. No había terminado de salir y tomarían la primera extracción, la parte más fuerte de la bebida, pero tenía que ocuparse de algo para evitar tocarla, o podría hacerle perder el control. Amaba a aquella mujer tan fuertemente como sabía que ella lo despreciaba en esos instantes. Y le dolía el alma de hacerlo.

—Siento —Kylie carraspeó—, haber sido tan dura el otro día contigo.

Tomó la taza de café que él había dejado delante de ella y se la llevó a los labios. Sopló y bebió un pequeño sorbo, que aún estaba demasiado caliente, para tratar de aliviar la sequedad de su boca.

—Creo que me lo merecía. Tenías razón en todo lo que dijiste.

—Llegué a pensar que solo había resultado un juego para ti.

—¡Nunca! Te lo dije entonces y lo sigo pensando ahora. Fuiste lo mejor de mi año, de muchos años.

—¡Maldita sea, Jayden! —dijo, lamentándose del hecho—. ¡Si solo me hubieras dicho dónde ibas! ¡Todo podía haber sido distinto! Solo necesitaba un maldito mensaje.

—No puedo cambiar lo que hice, solo puedo arrepentirme de ello y confiar en que algún día puedas perdonarme.

El teléfono de Jayden comenzó a sonar y cogió la llamada, fue breve.

—Era Alyssa, traerá pizza para cenar. ¿Quieres quedarte?

—No, gracias. No quiero que Theo piense que...

—Sí, claro —convino Jayden, triste.

Kylie bebió el contenido de la taza de café y la dejó sobre la encimera. Jayden la siguió hasta la entrada y la ayudó a ponerse el abrigo, además de a sacarse la melena de debajo de él. Se giró y ambos quedaron frente a frente. Él la miró y sus miradas se clavaron la de uno en la del otro diciéndose algo que sus gargantas no se atrevieron a verbalizar. Jayden se acercó a ella lentamente y pudo sentir su aliento, rozó los labios de la mujer y la descarga le recorrió el cuerpo de arriba abajo. La química no se había desvanecido entre ellos y unos segundos después sus bocas se unieron con la desesperación propia de los meses que habían pasado separados. Kylie recobró la lucidez e interpuso una mano entre ambos, aún había algo que tenía que decirle y no sabía cómo hacerlo.

—Lo siento —se disculpó él, dando un paso atrás.

—No importa —dijo ella, restándole importancia al hecho. Ambos habían sido partícipes. No había culpables—. ¿Nos vemos en el rancho?

—Sí, claro —respondió él, con una suave sonrisa en los labios.

Kylie abrió la puerta y abandonó la casa de Alyssa, más confusa de lo que había llegado. Los sentimientos por Jayden estaban más vivos que nunca y eso, podría ser un problema.

Todo está vivo

Kylie observaba a su bebé mientras este dormía entre mantitas en el sofá de la casa. Meditaba sobre qué hacer con Jayden, cómo serían las cosas cuando se volvieran a ver en el rancho y cuándo le diría lo de John. O cómo se lo tomaría. Se llevó dos dedos a los labios de forma inconsciente. Lo seguía queriendo, no podía negárselo. Con solo un roce de labios, todo lo que había sucedido desde su partida se había borrado.

—¿Qué sucede, Kylie? —preguntó Layla al pasar por la estancia y verla enfrascada en algún pensamiento.

—Nada —suspiró y miró a John.

—Tienes que decírselo —se refirió a Jayden.

—Lo sé. Pero no sé cómo.

—¿Quieres que esté contigo cuando lo hagas? También puedo decírselo yo, si lo prefieres.

—No, gracias. Te lo agradezco de verdad, pero es algo que debo hacer por mí misma. ¿Y si no quiere tener hijos? Nunca hablamos de ello ¿O puede que esto le rompa sus planes? Necesito tiempo, preguntárselo de alguna forma.

—No va a cambiar el hecho de que ya tiene uno, haya entrado o no en sus planes, ¿no crees?

—¡Mierda! ¡Lo sé! —Kylie se levantó y se pasó la mano por la frente—. Odio sentirme así de insegura. Siempre he sido una mujer con las ideas claras, tomaba decisiones rápidas. ¿Y ahora? ¿Qué demonios me pasa ahora, Layla?

—Te pasa que tienes un hijo y que sabes que tus decisiones lo afectan también a él.

—Sí —dijo, volviendo a sentarse. Su amiga tenía razón—. Anoche fui a hablar con Jayden.

—Espero que no os gritaseis en esta ocasión.

—No, esta vez no. Tenía que tratar de suavizar las cosas, por el bien de todos.

—Eso me gusta. ¿Qué sucedió?

—Me dijo que me había echado de menos. Que se había mantenido con vida sólo para verme de nuevo.

—Eso es muy bonito —respondió, conmovida.

—Y siento que fue sincero.

—¡Dios, Kylie! Ese hombre sigue sintiendo algo por ti.

—¿Tú crees?

—¡Venga ya, Ky! ¿Cuántos ranchos hay en Montana? Está trabajando en este, cerca de ti.

Cosa que dudo que necesite hacer, si te soy sincera.

—No lo sé, Layla.

—Pregúntaselo.

—No voy a hacerlo.

—De acuerdo, como tú quieras.

Kylie guardó silencio unos instantes.

—Anoche me besó —soltó a bocajarro.

—¿En serio? —el gesto de Layla se tornó tierno y sonrió—. No lo abofetearías, ¿verdad?

—No, no lo golpeé. Yo tampoco fui inocente, la verdad. Pude haberme retirado y no lo hice. No tenía potestad para pegarle.

—¿Y qué más pasó?

—Me vine al rancho.

—¿Y cuál es la duda?

—Que puede que él solo quiera divertirse, acostarse con una mujer.

—¡Argh! ¡Por favor! ¿En serio crees que un hombre como él necesita trabajar tanto para acostarse con una mujer? Si solo quisiera acostarse con alguien, con ir a un bar de Bozeman cualquier noche lo puede conseguir. Soy una aburrida bibliotecaria, pero leo novelas, veo las redes sociales ¿sabes? Sé cómo funciona ese juego.

—No eres una aburrida bibliotecaria —se quejó Kylie—. Y puede que tengas razón.

—La tengo. ¿Y qué hay de ti? ¿Tú qué quieres?

—Yo estoy confundida. Hasta anoche pensaba que lo odiaba. Ahora... es estúpido, pero es como si se hubiera borrado lo malo. Soy estúpida, lo sé.

—No eres estúpida. Estás comenzando a perdonarlo y eso es bonito. Porque no es bueno vivir con rencor.

—La cabeza me va a mil por hora. Sé lo que tengo que hacer, sé que tenemos que hablar sobre John. Pero lo de anoche, me deja confusa. Me voy a volver completamente loca, Layla —miró a su amiga.

—Voy a estar preparando las actividades de esta semana en la biblioteca, puedo hacerlo aquí en el salón, cerca de John. ¿Por qué no sales y das un paseo mientras tanto? —le dijo Layla—. Puede que te ayude a despejarte y pensar.

—¿No te importa quedarte con él?

—No —Layla sonrió—. Me encanta quedarme con él. Es muy bueno.

—Tú también eres muy buena —Kylie sonrió a su amiga.

—No es cierto —Layla desestimó el comentario de Kylie con una sonrisa—Vete ya o sacaré a la bruja mala que llevo dentro.

Kylie la besó en la mejilla y acarició con un dedo al pequeño John antes de dirigirse hacia la puerta, abrigarse y salir al exterior.

Hacía frío, pero el frío era bueno para la mente. Respiró hondo: Navidad en Montana. Le encantaba. O al menos solía hacerlo.

—¿Cómo estás? —la voz de Jayden vino desde atrás.

—Bien, gracias —Kylie se giró. Había paseado por las zonas descubiertas de nieve con sus botas de agua, porque el barro lo inundaba todo en esa época del año. Acabó apoyada en la cerca donde algunos caballos se ejercitaban y comían.

—Siento lo de anoche, no quise incomodarte —se disculpó con ella y Kylie supo que se refería al beso.

—No importa.

Jayden se sentía perdido con Kylie. No podía vislumbrar lo que ocurría dentro de su cabeza y esta vez no quería equivocarse en nada. Kylie había cambiado por su culpa, él solo quería resarcirla por el daño que le había infringido. Deseaba recuperarla, porque la seguía amando como nunca antes le había sucedido con alguien.

—Quiero hacer las cosas bien contigo.

Kylie lo miró a los ojos y vio sinceridad en ellos. La estaba desarmando y apenas si el hombre había pronunciado un par de frases esa mañana.

—¿Qué es lo que buscas, Jayden?

—Una oportunidad.

Kylie tragó saliva y desvió la mirada de nuevo hacia los caballos. La continuaba desarmando. Se aferró a la valla. La Kylie antigua le habría cogido de las solapas del abrigo y lo habría besado hasta perder el aliento. Pero la Kylie actual tenía que sincerarse con él, antes de nada.

—Me gustaría que hablásemos de algo, Jayden.

—Claro. Tu dirás.

—Debes saber lo que ha sucedido en este tiempo que has estado fuera.

—Por supuesto.

Kylie escuchó a alguien llamarlo y se dijo que el momento se había esfumado.

—¡Ahora voy! —gritó él antes de volver a dirigirse a ella—. ¿Podemos quedar más tarde o mañana?

—¿Tienes aún mi número? —le preguntó Kylie.

—Sí, claro —dijo, como si fuera una locura lo que estaba preguntando la mujer. Lo tenía memorizado.

—Escríbeme.

—Gracias, Ky.

Kylie le dirigió una suave sonrisa.

Nochebuena a lo Davis

Durante la mañana de Nochebuena todos se trasladarían al hostel del lago. Esa noche celebrarían la fiesta de disfraces con los huéspedes y todas las personas del pueblo que quisieran asistir. Había mucho trabajo por hacer. Ultimar decoraciones, lavar la cristalería, limpieza exhaustiva, cocina y por supuesto, preparar los disfraces que habían comprado en Billings. Si el año anterior habían dedicado dos días a hacer las compras navideñas, el actual sólo había sido uno, a pesar de ello, Eva volvió con la misma cantidad de bolsas de siempre. Kylie no deseaba estar lejos del bebé y Ashley quería dejar las cosas preparadas antes de irse a Helena a pasar la Nochebuena con su familia.

—¿Vas a disfrazar a John? —preguntó Layla, que lo sostenía en brazos, tratando de dormirlo, mientras que Kylie rellenaba el bolso con todo lo que podría necesitar el pequeño para ese día.

—Sé que te encanta esta fiesta por razones evidentes —recordó que sería el primer aniversario de ella y su hermano—, pero esperaré hasta el año que viene. Espero que para entonces dé sus primeros pasos.

—Seguro que sí, será un niño muy precoz.

—Tiene menos de tres meses, Layla —se quejó Kylie, sonriendo.

—Y yo tengo un montón de niños en la biblioteca, noto cuando uno lo es.

Kylie sacudió la cabeza, su amiga estaba embobada con el bebé. Probablemente ella y su hermano no tardarían en darles la noticia de que tendrían uno propio.

—Voy a por las cosas de aseo del bebé —anunció Kylie mientras corría escaleras arriba. Eva tendría que estar comiéndose las uñas en plan mandona y ellas estaban tardando demasiado en ir hasta el hostel.

—¡No corras! —gritó Layla—. No necesitamos que te lesiones justo hoy.

La puerta de la entrada se abrió instantes después y entró Jayden.

—¿Sabes dónde está Chase? —preguntó él a Layla, que estaba en ese momento agachada sobre el sillón.

—Creo que está en el despacho.

—De acuerdo —se dispuso a ir a buscarlo, cuando se dio cuenta del bebé que Layla acababa de cargar en sus brazos—. ¡Vaya, Layla! ¡No me lo habías dicho!

Jayden se acercó a ella y miró al niño, le pareció un bebé muy guapo.

—Ah, ¿no? —acertó a decir ella. Sabía que era la primera vez que veía al niño y que Kylie aún no había encontrado la oportunidad de hablarle de él.

—Es muy guapo —le dijo Jayden.

—Lo es. ¿Quieres cogerlo? —le ofreció.

—¿A Chase no le importará?

—Chase no tiene por qué enterarse. Adelante.

Jayden tomó al bebé con cuidado en sus brazos y lo meció. El niño sonrió.

—Tiene una sonrisa preciosa —agregó—. Hola, pequeño.

—Es muy guapo —convino Layla.

Kylie quedó petrificada nada más bajar la escalera. Jayden estaba sosteniendo a su hijo en brazos, sonreía y le hablaba. ¿Layla se lo habría contado?

Jayden levantó la vista y miró a Kylie, que acababa de llegar al lugar. Vio que su rostro reflejaba terror.

—No lo voy a dejar caer, Kylie —le dijo, sonriendo al verla, pensando que ese era su temor.

—No sabía que te gustaban los bebés, Jayden —dijo Layla.

—¡Claro! Espero poder tener algún día alguno propio —respondió el interpelado y miró hacia Kylie, que perdió el poco color que le restaba en el rostro.

Jayden interpretó aquello como una señal de que había llegado muy lejos en sus pretensiones para con Kylie demasiado pronto.

Chase también entró en escena en esos instantes y Jayden se dijo que era momento de devolverle el niño a Layla. La relación con el mayor de los Davis había mejorado, pero sabía que no debía tensar la cuerda.

—Tienes un hijo muy guapo, Chase —le dijo Jayden, sonriendo y tratando de limar asperezas con el hombre.

—No es mío —respondió el hombre y Jayden se mostró confuso. Miró a Layla que bajó la cabeza y miró al niño.

Jayden sintió que se había perdido algún capítulo en la historia familiar de los Davis.

—Es mi hijo —dijo Kylie de repente.

—¿Tuyo? —preguntó, incrédulo.

Jayden miró a Kylie, que asintió imperceptiblemente mientras que tragaba saliva. Sintió como si le hubieran disparado, esta vez, en el centro del pecho. La miró y entendió por qué estaba aterrorizada. Tenía un bebé y no se lo había contado. Kylie tenía otra vida en la que él no iba a tener cabida. Quizá el tío con el que estuviera aparecería esa noche para pasar las fiestas con ellos. Por eso, entendió ahora, Kylie ya no vivía en el rancho. La miró con dolor. ¿Por qué le había echado tantas cosas en cara a su vuelta si ella había rehecho su vida? ¿Por qué le había dado esperanzas? ¿Quería venganza? ¡Sin duda la había logrado! ¡Vaya que sí!

—Estaré fuera si me necesitas —dijo Jayden, dirigiéndose a Chase, antes de salir a grandes zancadas del lugar.

—¿No lo sabía? —preguntó Chase, confuso.

—Sigue sin saberlo —dijo Layla, dirigiéndose hacia Kylie, que acababa de dejarse caer pesadamente en el sofá, tapándose la cara con ambas manos y echando el cuerpo hacia delante.

—¡Mierda! —exclamó la mediana de los Davis.

—Ve tras él, Kylie. Díselo —la instó Layla.

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó Chase, confuso.

—¡Kylie! —Layla trató de sacarla de su ensimismamiento en vano. Las ruedas de una camioneta que derrapaban fuera y salía a toda velocidad los interrumpieron. Ya era tarde.

Chase se agachó al lado de su hermana y le retiró el pelo de la cara bajo la atenta mirada de Layla. Las lágrimas cruzaban el rostro de la mujer en silencio. Estaba pálida y suponía que en

shock.

—Vamos a tomar un refresco con azúcar y cafeína, cariño —le dijo y la tomó de las manos para ayudarla a levantarse, estaba helada. La mujer se abrazó a su hermano mayor, las lágrimas seguían corriendo en silencio como notó a través de su camisa.

—Voy a por el refresco —dijo Layla, sintiéndose al fin algo útil ante la escena, al tener entre sus brazos aún al pequeño bebé, que se había dormido anteriormente entre los de Jayden.

Chase ayudó a su hermana a tomar el refresco y cuidó de ella, como lo había hecho cuando era pequeña y llegó a su vida. Él tenía cinco años cuando aquel angelito rubio se apoderó de todas las atenciones, era la primera niña Davis. Más tarde habían chocado y aún lo seguían haciendo en ocasiones, pero también estaban el uno para el otro en los momentos difíciles. Y este era uno de ellos.

—No lo había planeado así —dijo Kylie cuando se recuperó. Se sentía débil y temblorosa, pero algo menos desde que había tomado lo que le había dado su hermano.

—Uno no planea una bajada de tensión —dijo Chase.

—Lo siento —se disculpó con su hermano y miró a Layla.

—No tienes por qué sentirlo. ¿Te preparo algo de comer? —ofreció Chase.

—No, gracias —puso la mano sobre la de su hermano.

—Aún estás fría. Deberíamos ir al médico —le propuso—. Yo te llevaré, Layla se quedará con el bebé.

—¿John está bien? —preguntó Kylie.

—Está muy bien. Sigue dormido.

—¿Se ha dormido con Jayden? —preguntó.

—Sí —respondió Layla.

—John lo sabe, sabe quién es —se lamentó ella.

—Será mejor que vayamos al médico —dijo Chase, preocupado por su hermana, acababa de comenzar a delirar.

—Estoy bien —le dijo.

—Lo siento, cariño, pero no lo estás —rebatía—. Y voy a echar a ese tío del rancho, se acaba de ir en medio de su jornada laboral. Me importa una mierda lo que opinen Zach, Dominic o nuestro padre.

—Díselo, Ky —le dijo Layla refiriéndose a Chase. Era hora de poner las cartas sobre la mesa. Ella misma estaba cansada de ocultarle aquello a su novio.

—¿Qué tiene que decir? —preguntó Chase y sintió que estaba en medio de algo que no entendía.

Kylie respiró hondo.

—Jayden es el padre de John.

—¿Qué? En serio, Ky, nos vamos ya al médico. Me estás preocupando. Te llevaré a la fuerza si es necesario.

—No estoy delirando, Chase —se quejó Kylie y repitió la frase—. Jayden es el padre de John.

—John es prematuro, es imposible. Él ya se había ido —negó él.

—No lo es —afirmó ella—. Mentí. Nació exactamente a los nueve meses. Creo que sabes contar.

Chase miró a Layla, algo le decía que su novia también conocía aquel hecho.

—Lo siento, Chase —se disculpó Layla.

—No te atrevas a decirle ni una sola palabra a Layla —le advirtió—. Yo le pedí que me

guardase el secreto y lo ha hecho fielmente.

Chase se levantó del lado de Kylie y se acercó a Layla, la miró y la besó en la sien.

—No importa, cariño, no te sientas mal —le dijo, sabiendo lo difícil que debía haber sido para ella. La conocía demasiado bien.

—Gracias —respondió Layla, emocionada por la comprensión de Chase.

—Gracias a ti por cuidar de Kylie —le dijo en voz baja al oído, sabiendo que había cuidado de ella en más aspectos de los que él había pensado.

Layla le sonrió, arrobada por él.

—No lo despidas —le pidió Kylie acerca de Jayden.

—De acuerdo, supongo que tendré que darle cierto espacio —convino, pensándolo mejor, ahora sabía que era parte de la familia.

—Tienes que contarle todo, Kylie —dijo Layla—. No sé qué se ha ido pensando, pero no ha sido que John es suyo y lo sabes.

Chase no quiso contestar a aquello, cuando él mismo aún estaba en shock por la noticia. Ni siquiera se sentía capacitado para opinar. Aquel tipo había resultado ser el padre de su sobrino.

El hijo de Kylie

Jayden sabía que se había ido del rancho sin terminar su jornada laboral. Volvería en un rato, era un marine entrenado para las situaciones más adversas, pero necesitaba respirar un momento y, sobre todo, hablar con Alyssa. ¿Por qué ella no le había dicho que Kylie tenía un bebé?

—¿Qué haces tan temprano en casa? —preguntó Alyssa parando la aspiradora, al ver a su hermano de pie en la entrada del salón.

—Necesito saber algo —dijo, serio.

—¿El qué?

—¿Tú sabías que Kylie tiene un hijo?

—¿Un hijo? —se extrañó Alyssa.

—Un bebé recién nacido —aclaró él.

—¡No puede ser verdad!

—Lo he sostenido en mis brazos hace solo un rato. Kylie dijo que era suyo.

—¡Santo cielo! —exclamó Alyssa caminando hacia su hermano para abrazarlo. Sabía que debía estar devastado con la noticia.

—Ha estado jugando conmigo, Aly —se lamentó.

—Eso no lo sabes, cariño —le dijo, tratando de mantenerse serena ante una noticia de tal impacto.

—Quería vengarse por lo que le hice cuando me fui.

—Me extraña de Kylie.

—Los mejores agentes son de los que nunca te esperas el golpe. —Retomó su vena militar y lo que había aprendido. Sabía que en ocasiones se usaban ancianos que no despertaban sospechas. Agentes que renegaban jubilarse y seguían en activo, siendo los más letales.

—Ella no es militar.

—Pues podría serlo. Seguro que ahora se está riendo de mí. O quizá está molesta por no haber conseguido llegar más lejos en su venganza.

—Es demasiado extraño, Jayden —dijo, separándose de él—. ¿Sabes cuándo nació el bebé?

—¡Por favor, Aly! No me he parado a preguntarle la fecha de su cumpleaños —dijo, molesto y aseguró—. Kylie ha rehecho su vida.

—¿Dónde está el padre del niño? —preguntó.

—Trabajando hasta Navidad —aseguró él, aun sin saberlo.

—Es decir, que probablemente aparezca hoy o mañana.

—¿Crees que debo saludarlo? —preguntó, siendo sarcástico—. ¿O quizá deba contarle

que hace un par de noches su esposa y yo nos besamos?

—¿Os habéis besado? —Alyssa se mostró ahora aún más sorprendida.

—Me hizo creer que tenía una oportunidad. ¡Maldita sea! —le dolía que una mujer hubiera jugado con él, y no una cualquiera, una que amaba con todo su ser.

—Estás pensando con el corazón y no con la cabeza —le dijo Alyssa, sacándolo de su ensimismamiento.

Jayden fue consciente de que su hermana tenía razón. A él no lo habían adiestrado para pensar con el corazón. Tenía que llegar al fondo de aquello y por supuesto, ahora era cuando tenía que quedarse para conocer a aquel tipo, al hombre con el que Kylie había rehecho su vida.

—Vuelvo al rancho —anunció.

—¿Vas a volver? —se extrañó Alyssa.

—Kylie se va a arrepentir de haberme engañado.

—Jayden ¿qué vas a hacer?

—Darle de su propia medicina —dijo, frío.

—Me das miedo —Alyssa se abrazó a sí misma con las manos. Su hermano le acababa de dar escalofríos.

Jayden salió del lugar y Alyssa se dijo que quizá ella también debía trabajar en el asunto. Y tenía a la persona perfecta para que le informase. Marcó un número en su teléfono que sabía de memoria.

Chase había llevado a Kylie y a Layla al hostel del lago. Su hermana se había empeñado en ir, para evitar las especulaciones de la familia, especialmente de Eva y su madre. Él no la había podido parar, pero le había pedido a Layla que no la perdiera de vista. Para cuando Chase volvió del hostel del lago, Jayden había vuelto al rancho, su camioneta estaba en el camino y le parecía extraño.

—¿Has vuelto? —preguntó Chase entrando en uno de los graneros. Jayden apilaba paquetes pequeños de forraje desde un remolque.

—Solo fui a comprar unas eslingas al pueblo, puede que, si nieva, mañana las necesitemos, antes de que cerrasen por Navidad. ¿Querías algo?

—Te iba a pedir que vinieras al hostel, en estos días se consume bastante leña, sé que te gustan los trabajos manuales.

—Claro. Cuando quieras.

—¿Va todo bien? —preguntó Chase, notando que no era así. Respetaba que tratase de seguir como si nada hubiera pasado. Ambos sabían que no era cierto.

—Todo va muy bien, gracias —respondió, casi masticando las palabras.

—Deja eso, lávate y ve a comer. Nos vemos más tarde en el lago.

—Cuando acabe este remolque —se resistió.

Había sido muy crítico con el hombre, pero en aquel momento sintió compasión de él. Aunque lo que ocurría no era asunto suyo, era algo que tenían que arreglar su hermana y él.

La fiesta de disfraces de Nochebuena

Jayden acudió al hostel del lago y había realizado el trabajo que le fue encomendado por el mayor de los Davis. Necesitaba descargar adrenalina y aquella era una buena opción. Esa noche estaría hecho polvo y caería sobre su cama como un fardo, pero lo necesitaba. Chase fue menos cortante que de costumbre y le ofreció café en un lateral de la cocina, mientras que el personal se afanaba en preparar los canapés que servirían en unas horas.

—¿Vendrás a la fiesta de esta noche? —le preguntó el mayor de los Davis.

—No lo creo.

—Layla y yo celebraremos nuestro primer aniversario —se detuvo—, bueno, más o menos, ya sabes.

—Felicidades. Os lo merecéis.

—Sí. Bueno. Me gustaría disculparme si en este año he sido un poco bastardo contigo —dijo Chase.

Jayden se mostró sorprendido por el cambio de actitud del hombre.

—Defendías lo tuyo —le dijo.

—Sí, eso es —dijo Chase y extendió su mano hacia el hombre, para sellar la disculpa—. Feliz Navidad.

Jayden aceptó la mano del mayor de los Davis y se sintió mal haciéndolo, porque no tenía intención de portarse bien con Kylie en lo venidero. Era curioso cuando las cosas sucedían en tiempos erróneos.

—Feliz Navidad —respondió este.

—Supongo que iré a ver cómo está mi disfraz —dijo Chase—. Si quieres puedes tomar más café, o robar algún canapé, pero no digas que te lo he dicho yo.

—Sí, claro —sonrió Jayden.

—Y si cambias de idea sobre la fiesta, serás bienvenido.

—Gracias —agradeció el hombre y el mayor de los Davis abandonó la estancia.

Alyssa trataba de explicarle a Theo el por qué no podían ir a la fiesta del lago, a pesar de estar invitados. El niño no comprendía la situación. Jayden tomaba un café mientras los escuchaba departir en la habitación de al lado.

—¡Tío Jayden! —El pequeño se acercó a él—. ¡Mamá ha roto su promesa! ¡Me prometió que iríamos a la fiesta!

—El tío no se encuentra bien, Theo. Tenemos que quedarnos cuidándolo —intervino su madre.

—¿No puedes tomarte algo? ¿Una aspirina? —le interpelló el niño.

No era justo que por su culpa su sobrino y su hermana se quedasen sin ir a la fiesta del hostel a la que habían sido invitados. Era la primera fiesta de Nochebuena a la que su hermana acudiría después de la muerte de John. Al igual que para Theo era la primera Navidad fuera de casa y llevaba días hablando de ello emocionado.

—Además, tenemos que irnos a dormir pronto para que venga Santa Claus —trató de convencerlo Alyssa.

—Podemos venir temprano. Solo un par de horas, por favor. Tío Jayden. —La carita del niño haciendo pucheros lo desarmó.

—Me tomaré una aspirina —dijo Jayden.

—¿Estás seguro? —preguntó su hermana, sabiendo que el problema de Jayden no se solucionaba con una simple aspirina.

—Por Theo.

—No tienes por qué hacerlo.

—Lo haré. Hace un par de días que compré el disfraz. Sería una pena no usarlo.

—¡Yuppiiii! —Theo subió corriendo las escaleras en busca de su disfraz.

—Lo siento —dijo Alyssa.

—Merecéis pasarlo bien.

—Pero tú no lo harás, no lo pasarás bien —se lamentó Alyssa.

—Estaré con vosotros, eso es suficiente para mí —sonrió a su hermana sin mucho convencimiento.

Kylie miró su disfraz, en esa ocasión había optado por ser un hada blanca. Después de los acontecimientos de ese mediodía lo último que deseaba era estar allí o disfrazarse, pero lo haría porque Ashley y Tyler contaban con ella para dirigir el hostel en su ausencia navideña y, además, prefería esa opción a contestar el interminable interrogatorio al que Eva la sometería si se negaba a hacerlo.

—¿Aún no te has vestido? —dijo su hermana pequeña, entrando en el dormitorio. Ella hacía horas que deambulaba por el hostel de un lado a otro teniéndolo todo a punto para la noche.

—Ahora lo haré —se disculpó y miró a Eva—. Estás muy guapa.

Eva sonrió y dio una vuelta sobre sí misma. En esta ocasión era Cleopatra.

—¡Gracias! Ahora solo necesito a mi Marco Antonio —dijo esta.

—¿Marco Antonio? —preguntó Kylie, confusa.

—Es un romano guapísimo con el que Cleopatra vivió una historia de amor preciosa.

—Creo que alguien ha estado viendo demasiado cine clásico últimamente —bromeó Kylie.

—Y tú deberías ver más. Te ayudaré a vestirme y peinarte —le dijo.

—Soy toda tuya.

Kylie se dejó hacer, al menos con Eva estaría distraída durante ese tiempo y evitaría echarse a llorar.

—Estás preciosa —sentenció Eva, cuando terminó de hacer el último tirabuzón al cabello de su hermana, para ponerle unas pinzas con mariposas.

—Pasar de Morticia a Hada Blanca es un triunfo —se miró en el espejo y se dijo que se gustaba y que tendría que cambiar la actitud para esa noche.

—Ahora solo te falta Peter Pan —dijo Eva.

—No soy Campanilla.

—Entonces necesitas un mago, así podéis combinar vuestros poderes. Deberías haber disfrazado a John.

—Es muy pequeño. El año que viene.

—¿Dónde está mi cosita? —dijo Maggie, entrando en el lugar para preguntar por su nieto, que dormía plácidamente en una cuna que anteriormente había sido de Felicity, la hija de Tyler y Ashley.

—Mamá, no tienes por qué quedarte con él. Yo podría hacerlo.

—Tú tienes un hostel que codirigir —le recordó.

—¡Exacto! —convino Eva—. No creas que tener un hijo te va a ayudar a escaquearte de tu trabajo.

Kylie puso los ojos en blanco y se rindió.

—Te subiré algo de comer más tarde —prometió Kylie a su madre.

Cuando llegaron al hostel del lago, Jayden se dijo que, si Kylie había pensado que podía con él, estaba muy equivocada. Ella no tenía idea de dónde había estado y qué había hecho o quién había fingido ser durante meses. Theo saltaba a su alrededor, disfrazado de Harry Potter y, su hermana era la Bella Durmiente. Él había elegido el disfraz de mago que constaba de un traje elegante, fajín rojo y pajarita del mismo tono y una chistera, además de la varita mágica.

—Me alegra que hayáis venido —dijo Gandalf, el mago.

—¡Eres Dominic! —dijo Theo, sorprendido al reconocer la voz del hombre bajo la barba.

—Shhh, no cuentes mi identidad secreta cuando me hago humano —le dijo al niño.

—¿Os conocéis? —preguntó Jayden.

—Este es un pueblo pequeño —respondió Alyssa y vio cómo su hermano frunció el ceño.

—Estás muy guapa, Alyssa —dijo el hombre Davis, haciendo que la mujer se sonrojase.

—Y tú muy mágico —respondió ella.

—¿Queréis tomar algo?

—¡Yo tengo hambre! —dijo Theo.

—Hay unos canapés con poderes en aquella mesa, pequeño Harry Potter —Dominic le señaló un lugar en la habitación que el niño vislumbró.

Theo corrió hacia el lugar y Dominic y Alyssa lo siguieron. Jayden volvió a fruncir el ceño.

—¡Has venido! —exclamó Eva llegando a su lado.

—Mi sobrino estaba emocionado con ello, es su primera fiesta de adultos.

—Intentaremos que lo pase bien.

—Estás muy guapa, Eva.

—Puedes llamarme Cleopatra en esta ocasión.

—¡Oh, vaya!

Eva hizo un mohín.

—Esperaba que fueras mi Marco Antonio.

—¿Tu qué?

—Cleopatra tuvo un romance con él.

Jayden rio con Eva, a pesar de que esa noche no se sentía festivo. Pero tenía que reconocer que la mujer le resultaba refrescante.

—Oh, ahí viene Kylie —anunció la joven.

La mirada del hombre se desvió hacia donde la de Eva y pudo ver a la dulce Kylie con un

largo traje blanco con mariposas que bajaba la escalera. El pelo le caía en ondas brillantes con más mariposas y lucía un corpiño apretado con un generoso escote. Tragó saliva. Estaba impresionante y sacudió la cabeza. Ya no era de él, ahora pertenecía a otro tipo, que en cualquier momento aparecería y ella se colgaría de su brazo. La realidad actual resultó ser tan cruda como un puñetazo en la boca del estómago.

Kylie oteó a los invitados a la fiesta. Finalmente, Alyssa y Theo habían ido, esta charlaba con Dominic mientras que de vez en cuando, reñía al niño por comer deprisa. Paseó la mirada por el resto de las caras, algunos eran trabajadores del rancho, otros eran huéspedes, vio a Layla y a Chase, en esa ocasión eran Ariel y el Príncipe y sonrió. Cleopatra estaba al lado de Jayden, que endureció el gesto al verla. Había decidido ir y se había disfrazado de mago. ¡Qué casualidad!

—Pobre Kylie —dijo Eva, al lado del exmarine.

—¿Pobre? —Jayden la miró, instándola a hablar.

—Está más triste que de costumbre —dijo la mujer—. Probablemente si no la hubiera ayudado a vestirse y peinarse me habría dado alguna excusa para no hacerlo.

—¿No ha venido el padre de su hijo?

—No —respondió Eva, mientras fruncía el ceño, extrañada de que el hombre no supiera que aquel tipo ni siquiera había querido hacerse cargo del bebé o darle su apellido.

—¡Ah, vaya! —exclamó él y se alegró de ello.

—Discúlpame un rato, voy a saludar a alguien —dijo Eva, yéndose de su lado.

Había observado a Kylie escaquearse del salón principal y entrar en una de las estancias laterales, justo donde habían discutido la última vez que ambos habían estado en el lugar. Y decidió seguirla.

—Estás muy guapa —le dijo él, cerrando la puerta a sus espaldas.

Kylie cerró los ojos. Solo buscaba paz en aquel lugar y se dijo que probablemente no la iba a encontrar.

—Gracias.

—¿No ha venido tu marido? —preguntó Jayden a bocajarro.

Kylie se giró y lo miró, con gesto serio. Pensaba que ella estaba casada. Efectivamente, como había supuesto Layla, Jayden no se había dado cuenta de que el bebé era suyo. Pensaba que era de otro hombre.

—No —respondió—. No estoy casada.

—¿El padre del niño? —preguntó de nuevo Jayden.

—No hay padre —dijo Kylie.

—¡Vaya! Parece que hay cosas que no cambian —dijo Jayden, soltando bilis sobre ella—. Suele pasar cuando te acuestas con el primer tío que se te cruza por delante. Como hiciste conmigo, hace justo un año.

Los ojos de Kylie brillaron de indignación, pero no habló. Quería esperar y ver todo lo que él estaba dispuesto a decirle. Supo que estaba dolido y que el enterarse de que ella tenía un hijo lo había removido.

—¡Dios, Kylie! Casi me lo creo —volvió a hablar, después de pasarse la mano por el pelo—. Eres muy buena, te felicito. Todo aquello que me dijiste aquí mismo ¿Lo recuerdas? Que te había dejado sola, que habías pasado un mal año. ¿Qué buscabas con eso, Kylie? Si la realidad es que no tardaste ni dos minutos en follarte a otro tío cuando yo me fui. ¿Qué número de muesca tengo en tu cama? No, no, eso no debe ser importante. Hay una pregunta mejor ¿Acaso

sabes qué número le pertenece al padre de tu hijo? Yo que tú me haría algún análisis de...

La frase fue interrumpida por una fuerte bofetada que ella le dio en la mejilla. Lo había pillado desprevenido y se había dejado golpear. La segunda sí la había detenido agarrándole la muñeca. Kylie forcejeaba por soltarse del agarre del hombre, pero él era físicamente más fuerte que ella.

—¡Suéltame! ¡Maldita sea! —le gritó la mujer.

—No, cariño, ya he recibido una, no habrá una segunda.

—¿Estás seguro de eso? —le dijo, antes de propinarle un rodillazo en la entrepierna que lo hizo doblarse a solo un segundo de que ambos cayeran y rodasen por el suelo.

—¡Suéltame! —le volvió a gritar, notando aún el agarre del hombre en su muñeca.

—¿Qué demonios es esto? —dijo, notando algo bajo su mano.

Kylie se dijo que era estúpida por seguir llevando aquella pieza, incluso en una noche como esa. Ahora él lo sabría y estaría en clara desventaja.

Jayden la liberó de su agarre y tiró de la manga del vestido de Kylie hacia atrás. Era la pulsera que le había regalado en fin de año. ¡La seguía llevando! La miró a los ojos y en ellos pudo vislumbrar la vergüenza y la rabia de verse descubierta por él. Se sintió una bestia al haber actuado de aquella forma. Su cuerpo estaba sobre el de ella, reteniéndola. Era una técnica que Jayden había aprendido en los marines y había sido un acto reflejo defensivo, pero estaba mal, muy mal que la hubiera usado con ella. ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo podía haberse defendido de alguien como Kylie? Se levantó del suelo y le dio la mano para ayudarla, una mano que quedó suspendida en el aire. Ella se puso de pie por sus propios medios, a pesar de serle complicado con el vestido de hada blanca que llevaba, dándole a entender que no lo necesitaba. Como no lo había hecho en el último año de su vida y como no lo haría en adelante.

—¿La sigues llevando? Le preguntó el hombre.

—El cierre está estropeado. No abre, y no he tenido tiempo de ir a algún lugar a que me la...

—¡Mientes! —exclamó él, interrumpiéndola, notando la vacilación en su voz y en cómo desviaba la mirada hacia el lado derecho.

—¡Vete de aquí, Jayden! —dijo por respuesta.

—Yo... —Jayden vaciló—. Lo siento.

—Vete, por favor —repitió Kylie.

Jayden se sintió avergonzado por lo que acababa de ocurrir entre ellos, por todas y cada una de las palabras que le había dicho y por haberla inmovilizado bajo su cuerpo en el suelo. El dolor que habitaba en su interior había actuado por él y ni siquiera el entrenamiento militar de años había logrado que mantuviera la cabeza fría. Kylie seguía llevando su pulsera y aquello lo había sorprendido.

Navidad

—¿Qué pasó anoche, Jay? —era su hermana y la mañana del día de Navidad. Alyssa acababa de aparecer en la cocina, mientras que él llevaba horas sentado tomando café. Le dolía la cabeza y aquel era el menor de sus problemas. Se había portado como un cerdo con Kylie la noche anterior.

—Tenía migraña y regresé a casa. Lo siento.

También había dejados tirados en el hostel a su hermana y a su sobrino. Después de discutir con Kylie salió huyendo de la escena lo más rápido que había podido.

—No te preocupes, nos trajo Dominic. ¿Qué ha pasado, Jay?

—Le dije cosas horribles a Kylie anoche —se lamentó.

—¿Por lo del bebé? —imaginó.

—Sí.

—Tú te fuiste, Jayden. Ella tenía derecho a rehacer su vida —dijo, conciliadora, a pesar de que a ella también le dolía el hecho de que Kylie no se lo hubiera contado.

—Lo sé, maldita sea.

—Pero no le salió bien. Dominic me lo ha contado.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Lo de rehacer su vida. Kylie está sola. El padre del niño no se ha querido hacer cargo de él en cuanto supo lo del embarazo. Además, parece ser que tuvo un parto complicado, y el pequeño nació prematuro.

—¡Joder! —Se sintió aún más bastardo de lo que ya se sentía. Había herido a Kylie la noche anterior sin saber su historia, sin pararse a hablar con ella y preguntársela, sin escucharla y comprenderla. Ahora sabía que ella se lo había querido contar aquel día en el rancho y habían quedado para hacerlo en otro momento. Y él no le había dado una oportunidad. Se había obcecado al saber que Kylie tenía un hijo. Se sintió herido al pensar en ella retozando con otro hombre.

—¡Ha venido Santa Claus! —el grito de Theo le hizo saber que a pesar de cómo se sentía, tenía que cambiar su rictus y mostrar felicidad e ilusión durante las siguientes horas.

Kylie miró el paquete que había guardado para Jayden. En un momento de debilidad había pensado en regalarle por Navidad los guantes que él había buscado aquel día en el mercadillo. Sabía perfectamente de dónde eran y no le fue difícil hablar con quien los fabricaba. Pensó que sería una especie de ofrenda de paz. Pero aquello ya no iba a pasar. El enfrentamiento de la noche anterior fue cruento, él le dijo muchas cosas injustas, y lo que era peor, sabía que todas y

cada una de ellas se debían a no haberle contado la verdad a tiempo. ¿Qué demonios había esperado? ¿Y por qué seguía sin hacerlo? ¿Por qué no se lo dijo en el momento en el que le habló de si sabía quién era el padre de su hijo? ¡Claro que lo sabía! Pero estaba molesta, enfadada, furiosa... Sí. Pero nada de todo eso era una excusa para seguir ocultándole la verdad.

—Kylie —Layla tocó a la puerta de la habitación—. Ya estamos todos, esperándote para abrir los regalos.

—Sí, ahora voy.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupada.

—Debo estarlo —suspiró, diciéndose que no le iba a aguar la Navidad a su familia.

—¿Es por Jayden? —preguntó su amiga. Sabía que habían hablado a solas y que luego el hombre se había marchado muy turbado. La propia Kylie trató de esconderse de todos, durante la mayor parte de la noche.

—Tuvimos otro enfrentamiento anoche.

—No lo sabía, cariño. Lo siento.

—Está furioso. Jamás lo había visto así. Cree que he jugado con él estas últimas semanas.

—Lo siento, Kylie —Layla la cogió de la mano para consolarla.

—Seguro que lo que más le molesta, como buen cromañón que ha terminado siendo, es que me haya acostado con otro hombre.

—Pero eso no es verdad.

—Tengo un hijo, ¿recuerdas?

—¡Dios, Kylie! Tienes que parar esto. Os estáis haciendo daño, y cada vez más. Y sabes que estáis condenados a entenderos en algún momento.

—¡Layla! ¡Kylie! —la voz de Eva las llamó desde la escalera. La familia las reclamaba.

Fin de año

Los días habían pasado rápido para todos. Una tensa calma se había instalado entre Kylie y Jayden, a pesar de que se veían a diario en el rancho. Bien era cierto que ella trataba de que su mirada no se cruzase con la del exmarine ahora convertido en cowboy. Seguía teniendo pendiente contarle lo de John, pero había decidido esperar a que las cosas se enfriasen un poco después de lo sucedido en Nochebuena y a que pasaran las fiestas, al menos para tratar de no meter a la familia en medio de todos sus problemas, era lo mínimo que podía hacer por ellos.

—Kylie está resultando un poco dura, ¿no? —le preguntó Chase Davis, al ver pasar a su hermana a caballo cerca de donde ellos reparaban un vallado que habían roto unas vacas la noche anterior.

—¿Perdón? —preguntó Jayden.

—La acabas de mirar. Siempre que está cerca lo haces.

—Mucho me temo que lo nuestro ya es historia.

—Si fuera historia no seguirías aquí, arreglando alambradas conmigo.

Jayden se dijo que Chase era muy perspicaz.

—Pagáis bien y el ambiente es bueno. Me gusta estar ocupado.

—¡A otro perro con ese hueso, muchacho! —exclamó Chase. Era una frase que había copiado de Zach.

—Me porté como un cerdo con ella en Nochebuena —le confesó.

—Yo lo hice el año pasado en fin de año con Layla. ¿Y sabes qué? Hay una cosa que se llama disculparse. Y por loco que te parezca, funciona.

—Seguro que Layla estaba más receptiva que tu hermana ahora mismo.

—No lo creas. Me pegó una buena patada en las pelotas el primer día que fui a verla. Aunque fue porque la asusté y no sabía quién era.

—Creo que tenemos algo en común entonces. Solo que Kylie sí sabía a quién se la daba. Todavía me duele al mear.

Chase rio.

—Mi hermana siempre ha sido una mujer dura que sabe cómo defender su postura. No obstante, discúlpate con ella. Todas las veces que sea necesario.

—Pensaba que querías perderme de vista —le dijo, extrañado con aquel cambio de actitud de Chase para con él, desde una semana atrás.

—Odio reconocer esto, pero hace mucho que no veo bien a Kylie. Y la última vez que eso pasó estaba contigo.

Jayden meditó lo que le acababa de decir el mayor de los Davis y siguió tensando el alambre, para que él disparase los clavos sobre el poste de madera.

Kylie había salido a revisar si la alambrada oeste del rancho había sufrido algún percance durante la noche. Últimamente no había descanso con aquel asunto y era rara la semana que no perdían algunas reses. Con el trabajo que conllevaba a continuación el buscarlas. Puede que tuvieran que invertir en un cercado nuevo al año siguiente, pero era una gran inversión y muchos acres a cubrir. De momento, tenía algo más urgente de lo que ocuparse. Su madre la había llamado, John había despertado con fiebre.

—¡Kylie! —la llamó más tarde Jayden. La mujer acababa de desmontar del caballo y lo introducía en la cuadra. Le habló, mientras que la mujer lo despojaba de las riendas.

—¿Necesitas algo? —le dijo, con una breve mirada que destilaba fuego.

—Siento lo que pasó en Nochebuena.

—¿Lo que pasó? —preguntó, molesta, girando la cabeza hacia un lado para mirarlo, como un gato prestando atención.

—Lo que te dije.

—Ajá —Kylie estaba enfadada.

—Fue muy injusto por mi parte.

—¿Sí?

—Estuve muy fuera de lugar. Me comporté como un bastardo.

—Tienes razón en eso.

—Espero que puedas perdonarme.

—De acuerdo. Tengo prisa —le dijo, colocando las riendas en el soporte de la pared antes de dirigirse hacia la puerta de las caballerizas.

—¿Eso es todo? —le preguntó Jayden, decepcionado con la respuesta de la mujer.

—Mira, Jayden —suspiró—. Mi hijo tiene fiebre. Tu limpieza de conciencia va a tener que esperar un poco más.

—Lo siento —se disculpó por haber resultado tan inoportuno—. ¿Quieres que... os lleve al médico?

—Puedo hacerlo yo sola, gracias.

Kylie salió disparada hacia la casa. Jayden se dio cuenta de que no solo estaba molesta, sino preocupada por su hijo y de repente, él también lo estaba.

—No es nada, Kylie, es una pequeña infección de oídos, este pequeño estará bien en un par de días. Trata de que no le entre agua en ellos al bañarlo y si llora mucho y le duele, ponle pañitos calientes secos. Los puedes hacer calentándolos con la plancha —le dijo el médico antes de salir fuera de la consulta para abrirle la puerta—. Además del tratamiento que te he dado, claro.

Kylie sonrió al doctor, le gustaba usar métodos tradicionales a la vez que la medicina química. Algo que seguía pasando en pueblos pequeños como Ennis. Le había dado un vuelco el corazón pensando en la enfermedad de John y ahora podía respirar un poco más tranquila.

—¡Kylie! —la llamó Alyssa. La mujer se encontraba con Theo en la sala de espera de la consulta.

—Alyssa —dijo su nombre y la saludó con una sonrisa.

Alyssa y Theo se acercaron hasta Kylie y el pequeño. Lo había puesto sobre una mesa

baja, para abrigarlo antes de salir a la calle.

—¿Estás enfermo, pequeño? —preguntó Alyssa acercándose al niño. Era la primera vez que lo veía y algo la sorprendió sobremanera. El corazón le latió con fuerza en el pecho y tuvo una corazonada.

—Es solo una infección de oídos, afortunadamente. Te aseguro que estaba cardíaca —le informó Kylie.

—Suele pasar las primeras veces. Estate tranquila y si necesitas ayuda con él, no tienes más que pedírmela. Ya ves que algo de experiencia tengo —señaló a su hijo, tratando de mostrar tranquilidad.

—¿Está enfermo? —se preocupó Kylie, mientras le ponía una manta sobre el cuerpo al bebé.

—No, es solo la revisión de su edad.

—Me alegra que sólo sea eso.

—¿Cómo se llama tu bebé? —preguntó Theo.

—John —respondió Kylie, tratando de sonar tranquila.

—¿John? —Alyssa miró a Kylie y sintió que su corazonada iba tomando cada vez más forma.

—Uno de mis abuelos se llamaba así —dijo Kylie, esbozando una sonrisa tensa.

—¿Ya tiene un año? —preguntó Theo.

—No, cariño, es pequeñito —respondió Alyssa.

—¿Cómo de pequeñito? Insistió Theo.

—Tiene tres meses —dijo Kylie—. Pero fue prematuro, nació con solo seis meses y algo de embarazo.

—¡Oh, vaya! Eso tuvo que ser duro —dijo Alyssa, más por seguirle la corriente que por convencimiento de que fuera cierto lo que la otra mujer le estaba contando.

—Sí, lo fue. Pasó un tiempo en el hospital. Pero ya casi está al nivel de un bebé de su edad. Ha sido muy fuerte y se está poniendo muy rápido al día.

—¿Eso qué es, mami? —preguntó Theo.

—Luego te lo explico, cariño.

—Adiós, bebé —dijo el niño y volvió a su asiento, donde tenía algunos juguetes.

—¿Por qué no me dijiste que tenías un bebé? —preguntó Alyssa suavemente.

—Pensé que me juzgarías —volvió a mentir Kylie.

—Tenías derecho a rehacer tu vida —dijo Alyssa y Kylie sonrió.

El bebé emitió un quejido y Kylie miró el reloj. Era la hora de su biberón. Saldría de allí y le daría de comer en alguna cafetería del pueblo. Le daba miedo que Alyssa o Theo hicieran más preguntas acerca del niño y que se dieran cuenta de su mentira.

—Creo que es hora de volver a casa —anunció Kylie.

—Cuídate, Kylie.

—Tú también, Alyssa.

—Y la próxima vez que vengas a verme, más te vale que traigas a ese pequeño contigo. Adoro los bebés.

Kylie sonrió. Nunca pensó que Alyssa tomase la situación con tanta naturalidad. Salió a la calle y caminó con el moisés hacia una hamburguesería cercana, para tomar un café, mientras le daba de comer al pequeño. La puerta se le resistió. Era difícil llevar un moisés, un bolso de bebé y además abrir una puerta. Una mano de algún buen samaritano apareció tras ella y empujó la puerta para permitirle pasar.

—Gracias. Esto es complicado —le dijo.

—Es un placer —respondió él.

La voz era la de Jayden y se giró para verlo. ¡Era él! ¿Acaso la había seguido?

—¿Qué demonios haces aquí? —le preguntó.

—He venido a tomar un café —respondió—. Deja que te ayude.

El hombre tomó el moisés del niño y lo llevó hasta una mesa del fondo, la más amplia, que contaba con bancos de madera. Miró a Kylie, buscando su aprobación acerca del lugar escogido, esta asintió con la cabeza y se acercó. Jayden colocó la cesta con el niño encima de la mesa.

—¿Qué quieres tomar? —le preguntó.

—Cappuccino descafeinado, por favor —respondió ella.

Jayden asintió y se dirigió a la barra a hacer el pedido para volver a continuación. Kylie tenía el biberón del bebé en la mano e hizo amago de levantarse para cuando Jayden había vuelto.

—¿Quieres que se lo calienten? —le preguntó.

—Sí, por favor.

—Déjame a mí —dijo, extendiendo la mano para recibir el biberón que Kylie le dio sin rechistar. Y volvió de nuevo a la barra.

¿Qué bicho le había picado a Jayden?

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Kylie cuando el hombre volvió a la mesa y tomó asiento. Ella comenzó a desabrigar al bebé, el ambiente dentro del local era cálido. Le quitaría las mantitas y cuando llegase el biberón lo cargaría en brazos para darle de comer.

—Ser útil —respondió.

—¿Me has seguido?

—Puede.

—¿Tu conciencia no podía esperar a que volviera de llevar a mi hijo al médico?

—Estaba preocupado.

—¿En serio? —preguntó, escéptica.

—Tú estabas preocupada.

—Por mi hijo.

—Me preocupa todo lo que a ti lo haga.

Kylie entrecerró los ojos y lo miró.

—¡Kylie! —exclamó la camarera, saludándola desde la barra, con la bandeja entre sus manos.

—¡Oh, mierda! —masculló Kylie entre dientes con una sonrisa, antes de que esta pudiera oírla.

—¡Kylie! ¡Cuánto tiempo hace que no te veía! —le dijo, dejando el pedido sobre la mesa.

—Yo también a ti, Stacy.

—¡No me digas que este bebé es tuyo!

—Lo es.

—¡Es una monada! Entonces el biberón debe ser de este pequeño cliente —dijo, volviendo hacia la barra por él.

—¿Qué pasa? —preguntó Jayden.

—Es una de las personas más cotillas que conozco. No sabía que trabajaba aquí —le dijo en voz baja.

—¡Y un biberón para mi cliente más joven del día! —exclamó, dándoselo a Kylie.

—Gracias.

—No sabía que te habías casado y menos que fuera con un hombre tan sumamente guapo —dijo mirando hacia Jayden, con una sonrisa insinuante.

—Aún no, pero danos tiempo —respondió Jayden con otra sonrisa encantadora, cuando vio que Kylie iba a abrir la boca para responder.

—¡Ohhh! ¡Es tan bonito! ¡Y tenéis un bebé adorable!

—Gracias —se adelantó de nuevo a responder el ahora cowboy.

—¡Te envidio, Kylie! —la camarera unió las manos e hizo la imagen de un corazón saliéndole del pecho antes de volver a la barra.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Kylie.

—Acabas de decir que es la cotilla mayor del pueblo.

—Y ahora pensará que estamos juntos y que eres el padre del bebé —se quejó, aunque sabía que lo segundo era cierto.

—¿Crees que vendrá otro tío a decirle que es el padre del niño? —le preguntó.

—No —bajó la cabeza—. Pero yo sí sé quién es.

—No lo he dudado —dijo Jayden y sonó a disculpa.

—En Nochebuena no estabas tan seguro de ello.

—En Nochebuena dije una sarta de estupideces que no sentía. Y te vuelvo a pedir perdón por ello.

—De acuerdo.

Kylie se dijo que lo dejaría estar, le daría de comer al bebé. No era el lugar adecuado para discutir sobre el tema. Comprobó la temperatura de la leche en la cara interna de su muñeca.

—¿Puedo dárselo yo? —preguntó Jayden y Kylie quedó poco menos que estupefacta.

—¿Por qué querrías hacerlo?

—Porque tu amiga Stacy nos sigue mirando —dijo él.

—¿Sabes hacerlo?

—Tengo un sobrino.

—No le vas a hacer daño a mi hijo, ¿verdad?

—¿Quién crees que soy? —Jayden se mostró molesto y frunció el ceño.

—No lo sé, eso mismo me pregunté mientras estaba en el suelo debajo de ti en Nochebuena.

—Me diste una patada en las pelotas, Kylie. Nos caímos.

—Y me inmovilizaste con una llave.

—Lo siento. No debí hacerlo.

—¿Te sigue doliendo? —le preguntó acerca de la patada que le había propinado.

—Sí.

—Me alegro —dijo, sintiéndose satisfecha.

Kylie se levantó del asiento, cogió al pequeño John y se lo colocó en los brazos a Jayden, que comenzó a darle el biberón.

Stacy los seguía mirando y volvió a hacer el gesto del corazón con los dedos. Al menos de momento, no iba a formar parte de los chismes maliciosos por su vida depravada de madre soltera y sola. Gracias a Jayden.

Se centró ahora en la visión de Jayden dándole de comer al niño y se dijo que era una imagen muy tierna. Podría decirle en aquel momento que John era suyo, y probablemente no habría uno mejor para hacerlo.

—Unas galletas, cortesía de la casa para una familia tan bonita —dijo Stacy, dejándoles

un plato con unas apetecibles galletas de chocolate.

—Gracias, Stacy —respondió Kylie.

Kylie se dio cuenta que Stacy no entraba en la ecuación del momento propicio de hablar con Jayden del niño. No sabía cuál sería su reacción y tampoco quería ser la comidilla de todo el condado.

—¿Cómo se llama? —preguntó Jayden.

—Como uno de mis abuelos, John.

—¡Oh! —sonrió el hombre—. Lo estás haciendo muy bien, John.

Para Jayden el nombre de John era especial y por eso Kylie, lo había elegido para él. En realidad, John era el segundo nombre de uno de sus abuelos, pero no el principal. Sin embargo, el hecho le confería la excusa perfecta para usarlo.

—¿Por qué haces esto, Jayden? —le preguntó Kylie.

—Para tu amiga Stacy —respondió él.

—No es verdad.

—Nos sigue mirando.

—Olvídate de ella, ¿vale? —le dijo Kylie. Ella podía ser rubia, pero no estúpida.

—Porque la cagué contigo en Nochebuena. Pensé que estabas con otro tío y que solo habías querido vengarte de mí y el saberlo me volvió loco —quiso ser sincero.

—¿Es tu forma de disculparte?

—En parte.

—¿En parte? —preguntó, confusa Kylie.

—¿Otro café, chicos? —los interrumpió la camarera.

—No, gracias —Kylie sonrió, pero lo que realmente habría deseado era apretarle el cuello. Era la primera conversación civilizada que Jayden y ella tenían en días y no había hecho más que interrumpirlos.

—Tenemos que llevarnos ya al pequeño a casa, para su siesta —dijo Jayden, tomando la iniciativa, colocando al niño en el moisés—. Pero gracias por tu amabilidad.

Kylie sonrió y colocó la ropa de abrigo sobre el pequeño. Vio a Jayden dejar un billete de cincuenta pavos sobre la mesa y subió una ceja, él le sonrió restándole importancia al hecho. De repente, el hombre parecía estar de buen humor. Cogió el asa del moisés y ella se ocupó del bolso con las cosas.

—¡Le has dado cincuenta pavos! ¿Cuántas horas necesitas trabajar para ganar eso? —le dijo ella, ya fuera del local.

—No importa, Kylie. Es Navidad —Jayden sonrió, se alegraba de haberla seguido hasta el centro médico del condado de Madison.

Verdades

Kylie se sentía satisfecha, era el último día del año y al menos había podido limar asperezas con Jayden. Habían logrado hablar como dos seres civilizados, sin insultarse ni gritarse, claro que no habría sido muy inteligente hacerlo delante de Stacy. Al menos, ahora la opresión que había sentido en el pecho desde Nochebuena había disminuido. Ahora solo pedía poder comenzar el nuevo año en paz y que su hijo sanase lo antes posible de su infección de oídos. Al final de la tarde, tendría que irse de nuevo al hostel del lago para el cóctel de fin de año, pero aprovechaba un momento de relax para mirar las cuentas del rancho. Había abandonado sus quehaceres durante demasiado tiempo.

—¡Adelante! —dijo ella, desde dentro del despacho cuando tocaron a la puerta.

—Lo siento —era Jayden quien apareció al otro lado—. Estaba buscando a Chase o a Dominic.

—No están aquí, lo siento —le informó.

—¿Cómo sigue John? —le preguntó por el bebé.

—Mejor, gracias. Está dormido —le enseñó la pantalla del vigila bebés.

—Me alegro —sonrió el hombre y le echó un ojo a la imagen.

—Tengo algo para ti. Dame un momento.

—¿Para mí?

Kylie salió del despacho y él decidió esperarla en la sala de estar, donde quizá alguno de los hermanos Davis aparecería.

Solo un par de minutos más tarde, la joven bajó la escalera con algo en la mano. Le tendió el paquete que portaba.

—Feliz Navidad.

—¿Un regalo? —preguntó, sorprendido.

Jayden sonrió y rasgó el papel. Eran unos guantes de trabajo de piel en los que había dos iniciales grabadas, JK.

—Jayden Keller —le dijo, explicando el grabado—. Pensé que te serían útiles para el trabajo. Creo que son los que estabas buscando aquel día en el mercadillo.

—Te los pagaré —le dijo. Era un detalle por su parte, después de todo lo que había pasado con ellos.

—No lo harás. Es un regalo de Navidad. Tu trabajo en el rancho es impecable. Apreciamos a los buenos trabajadores.

—Yo no tengo nada para ti —le dijo, sintiéndose en desventaja.

—Hoy en el pueblo has hecho mucho por mí y por John. Ese ha sido mi regalo.

—El mío ha sido estar con vosotros y que hayamos hablado.

—Hay algo más de lo que tenemos que hablar, Jayden.

Kylie se giró y paseó, algo nerviosa.

—¿Qué pasa, Kylie? —Notó su desasosiego.

—Es sobre John —comenzó a decir y lo miró a los ojos—. Sobre su padre.

—¿Te ha llamado?

—No.

—¿Qué pasa con él?

—Tienes que saber quién es.

—No necesito que me digas quién es, Kylie. Olvida todo lo que te dije aquella noche.

—Jayden, no es eso. Es que...

—Mira Kylie —la detuvo—, no me importa quien sea, de verdad. Solo necesitas saberlo tú. Yo no necesito un nombre de un tío al que sé que voy a odiar por haberte hecho eso o, aún peor, puede que, teniendo su nombre, vaya a buscarlo y le acabe dando una paliza.

—Jayden —se quejó ella.

—Shhh, Kylie, no —La volvió a detener—. Por favor, olvida todo lo que te dije en Nochebuena.

—Jayden —se quejó de nuevo.

—No, Kay. No importa, de verdad —se acercó a ella y subió la mano para acariciarle el rostro—. Te he echado de menos. Y ahora estás aquí. Eso es lo único que me importa en este momento.

Los azules ojos de Jayden se posaron sobre el verde de los de Kylie. La amaba de una forma insana y ella ni siquiera lo sabía.

—¿Qué quieres realmente, Jayden? —le preguntó, subyugada por su cercanía.

—Seguir donde lo dejamos.

—No somos los mismos de hace un año. Han pasado muchas cosas —le dijo, mirándolo a los labios.

Su cabeza decía una cosa, pero su corazón le decía todo lo contrario. Necesitaba a Jayden, pero nada era sencillo.

—Te amo, Kylie —le confesó y ella abrió los ojos, sorprendida.

—¡Jayden! —suspiró, cerca de los labios del hombre.

—Y voy a besarte, Kylie —le advirtió.

Kylie sonrió, recordando que aquella era una seña de identidad del ahora cowboy. Le daba espacio y tiempo para rechazarlo, pero no lo haría, porque deseaba sentirlo, enfermizamente.

Los labios de Kylie se adelantaron y chocaron con los de Jayden, que la tomó en su boca mientras que ella se aferraba a las solapas de su cazadora, temiendo caerse y evitando que el hombre escapase, las piernas le fallaban. El hombre pasó sus manos por la cintura de la mujer y la atrajo hacia sí. La deseaba tanto que le dolía.

—¡Santo cielo, Ky! —le habló con la respiración entrecortada y le tomó la cara entre las manos, manteniéndola cerca de él—. Te he echado tanto de menos, cariño.

Kylie se sintió a punto de derretirse, no importaba que fuera estuviese nevando. Se abrazó al hombre y por primera vez en mucho tiempo, se sintió segura entre sus brazos.

—Todo ha cambiado —dijo ella, dándole a entender que la situación no era tan sencilla como lo era para ambos hacía un año.

—Mis sentimientos no —le confesó él—. Déjame demostrártelo.

—Está John.

Jayden meditó su respuesta.

—Necesita un padre. Déjame serlo para él. Lo haré, le daré mi apellido —le ofreció desde el fondo de su corazón y habló en serio. Era el hijo de Kylie y solo por eso lo quería como si fuera suyo propio.

Kylie no pensó que algo la impactara de la forma en la que lo hicieron las palabras de Jayden. Abrió la boca para contestar, pero las palabras quedaron atrapadas en su garganta.

—Ven conmigo —acertó a decir, tomándolo de la mano para tirar de él.

Jayden se dejó guiar por la mujer. La siguió hasta el piso de arriba. Kylie abrió una puerta y vio la cuna de John, donde el niño dormía plácidamente. Era la habitación de Kylie y del bebé. Una estancia amplia y con mucha luz, que entraba por un amplio ventanal. La gran cama estaba a la izquierda y un poco más allá, la puerta de lo que suponía que era el baño. Al fondo, un armario y en uno de los laterales, un escritorio y dos sillones orejeros.

El hombre se acercó a la cuna del bebé y lo miró con una sonrisa. A Kylie se le derritió el corazón, había aceptado ser su padre sin saber que ya lo era, que su sangre también corría por las venas del pequeño. Todo lo que había sucedido entre ellos hacía casi un año había sido doloroso, lo de las últimas semanas no lo había sido menos, pero era momento de perdonar, de comenzar y de ser sinceros.

—Es tu hijo, Jayden —le dijo ella.

—Lo voy a querer como si fuera de los dos, te lo prometo, Ky.

—No me has entendido —le dijo y sonrió, nerviosa por el paso que estaba dando.

—¿Qué quieres decir?

—Que es tuyo y mío, Jayden. Cuando te marchaste yo ya estaba embarazada, pero aún no lo sabía. Tu sangre y la mía corre por sus venas.

A Jayden se le cortó la respiración y el corazón le bombeó con fuerza. No podía creer lo que estaba escuchando de los labios de Kylie.

—Pero... —el ahora cowboy tragó saliva sintiendo que le faltaban las palabras—, no es posible. Yo. Tú y yo... nos protegíamos.

—No siempre —le recordó.

La verdad cayó como un rayo sobre Jayden, la Nochebuena en casa de su hermana, la primera vez que pasaron la noche juntos. Hablaron brevemente de ello al día siguiente, pero lo había olvidado por completo hasta ese instante. Se dijeron que ambos estaban sanos y no le dieron más importancia al asunto.

—Nochebuena —dijo él.

—Nochebuena —afirmó ella y sonrió al ver que él lo recordaba—. John nació el veinticinco de septiembre. Exactamente nueve meses después de Navidad.

—¿No era prematuro? Mi hermana me dijo que Dominic se lo había comentado.

—No, eso lo dije para... No sé —cogió aire y lo soltó—. Estaba enfadada, no sabía dónde estabas o cuándo volverías, ni tenía forma de contactar contigo. Quizá ni siquiera ibas a volver, también llegué a pensar que solo te habías divertido conmigo. Me fui de aquí en cuanto supe que estaba embarazada y me inventé un embarazo de otro hombre que salió corriendo, luego se me ocurrió decir que había sido un parto prematuro, para que no pudieran hacer cuentas. No volví a casa hasta el día en que nos vimos, hace unas semanas.

—¿Has pasado sola por todo eso? —Jayden se acercó a Kylie. Él había estado al otro lado del mundo en esos meses, mientras que ella había afrontado otra misión no menos dura, estando sola.

—Layla ha estado conmigo, fue la que cogió mi mano cuando di a luz en Helena. La que cortó el cordón de nuestro bebé y me ayudó durante los primeros días —Kylie no pudo evitar emocionarse pensando en aquellos momentos y las lágrimas bajaron por su rostro en silencio.

Jayden subió las manos y le limpió la humedad de las mejillas con los dedos pulgares, a la vez que le acariciaba el rostro. Sintió que había sido totalmente injusto con Kylie durante las últimas semanas, especialmente en la discusión que mantuvieron en Nochebuena.

—Nuestro bebé. Qué bien suena eso —le dijo.

—Sí —ella sonrió.

—¿Podrás perdonarme algún día, Kylie?

—Lo hice hoy mientras te veía darle el biberón a tu hijo y cuando me dijiste que querías ser su padre, sin saber que tu sangre también corría por sus venas.

—No te merezco, de verdad que no —dijo Jayden, acariciándole el rostro con el dorso de los dedos—. Te amo, Kylie Davis. Y voy a besarte.

Kylie sonrió y sus ojos verdes destellearon. Por primera vez en mucho tiempo, volvía a ser feliz. Tomó al hombre de las solapas y lo impulsó hacia ella para unir sus labios. Lo amaba con toda su alma.

Un regalo de Fin de Año

Al final de la noche...

Jayden tiró de Kylie hasta el dormitorio que esta tenía en el hostel del lago, en la noche de fin de año siempre dormían allí después de la fiesta, al igual que en Nochebuena.

—Falta muy poco para medianoche —se quejó Kylie entrando en el lugar. Se acercó a la cuna de John, que dormía plácidamente. Jayden también miró a ambos con amor.

—Lo sé, pero quería estar a solas contigo un momento, cerca de nuestro hijo —le dijo, acercándose a ella antes de unir sus labios. Jayden bajó las manos por los brazos de la mujer y rozó la pulsera que le había regalado justo hacía un año.

—El cierre funciona bien —le dijo ella.

—Lo sabía —Jayden sonrió—. Ven aquí.

Jayden se quitó la chaqueta, la dejó sobre la cama, se sentó en uno de los sillones del lugar y tiró de ella, sentándola en sus rodillas. Kylie se recostó sobre su pecho y respiró hondo.

—Un año después, mismo lugar —suspiró la mujer.

—Doy gracias por ello.

—Dime que no volverás a irte.

—No lo haré. Cuando acepté la misión mi condición fue esa. Nada más aterrizar, firmé mi salida de los marines. Estoy oficialmente retirado.

—¿En serio? —Kylie se sorprendió con la noticia. No sabía si el trabajo en el rancho era solo algo temporal, ahora se daba cuenta que no.

—No pienso separarme nunca más de vosotros.

—Me hace muy feliz —sonrió ella.

Kylie le acarició el rostro, amaba a aquel hombre.

—¿Sabes? el día que me encomendaron la misión, compré algo para ti en Great Falls.

—¿En serio?

—Fui hasta allí pensando que iba a firmar mi salida. Pensé que mi vida iba a cambiar y yo también quería que cambiase. Vi algo en un escaparate y no pude resistirme, supe que era perfecto para ti.

—¿Qué era? —preguntó ella, pensando en alguna caja de bombones o flores. Algo perecedero que ya no existiría.

—Aún lo tengo. Permíteme, cariño —dijo para incorporarse y levantarse. Había dejado la chaqueta sobre la cama al sentarse en el sillón.

Kylie se levantó y le echó un ojo a John, que seguía dormido. Era un bebé encantador. Cuando volvió a mirar hacia Jayden lo vio con un pequeño estuche abierto. Él le sonrió ante su

desconcierto y ella observó el interior del mismo, era un anillo de diamantes con aguamarinas, muy similar a la pulsera. Y acababa de ponerla nerviosa. ¿Qué significaba aquello?

Jayden puso una rodilla en el suelo y la miró.

—Jayden ¿Qué... estás... haciendo?

—Lo que quise hacer aquel día, hace casi un año. Quiero que te cases conmigo, Kylie. Sé que entonces era precipitado, y que probablemente lo sigue siendo, pero jamás he estado tan seguro de algo como de lo que siento por ti.

Kylie no había esperado tal escenario ni en sus mejores sueños. Se llevó las manos a la boca y los ojos se le humedecieron.

—¡Oh Dios, Jay! —exclamó, nerviosa.

—¿Te casarás conmigo, Kylie Davis? —preguntó el hombre.

—Sí —afirmó con la cabeza, dándole más énfasis—. Me casaré contigo.

Jayden se levantó, tomó el anillo y se lo colocó en el dedo.

—Te amo, Kylie.

—Te amo, Jayden —respondió ella.

La promesa de amor fue sellada con un tierno y largo beso. Eran el uno del otro y, de los dos, la prueba más real de su amor, dormía a tan solo un metro de ellos y era su pequeño hijo, John. Quien, por suerte, no recordaría lo que habían sufrido sus progenitores durante aquellos, sus primeros meses en el mundo.

Títulos de la autora:

Los Ojos de Jamie
Amor en Wyoming
Amor en Tennessee

Serie Rancho Atkins:

Un Vaquero Leal
Un Vaquero de Ojos Verdes
Un Vaquero Atormentado

Serie Colorado:

Amor en Colorado
Besos en Colorado

Serie Navidad en Montana:

Un Cowboy por Navidad
Un Cowboy bajo el Muérdago
Un Cowboy para Nochebuena
Un Cowboy para Fin de Año